

# POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

V. DE ABLITAS A LESACA



Prólogo de José Javier Uranga







POR NAVARRA

Algunos de estos artículos fueron publicados en DIARIO DE NAVARRA.

Impreso en I.G. Castuera, S.A. - San Blas, 4 - Burlada  
I.S.B.N. 84-404-5728-6  
D.L. NA 1479 - 1989

POR Víctor Manuel Arbeloa  
NAVARRA

---

DE ABLITAS A LESACA

---

V

Prólogo  
José Javier Uranga





## PROLOGO

Creo que Víctor Manuel Arbeloa ha sido el primer escritor navarro que ha hecho al paisaje de nuestra tierra protagonista de sus libros. Son ya cuatro -por ahora- los volúmenes dedicados a describir montes y llanos, vegas y ríos, caseríos, pueblos y templos. Una rica y contrastada variedad geográfica y urbanística, vistas a través de la sensibilidad y la cultura del escritor.

El paisaje, como género literario propio, es una conquista moderna, posterior al romanticismo y, en lo que a Navarra se refiere, casi de nuestros días. Sería curioso estudiar las reacciones que un lugar determinado suscita en el viajero, en las distintas épocas. Las cimas o el simple paso de un monte producen terror en la Edad Media. En el siglo XII, por ejemplo, se describen los puertos de Cize -Roncesvalles- como un lugar altísimo, donde casi se toca el cielo con la mano; allí mueren muchos miles de peregrinos, ahogados por la ventisca o devorados por los lobos.

Más tarde el paisaje se hace decoración, telón de fondo de acciones novelescas o épicas; el monte, el río, la fuente y el cielo son iguales en casi todas partes. Tenemos que llegar en España, al romanticismo tardío para diferenciarlo y a la generación del 98 para sentirlo. Ni el mismo Pío Baroja, cuando la recorre a pie desde Caparroso, camino de Tudela, no entiende ni siente la Bardena: «El sitio era solitario y pobre, de una monotonía, de una tristeza y de una fealdad desagradable...». Tampoco la siente Navarro Villoslada cuando coloca en ella parte de la Acción de «Doña Blanca de

Navarra». La fealdad de la Bardena —la aridez repelía— era un tópico en mi juventud y pocos navarros la conocían.

Y es que nuestros escritores, con escasas y modernas excepciones, apenas han reparado en nuestro paisaje, o quizá lo consideran literariamente como arte menor, propio de articulista de revista local o de relleno de periódico.

Yo creo, por el contrario, que el paisaje, además de escenario concreto de nuestro vivir, que nos influye, condiciona y deleita, es un motivo literario de primer orden, cada día más en alza dadas las circunstancias ambientales en que vivimos, la necesidad de recreo en la naturaleza y la curiosidad del hombre urbano. Quizá sea también el género que mejor se presta, por parte del escritor, a digresiones, comentarios e íntimas efusiones. Nada tan subjetivo como el paisaje. Cada uno lo ve y lo describe según su temperamento y sus conocimientos. No sé quien escribió que el paisaje somos nosotros. De lo que no hay duda es de que lo llevamos dentro y nos acompaña por caminos, pueblos y vericuetos. Vemos en la naturaleza más nuestra experiencia y sentimientos que la objetividad de la línea, la luz y el color combinados en una ladera o en el horizonte amplio.

Este paisaje —y vengo refiriéndome a los libros de Víctor Manuel— es un ámbito humanizado por el pasado y por el presente. El hombre, desde siglos, ha vivido en él, ha hecho historia y ha dejado huellas culturales importantes, que tienen todavía vigencia. Es además escenario de la vida actual, sobre el que se interpretan las inquietudes, dolores, gozos y esperanzas de los hombres.

Víctor Manuel Arbeloa es, entre otras cosas más oficiales, un humanista cristiano de sólida formación y amplios saberes, que conoce la historia de Navarra y el carácter distinto de sus gentes, del Ebro al Pirineo. Por eso sus escritos son plurales como variados los climas, las formas de vida y las lenguas que hablan. Voz y tono justos en cada cuadro y personaje.

«Desde Ablitas a Lesaca» está escrito en una prosa rápida, coloreada e impresionista, rica en giros populares y precisos navarros, pero con una sabia hondura interpretativa, porque Arbeloa, además de buen escritor, es un intelectual que trasciende la anécdota local y la situación puntual.

Mérito de sus libros —y sobre todo de este libro— es su amenidad, su fácil y deleitosa lectura. Mi amigo José María Iribarren solía

PROLOGO

decir que la amenidad es un don de Dios, una «gracia», que nada tiene que ver con la perfección gramatical ni literaria, ni tampoco con el tema o el argumento de la obra. Arbeloa es divertido en la prosa y en el verso y sabe romper el ritmo de la narración y sorprendernos con contrastes temáticos y estilísticos. Uno, que no tiene ya tiempo para leer mucho de lo que se publica, busca el entretenimiento (di-vertimiento, diría Unamuno) como ingrediente esencial de la obra literaria y huye de las novelas sórdidas y desesperanzadas tanto como de los plúmbeos planteamientos estructurales.

Un aire fresco, con olor a haya mojada —«baburrín»— a mies madura o a pimiento asándose, nos traen estas estupendas estampas navarras de Víctor Manuel Arbeloa.

JOSE JAVIER URANGA

## RODEANDO LA LAGUNA DE LOR

El olivar donde nos cambiamos de ropa tiene unos olivos seculares, prietos, con troncos atormentados, angustiados casi. Una estampa penitencial. Así los pintó Van Gogh, un día de 1889, en su asilo de Saint Remy –de– Provence.

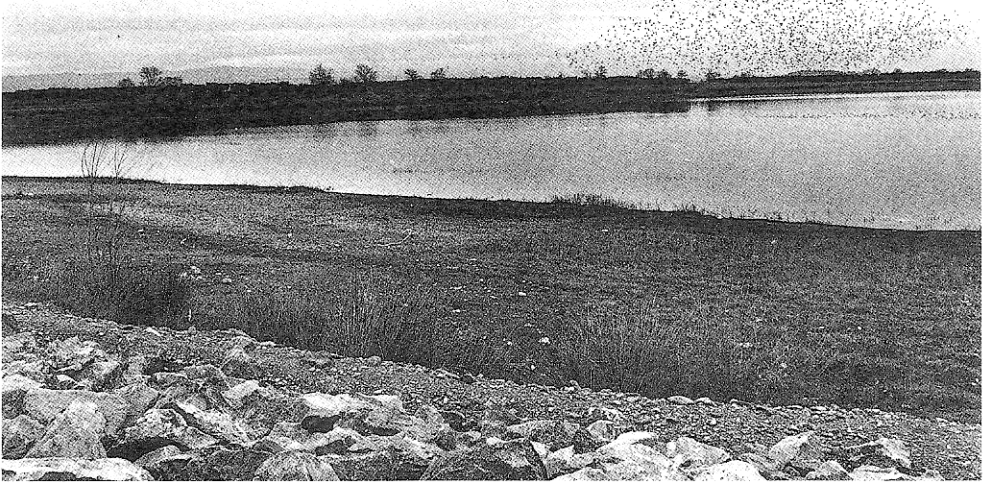
Salimos a la luz, que hoy es leve y tibia, de vísperas de mayo, y nos ponemos a caminar por la orilla de la vieja laguna de Lor, convertida en un lago hecho y derecho este mes de abril, de aguas mil.

No hay en toda Navarra tantos y tan bellos olivos como en estos campos de Ablitas. Algunos tienen tres y cuatro troncos y el desparramo de los árboles.

Las viñas limpias, con los primeros pámpanos, son niñas recién peinadas y unos lacitos en el pelo. Otras están sucias y descuidadas. Hay terrenos con los rodrigones preparados para plantar cepas altas, tipo Burdeos.

El caserío de Ablitas, resguardado por el Montecillo, parece un grupo preparado pacientemente para la foto. El otero de la Mesa, geométrico y rubial, le añade un guión paisajístico.

–A ver si sale.



El castillo medieval es inconfundible, aunque esté mondado por el tiempo. Los barrios nuevos tienen color de ladrillo pero el conjunto histórico es compacto y transparente.

Abundan por el camino las margaritas silvestres, las floridas y las fumarias. Veo los primeros perifollos bordes y las primeras balsaminas. Las amapolas, ya abundantes, tienen un no sé qué de aspaviento y de insolencia en este campo todavía atontado por tanta lluvia y tan poco sol. Los caballones de las esparragueras, que aquí llaman canteros, están llenos de rotos y de cosidos.

Pedriz no es más que unos sillares de una torre medieval, una pared de la iglesia de San Juan, del siglo XVI, un corral y una foto.

No es tarde de pájaros. Van y vienen las históricas «adulas» llevando y trayendo el agua de la laguna de Lor.

Tenemos ahora enfrente Cascante, que es desde aquí un alto pinar, unas arcadas que suben y bajan, y una urbanización somontana y populosa. Los almendros no tienen almendras. En una plantación de melocotoneros cuelgan las gomas de regar «gota a gota».

Acortamos el trayecto propuesto que nos llevaría por campos de cultivo hasta Barillas y luego por los olivares de La Belena y La Plana, y por un sendero, lleno de balsas, volvemos a la laguna que aquí se cierra en un promontorio.

Ahora Ablitas se saca la foto con el agua a los pies, lo que le hace un pueblo costero, encantado de serlo.

—La laguna está más llena que nunca, nunca estuvo así —nos dice, tras salir de un coche, un señor de pelo blanco, amable a más no poder, que acaba de bajar del balconcillo del regulador del desagüe y que parece saberlo todo sobre esta zona.

Hace unos pocos años el Sindicato de Huertas Mayores, de Tudela, y, en menor medida, los Sindicatos de Huertecilla de Pedriz, de Ablitas, y de Saso de Pedriz, de Murchante, recrecieron la laguna y emprendieron estas obras «de arquitectura civil» para dar agua a los campos vecinos, que así riegan «a manta», sin tener que subirla del Canal de Lodosa.

Mirándola desde aquí, la laguna de Lor es un corazón ancho y azul, con una pequeña taquicardia de regadíos.

Las aguas altas ocultan ahora todo género de vegetación lacustre. Algunos matorrales se asoman con dificultad donde solía estar la orilla, ya muy adentro del vaso.

Lo malo es que junto a los bordes de la laguna, que son ahora los del camino, se ven, entre espumas blancas, centenares de peces, carpas y carpines mayormente, muertos no se sabe por qué. Unos hablan de las aguas negras, procedentes de Barillas, que suelen contaminar la laguna; otros de pesticidas traídos hasta aquí por el arroyo Murillo, que afluye a la laguna por el Oeste y que hoy baja también nutrido. La cosa es que las pardas escamas cicloideas de cientos de carpas flotantes brillan con tornasoles dorados, cobrizos, amarillentos y rosados, a pocas semanas de su reproducción. En algunos tramos ya huele mal.

—Más vale no mirar.

—Vamos a ver qué dicen los de Ablitas.

Cuando vamos a cambiarnos de ropa, vemos que nos han forzado el portamaletas, sin conseguir abrirlo. Tampoco nosotros podemos hacerlo ahora y perdemos un buen rato.

A las ocho celebramos en el cine de Ablitas un acto entrañable. Es la víspera del 1 de Mayo. Después, subimos al Mesón a terminar la fiesta.

La gente se agolpa en torno a los televisores para ver el partido Barcelona-Real Madrid.

Las calles están casi desiertas.

Cuando pasamos por la plaza, sentimos cómo una extraña y huraña historia, pero muy verdadera, se guarece en la casa cerrada del Conde.

Pero de Ablitas ya le hablé en otra ocasión al lector. Y nos partimos con pena de aquí.

## HIMNO AL 1 DE MAYO

Que el Primero de Mayo ya trae las rosas.  
Que las rosas ya se abren el Uno de Mayo.

Llegan voces de fiesta de todos los pueblos  
y los vientos del pueblo de todos los años  
porque el Uno de Mayo resume la historia  
y adelanta el futuro más nuevo y más claro.

Es la fiesta de todos los que hacen el mundo  
con la lucha, el dolor, la palabra y las manos.  
Es la fiesta de todos que quieren que todo  
se reparta en la mesa común del trabajo.

Levantad, compañeros, banderas humanas  
contra el hambre, la guerra, la muerte y el paro,  
contra el lobo del hombre que acecha a los hombres  
y nos muerde la vida. Y nos hace inhumanos.

Que el Primero de Mayo ya trae las rosas.  
Que las rosas ya se abren el Uno de Mayo.





## MIGUEL JAVIER URMENETA

Cuando los periódicos navarros anunciaban aún su presencia en actos culturales públicos, los que no estábamos al tanto de su enfermedad nos enteramos con sorpresa de que Miguel Javier Urmeneta había muerto.

No nos lo creímos del todo y nos cuesta creerlo todavía. Cualquier tarde del próximo invierno lo veremos tal vez pasear, con un gabán oscuro, solo o con algún amigo fiel, por el Paseo de Valencia o por el Redín.

Eran los primeros setenta. Todo se movía en nuestra tierra y algo temblaba. Veníamos los pobres ideadores de «Río Arga» de las fronteras de la ilusión y de los proyectos, y fuimos por fin a ver a Miguel Javier Urmeneta en su despacho de la Caja. Sin muchos rodeos, como quien conociera la cosa desde dentro, dio la señal de partida, y «Río Arga» comenzó a fluir, a correr y a saltar. Desde entonces nadie lo ha conocido quieto.

«Río Arga» debe a Miguel Javier Urmeneta brazadas de gratitud por su padrinazgo, su mecenazgo y, además, por su constante colaboración literaria. Su figura ocupa un lugar principal en el sentimental salón de estar de nuestro Consejo de Redacción.

Miguel Javier Urmeneta llegaba de largas leyendas y de muy esforzadas empresas. Era hombre metido hasta las cejas en los cotidianos y monótonos laberintos de la Administración. Pero al mismo tiempo era un caballero andante y, como el personaje de Cervantes, «valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cor-

tés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos».

Alto y altivo, su paso marcial por la vida no le venía sólo de sus fajines y de sus hazañas militares, qué va. En los momentos más extraños de su peripecia vital, extraños sólo para los que no conocían aquellos hombres y aquellos tiempos, se podía repetir de él aquel verso tan romántico y legionario de que «un gran amor le mordía como un lobo el corazón». El amor a su casa, a la casa de su padre –*aitaren etxea*–, el amor a su pueblo, un pueblo viejo y muchas veces derrotado, que había que levantar desde muchos sitios y de muchos modos.

El no quiso esperar y se jugó el tipo atravesando la curva trayectoria de los medios por la rectilínea andadura de los fines. Así lo vieron nuestras gentes, sin grandes aspavientos.

Alcalde de Pamplona, diputado foral, director de la Caja Municipal..., fue siempre mucho más allá de lo que solían ir sus compañeros de tareas. Nunca se quedó satisfecho, ni aun cuando, *de son vivant*, los pueblos de Navarra le dedicaban calles y plazas. Conocía bien el buen corazón de sus paisanos –*erkideak*–, pero también sus «arbolarias» veleidades y sus insufribles contradicciones.

Tenía una letra grande e ininteligible, los ojos escrutadores y tristes, con una cierta luz de candor, la mano generosa. Solía llegar tarde a los sitios, le gustaba más preguntar que contestar. Era un buen cultivador del tacitismo. Lleno de dudas, quizás por eso era un consejero nato.

Cuando quedó libre de trabas administrativas y se jubiló juvenilmente, se dedicó a los suyos y a lo suyo, a la pintura y a la literatura, que eran sus pasiones soterradas y manantías, sus lenguajes más claros. Su muerte, precipitada, nos privó de algunos de los mejores frutos de su ya sereno y liberado espíritu.

«Río Arga» sigue fluyendo poéticamente y recorre la Navarra más lúcida y sensible. Gracias a él. A Miguel Javier Urmeneta.

## AEZCOA A RONCESVALLES

Cuando salimos de Pamplona, no vemos un alma por la calle. Está la mañana fría y desapacible, con algunas colgaduras de nieblas, pero no llueve, a pesar de lo que dijo ayer la tele.

—Ya ves.

Están los romeros almorzando a la navarra en el cruce de la carretera de Garralda. El Urrobi, todavía cachorro, salta cerca, bajo el puente.

Frente a la iglesia de Burguete un mocete, recostado en la puerta de una casa, mira hacia la torre y hacia la carretera de Espinal. Todo el pueblo está desierto.

Damos una vuelta por la parte trasera, la menos visitada, que crece en viviendas y establecimientos públicos. Yeguas madrugadoras, «raza de Burguete», pastan en un prado cercano, junto a un afluente del Urrobi. Una mujer, vestida de aezcoana, baja de un coche con un niño en brazos y entra en una casa.

—Será para poder ir a la romería, ya verás.

Luego la veremos en la fila de la procesión.

Burguete (*Auritz* en vascuence) es el antiguo Burgo de Roncesvalles o Burgo de la Plana, llamado también a veces El Burguet.



Devastado por incendios en los siglos XIV y XV, fue arrasado por las tropas francesas en la guerra llamada de la Revolución (1794).

Las casas de piedra de la calle principal –Única–, camino a la vez y carretera, llevan fechas de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los tejados, muy pronunciados a cuatro aguas, se construyeron con tablillas de haya, pasto fácil del fuego, hasta que han sido sustituidas con tejas planas y rojas. Arcos escarzanos, puertas cuadradas, y avance de las paredes laterales (espigones, «fraileak») sobre las fachadas. Una inscripción reciente recuerda al eminente cirujano y más eminente escritor en euskara («Larreko»), Fermín Irigaray (1869-1949).

La iglesia de San Nicolás de Bari, con un jardincillo por vestíbulo, está abierta y oscura por dentro. Apenas si podemos distinguir la piedra desnuda de las paredes, las vidrieras y los bultos de los santos en los altares. Destruída, construida y vuelta a reconstruir, hasta 1965, conserva piezas de todas las épocas. La fachada, con su monumental portada, es de finales del XVII.

El frontón, construido en 1958, está también abierto, frío e inmensamente solo.

Otro mocete, sobre la misma puerta, ha sustituido al anterior que se ha subido al campanario.

–Ya te diré cuándo tienes que empezar y cuándo tienes que parar– grita el de abajo con un fuerte acento vasco.

Se mueven ya algunas personas. Una pareja, máquina de fotos en mano, busca un bar abierto.

Burguete, que ya en 1104 contaba con una hospedería para peregrinos, está lleno de restaurantes, fondas y bares. Aquí se refugió el general Prim en 1868 y Carlos VII ocho años más tarde. Pero a estas horas es difícil encontrar un sitio donde desayunarse.

–Ya vienen –grita el muchacho de abajo, y empiezan las campanas a repicar.

Sale la gente a la calle o se asoma a las ventanas.

Viene la romería cantando el Rosario, y un cura habla a ratos, demasiado largos, desde un coche con altavoz. Abren la procesión

las cruces de los nueve pueblos del Valle. Siguen romeros entunicados, con cruces de madera sobre hombros y espaldas. Luego una veintena de mozas y mujeres, con túnicas negras y velos sobre la cara, todas con una pequeña cruz de madera en las manos, y muchas descalzas. Hombres maduros y ancianos van a izquierda y derecha. Sigue un grupo de niñas, vestidas de *pospoliñas* –rojo y negro– con ramos de flores en las manos. Tres mocicos, de pastores del país, y cuatro niñas, de «casheras».

Hay un pequeño hueco, donde nos metemos nosotros, y luego vienen dos filas de mujeres cantando, detrás de las cuales avanza seguro y solemne el grupo de los nueve alcaldes aezcoanos, de gala aezcoana. Cierra el cortejo procesional un grueso grupo de mozas y mujeres, con sus típicos trajes negros.

–¿De dónde vienes tú? –pregunto a una *pospoliña* (de «codorniz», en vascuence).

–De Abaurrea Alta.

–¿No tienes sueño?

–No.

Las compañeras se ríen.

Delante de la romería, haciéndose notar, van unos señores como importantes, sacando fotos y esas cosas.

Los dos kilómetros de Burguete a Roncesvalles se hacen rápidos y gozosos. Están los árboles muy atrasados con tanta lluvia y tan poco sol, sobre todo los fresnos y los robles, pero los alerces ya están casi cubiertos.

Corre el agua por todas partes y hay grandes balsas en la orilla izquierda. En los ribazos y bordes de los prados, entre berros, malvas, tréboles y fresales, hay muchas violetas y algunas anémonas.

«Los días nublados de Burguete invitan a pensar en la antesala del paraíso, en vagos recintos de huríes y fantásticas visiones», escribió en su día Altadill. Hoy es un día nublado en Burguete y en toda la zona, pero no hace falta llevar tan lejos la imaginación, porque la hermosura y la placidez de este cortejo romeril bastan y sobran.

Cuando cesa el altavoz, oímos el canto primaveral, repetido, de un pequeño pájaro entre los abetos, que Jesús Elósegui, también

presente, identifica pronto como el «reyezuelo sencillo», pajarito pirenaico, de traje verde oliva y una coronilla de color amarillo.

Las nueve cruces aeuscoanas rinden homenaje a la «cruz vieja» o «antigua», del siglo XIV, florenzada, con brazos terminados en flor de lis. El Cristo bizantino, Nuestra Señora coronada y los fundadores de la Colegiata, Sancho el Fuerte y la reina doña Clemencia, nos dan paso desde su autoridad de piedra y nos añaden a la innúmera y anónima lista de romeros.

Se apelotona la gente a la entrada de Roncesvalles. Desde que el obispo Sancho de Larrosa fundó en 1127 la cofradía para ayudar al hospital de los peregrinos, los pueblos de Aézcoa la mantuvieron hasta entrado el siglo XVIII.

Las donaciones de los aeuscoanos al santuario han sido cuantiosas. Los capitulares ayudaron, a su vez, a los pueblos del Valle incendiados en el siglo pasado y restauraron los templos quemados por los franceses. Roncesvalles tuvo desde el siglo XV hasta finales del XIX el derecho de patronato en las parroquias aeuscoanas.

La antigua romería, interrumpida a principios del XVIII, está ahora más viva que nunca.

La Salve de los romeros y de otras gentes que llenan la iglesia purifica aún más el puro y auroral gótico francés de la basílica, las bóvedas sexpartitas, las elegantes arcadas, el triforio, por el que asoman los niños, y los rosetones.

En la vidriera del panteón regio de la Colegiata los aeuscoanos de la guardia personal de Sancho el Fuerte ayudan a su rey a ganar el combate decisivo de Las Navas. Sus sucesores siguen fieles a una de las obras vivas más queridas por aquel enorme rey.

Al terminar la misa, las foscas nubes pirenaicas se desploman sobre Roncesvalles. Llueve como por encargo. La devoción y el caldo que hemos tomado tras la romería nos mantienen de buen humor un buen rato esperando poder salir de la iglesia.

*Cuando llueve de cierzo  
llueve de cierto.*





## POR EL VALLE DE ARANGUREN

Por el Valle de Aranguren uno ha ido y va con frecuencia, a pie, en coche, o como haga falta, porque es el Valle por excelencia de la Cuenca prepirenáica de Pamplona.

El de Ezcabarte está separado por el macizo de San Cristóbal. Para llegar a la mayor parte del Valle de Egüés hay que atravesar el purgatorio circulatorio de Burlada, Villava y Huarte. A las Cendegas de Ansoain, Olza, Iza, Cizur y Galar, así como al Valle de Elorz, les atraviesan el tren y las carreteras generales.

Sólo el Valle de Aranguren ha quedado intacto, es sosegado y tranquilo, a pesar de que algunos de sus pueblos crecieron desmesuradamente hace unos años y se llenaron, bien o mal, de villas y chiringuitos que, en parte, hubo que demoler. Las Sierras de Tajo-nar y Aranguren lo semicierran y protegen, lo hacen cóncavo y recoleto, circo o anfiteatro, salvaje y a la vez amable, entre paredes de quejigos, hayas y robles.

Fue en tiempos coto cerrado de nobles (Zolina, Góngora) y hoy es campo abierto a todos los progresismos. Produce un río, El Sadar, que da nombre a nuestro estadio de primera división, y tiene una especie de laguna, aunque sea vista a lo lejos, en el Vaso de Zolina. Ahora que ya no existe el castillo vigía de Irulegui, hace esa función Laquidáin, y los demás pueblos se entretienen de mil maneras entre el verde, el amarillo y el ocre de sus campos, ondulados y crestosos.

Bajo las crestas de Malkaiz-Tangori-Sariandi, la carretera enloquecida por la orografía, salta, brinca, corre, se tuerce y se retuerce. Los trigos, casi maduros, están abatidos por las lluvias. Como está tan alta el agua, el Vaso se ve azul desde todos los puntos altos. Flores blancas de saúco y de milhojas, cárdenas de cardos, achicorias silvestres color azul lila...

*«Basurero, ez»*

dicen unas grandes letras blancas sobre el firme de la carretera.

La torre de Ardanaz, pueblo extraviado del Valle de Egüés, descuella como centinela de la Cuenca.

*«Basurero, ez»*

Sube y baja el paisaje pluricerealista. Sube y baja la carretera que parece un tobogán. Las primeras casas, teja blanca y roja, del Concejo de Aranguren. Flores blancorosas de un patatal.

*«El Valle entero  
contra la cárcel  
y el basurero»*

leemos en un letrero fijado en el borde de la carretera.

Llegamos a Ilundáin, finca del Gobierno de Navarra, donde se concentran tractores, autobuses y cosechadoras. «ITG del Cereal. Ensayo de variedades».

Umbroso paseo bajo los álamos, altos y corpulentos. De tronco a tronco, un letrero de tela blanca, con el emblema ecologista:

*«Aranguren, sin basureros»*

Y un poco más adelante:

*«Ni cárcel ni basurero».*

En los campos de Góngora está ya la paja de la cebada recogida en pacas. En la falda del monte, tres hombres están colocando los fajos.

La ermita de Santa Felicia, antes de San Pablo, está tan sola y triste, o así se le antoja al viajero que mira hacia la espadaña, que bien pudiera llamarse estos días Santa Tristicia

*«Labiano contra el vertedero. Ez»*

Aquella mañana llovió, cosa no muy rara en este 1988 de todas las lluvias, y tuvimos que desistir de subir al monte Cemboráin, que tampoco es tan alto.

Hoy, aunque sea tarde, es un buen día para tomarnos la revancha. Subimos por el camino que sale de Labiano hasta el feo frontón de una «villa», que parece abandonada de tanto descuido y desorden que se juntó a ella.

Seguimos la pista nueva hasta el Portillo de Andricáin. Subimos por la orilla de un trigal hasta la trocha abierta en el quejigal por el tendido eléctrico. La trocha es cómoda y llena de flores, pero de pronto se abre un sendero empinado por el que nos ponemos casi en la cima, pero echando los hígados. El tendido abre, visto desde aquí, una senda recta que corta las masas de pinares de repoblación y sigue hasta cortar por el Sur el macizo de Izaga.

Nos paramos un rato viendo el Valle de Ibargoiti y Elorz, con el bulto vegetal de La Higa delante. El caserío de Andricáin, Elorz, y los pueblos de la falda de Aláiz. Unas águilas culebreras culebrean serenamente el paisaje. Entre quejigos, bojes y zarzales, recorreremos el pequeño monte Cemboráin y llegamos al Poche que separa el anterior del hayedal de Góngora, por el que descendemos, entre hayas y pinos albares, luego entre pinos laricios y pastizales, hasta el mismísimo Labiano.

Llevo en la mano un ramo vivo de flores cogidas en el trayecto. Serán pocos los que las vean ya y bien merece la pena que las miremos y admiremos unos cuantos días: consueltas menores, orquídeas piramidales, salvias de los prados, hierbas de Santiago, campánulas, agrinomias, ulmarias, margaritas, manzanillas, milhojas y clavelinas silvestres.

Las dos calles de Labiano, el camino y la carretera, desembocan en el atrio abierto, en el que queda una parte del pórtico con arcos

de medio punto, junto a la esbelta torre que guarda la linda iglesia románica de la Purificación.

Hace dos años asistimos a la fiesta de su repristinación y a la inauguración de un pequeño musco etnológico en una de las dependencias de la antigua casa parroquial. Lo único malo de la fiesta fue que en el frontón contiguo pusieron unas mesas con muchas cosas para comer y beber, pero algunas con tantas salsas y untos, que nos «talamos» casi todos.

Hoy no hay nadie en Labiano, ni siquiera en los alrededores del bar, que es el centro de la «mobida» de Labiano, pueblo de gente muy movida, donde un día de marzo de 1810, Javier Mina cayó prisionero de los franceses.

Hace años anduvieron sus gentes inquietas porque les querían poner cerca la cárcel de Pamplona, que no sabían donde ponerla. Luego rechazaron de plano el vertedero de Arguiñáriz que se les venía encima. Ahora andan azacaneados y angustiados otra vez con el dichoso vertedero.

*«Vertedero, no. Isurtoki, ez»*

dice un gran letrero sobre la pared baja del frontón.

Frente a la Mancomunidad de la Comarca de Pamplona, con sus políticos y técnicos, las gentes del Valle de Aranguren, unánimemente, con otros Valles y Concejos, dicen *no* al Plan Sectorial de Tratamiento de Residuos Sólidos Urbanos que quieren instalar en Góngora.

Los vecinos del Valle no quieren el vertedero, por controlado que se les presente. No quieren que los camiones pasen por el polígono industrial de Tajonar ni por las zonas urbanas de varios Concejos. No quieren los barracones. Temen los malos olores, los residuos radioactivos, los lodos de la depuradora, los diques artificiales, las ratas... Hablan de otras soluciones más técnicas, más exigentes, seguramente más costosas, que se están ensayando por ahí, en la Europa Comunitaria. Tienen muy a mano lo que se hace y se dice en la Comunidad, y esto a uno todavía le conmueve más.

Uno ha votado muchas resoluciones sobre el medio ambiente en todos los Parlamentos habidos y por haber, ha sido y es beligerante en ese punto y está, en principio, con todos los que exigen nuevos modos de pensar y de obrar, aunque cueste más dinero y más tiempo. La prioridad no es siempre el dinero que se gasta a corto plazo sino el hacer las cosas bien y sobre todo no dañar un ambiente y mucho menos a todo un Valle. ¡Hemos hecho ya tantos chandríos!

A un amigo que, lleno de saberes técnicos, se me queja de la rudeza de los arangunianos, le digo con todo candor:

—¿Y qué harías tú, si fueras alcalde del Valle de Aranguren?

En fin, los representantes del Valle de Aranguren quieren que se abra un debate público y democrático durante el tiempo necesario para ello, en el que se ofrezca imparcialmente información sobre todas las técnicas actuales en el tratamiento de basuras y en el que, mediante una amplia participación ciudadana, se llegue a una solución satisfactoria para todos.

—A ver.

En Góngora, donde las últimas hayas. Uno ha visitado despaciosamente el solar del marquesado concedido en favor de don Juan Cruzat y Góngora en 1695. Su iglesia gótica de San Andrés, sus retablos protobarrocos, su reja de forja dorada. Su antigua casa parroquial, adosada a la torre entre arbolados árboles. Su palacio viejo, «una de las grandes sorpresas que hay cerca de Pamplona», al decir Julio Caro, se encuentra en estado tan lamentable, que es casi imposible creerlo. Me dicen que está a punto de acometerse su restauración.

La torre palomar, tal vez lo más antiguo del edificio, es la más triste que conozco.

A pesar de eso, o tal vez por eso, coincido con el escritor de Vera en que Góngora es «uno de los lugares más interesantes y hermosos de las cercanías de Pamplona».

—Pues ya ve usted.



Dejamos Labiano en obras. En varias casas están limpiando la piedra o arreglando los interiores. Las tres torres hacen juego con la torre defensiva de la iglesia.

Una nube rompe el sol, como si fuera un vidrio, en mil pedazos. Uno le da a la torre del palacio viejo de Góngora.

El viajero vuelve como si volviera de un funeral sentido. No sé por qué, si todavía no ha pasado nada irreversible.

El viajero haría en este momento, si supiera, cualquier cosa para que no pasara nada.





## DE RONCESVALLES A ZUBIRI

(Camino de Santiago)

Salimos de Roncesvalles, tras un desayuno frugal, a las siete cuarenta y cinco de este día de gracia, 21 de julio de 1988. El sol es ya un mozuelo sobre la grupa moracha de Orzanzurieta.

A un lado y a otro del paseo de los canónigos —de aquellos canónigos, ay— el bosque verdeguea más que nunca. Parece que desfiláramos bajo un interminable arco triunfal. La Cruz de los Peregrinos es el árbol más secular de todos y nos recuerda de dónde venimos y a dónde vamos al peregrinar.

Las primeras fotos, las primeras entrevistas. ¡Qué vamos a hacer!

Hay ya hombres por el campo, y cerca del Camino máquinas en obras. Van y vienen los coches.

El cuartel de la Guardia civil, poco encajado en el paisaje. La sala de fiestas, peor encajada todavía. Entre los dos, el recuerdo siempre vivo de un asesinato terrorista que prosigue la dramática historia de estos pueblos de frontera.

Auritz o Burguete (el Burgo de Roncesvalles) está aún medio dormido. Unas pocas personas en la calle y en alguna ventana. No tocan las campanas como cuando llegan las romerías de abril y mayo.

Ya no vive la villa de *«los caminantes que pasan en romeage»*, aunque ahora pasan muchos, sino de su propia riqueza y de los

turistas que llenan hostales y fondas. Aquí han dormido esta noche con un ojo abierto algunos de los acompañantes de la Marcha.

Tras el cruce de Garralda, pasillo hacia la Aézcoa, dejamos la campa y el camping a nuestra izquierda y pasamos el puente sobre el arroyo Suringoa, que baja brioso desde los pies del Lindux y con el Arranosin hacen el río Urrobi, el más alborotado de nuestros ríos.

El Mendiaundi y el Menditxuri tienen a los pies una nieblas claras que son el incienso de la mañana al sol. Al sol le canta también, por el otro lado, el gallo de luz del Corona.

Nos metemos en un herbazal húmedo, y sólo la experiencia del maestro Andrés, presidente de la Asociación de Amigos del Camino en Navarra, nos hace caminar por el sendero justo, casi borrado por incurias anteriores y frondosidades de helechos. Topamos con una pequeña valla de alambres. Es la primera prueba deportiva y la gente la pasa o la salta entre risas. Nadie se ha dejado las lanas en el trance.

Pasamos junto a un aserradero, y parece que ni molestamos ni distraemos a nadie. El ruido nos impide dar siquiera los buenos días.

Seguimos luego por un Camino emparedado entre avellanos, arañoses y espinos. Al llegar cerca de la villa nueva de Espinal, el recuerdo de «La fuga de Segovia» nos reafirma el carácter aventurero que han tenido, junto al dramático, estos parajes.

Que el fundador de este pueblo, situado en El Espinal, fuera nuestro Teobaldo II, el yerno de San Luis y cruzado como él, nos lo apunta el sencillo monumento de piedra que encontramos a nuestra derecha.

Espinal, pueblo-calle y pueblo pirenaico donde los haya, muy reconstruido, con algún blasón del XVII y XVIII y una hermosa iglesia moderna con torre adalgazada, no recuerda a nadie aquellos infaustos tiempos de las guerras de la Convención y de la Independencia, cuando los soldados franceses quemaron, pillaron y malhicieron por estos pueblos fronterizos todo lo que pudieron. No fue excepción la cruz medieval del Camino, hoy reemplazada por otra.

Ventanas, balcones y puertas, como en los otros pueblos por los que pasamos, están llenos de geranios, geranios-hiedras, petunias, rosas, hortensias y otras preciosidades.

Acostumbradas desde hace siglos a ver pasar toda suerte de gentes, desde santos a bandoleros, desde Torrijos a Zumalacárregui, las de Espinal, más despiertas que en Burguete, nos saludan amables y sosegadas.

–Buenos días.

–Que tengan buen viaje.

Entre las casas Erburu y Auñamendi retomamos el viejo Camino que entre prados enfila hacia Mezquíriz. Una leve subida y una leve bajada. Un cortacésped está haciendo su tarea. En el Parlamento Europeo, qué cosas, acabamos de aprobar una directiva de la Comisión sobre el ruido de estas máquinas. Se lo digo a unos franceses de Bayona, con los que acabo de comentar aquella triste historia militar franco-española

–*Oh, mon Dieu, que toutes les guerres sont terribles!*

Un sendero lleva hasta el Alto de Mezquíriz en la carretera, donde hay, entre hayas, una lápida con la figura de Santa María de Orreaga, casi siempre con flores.

Espinosa, avellanos y helechos son nuestros más habituales acompañantes silvestres. Pasamos junto a una borda y ya estamos en Mezquíriz, al que vemos mucho antes de llegar. Nos paramos a almorzar junto a la fuente. Pan con mortadela y agua abundante y fresca. Alguna alternativa de vino de bota.

Mezquíriz tiene dos barrios contiguos. En el primero está la mole del nuevo frontón *Leku-Ona* y en el otro la iglesia de San Cristóbal. Con el bocadillo en la mano algunos se van a ver el taller del cucharero de boj, Marcos Saragüeta, y otros a ver el interior románico de la iglesia. Vale la pena también contemplar las casas señoriales de este pueblo, casi todas a dos aguas, que estudió Perpetua Saragüeta, entre las que no puede faltar «Zurienea», con tallas en el arco de entrada, clave gótica, tres arcos góticos en la ventana principal y mascarón en el antepecho de la misma.

Aquí está Valentín, al que no se le pasa una, con su máquina de video.

Pero nos dan prisa y tenemos que salir, si no queremos quedarnos a media legua de los primeros

—¡Que esto no es el Tour, hombre!

A los diez minutos me vuelvo para contemplar de nuevo, ya de frente, el pueblo, bajo un serrijuelo de hayas, entre prados rodeados por setos vivos y árboles, y un aire de serenidad y de nobleza, bajo la protección del Urrismunu y el Larreburu.

En un santiamén llegamos al molino viejo de Ureta, donde dos mozas andan recogiendo unas ropas. Pasamos el puente del río Erro, que más arriba se llama Sorogáin y nace de los montes fronterizos. Baja claro y ancho y nos quedamos mirándolo y mirándonos en él como si fuera un espejo. Dos mozos vienen de lavar la ropa, o de bañarse, porque a estas horas ya pica el sol para eso.

—Aún vais a ver 232 ríos hasta Santiago, —nos dice Andrés— que los ha visto todos durante siete viajes a pie, grandes y pequeños, fríos y calientes, llenos y vacíos.

Estamos en el Señorío de Ureta, un día solar de los numerosos caballeros que durante los siglos XIII, XIV y XV tuvieron cargos en el palacio de los reyes navarros, los acompañaron en sus viajes y los defendieron en las guerras. Juan Périz de Ureta, v.g., acompañó a Teobaldo II a la cruzada de Túnez en 1270. Desde principios del XVI los señores de Ureta figuran entre los miembros de la más alta nobleza del reino, son capitanes a guerra contra los franceses y su presencia en las Cortes por el brazo militar llega hasta el mismísimo 1829.

A mitades del siglo pasado sólo tenía dos casas habitadas. Ahora vive aquí la familia Agorreta, familia numerosa. Nos paramos algunos rezagados a mirar en la casona el escudo en piedra, traído del palacio, con su cruz trebolada, cantonada por cuatro conchas o vieiras, con todo en rojo. Salen los dueños tan amables como complacientes, alegres de vernos. De vernos también comer las jugosas moras de la morera, el árbol más a mano que nos sube del huerto, donde hay de todo, hasta azucenas.

—No se apuren, que no vamos a decir a nadie que están tan buenas.

—Además, somos los últimos.

Da pena ver, después de oír tanto apellido ilustre, los restos del palacio. Mejor está la iglesia románica de San Cristóbal, con el buen aspecto de su mampostería, y sus impostas, cornisa y ángulos de piedra sillar. La subraya un huertecillo frondoso de árboles.

Avanzamos hacia Viscarret, otro pueblo de apellidos nobles, que llegaron hasta a ser alcaides de la plaza y castillo de Cherburgo.

La japonesa que hace la marcha a Santiago debe de ir mal calzada o debe de estar mal preparada para estos trotes porque anda remisa y como cojeando. Le digo algo en inglés y ella me contesta algo en español. Hace bien en ejercitarse en todos los terrenos.

Otra mujer de Mendigorriá, que vive en Pamplona, aficionada al monte, se extraña de ver unas margaritas y unas malvas tan grandes por esta orilla del Camino. Hizo como entrenamiento la etapa de San Juan Pié —de— Port hasta Roncesvalles y ésta de hoy le parece coser y cantar.

Viscarret-Guerendiáin, el *Biscaretum* y *Biscarellus* de la «Guía» de Aymeric Picaud, se asienta sobre una pequeña colina circundada de prados y serrezuelas de hayedos. Tuvo una hospedería famosa en la historia del Camino, final de etapa antes de la creación de la hospedería de Roncesvalles.

En la calle-camino hay unas casonas típicas, algunas con fechas del siglo pasado. Como la marcha va al trote, no puedo detenerme ahora a visitar la iglesia protogótica, a un tiro de piedra, con su portada románica, de donde sale un grupo de gente del pueblo.

Desde la colina de Viscarret la vista reposa en la mañanera estampa del escarpe calizo que se encrespa en Baguadieta, Tiratun y Aritzarte, y que apenas resquebraja el barranco Sorogáin.

Me encuentro con Alfredo, que me ha dado en Mezquíriz de beber de la bota. Nos vimos hace tres meses, una mañana de domingo, en Induráin, pero no nos conocimos

—Mira por dónde.

—Así es la vida.

Y en esto salimos a la carretera, bajando ya hacia Linzoáin, pueblo alto en torno a la iglesia también protogótica, remozada, de San Saturnino, y pueblo bajo, extendido por la hondonada.

Al entrar en el pueblo bajo, un señor, apoyado en el descansillo de la ventana de una estupenda casa del XVII, nos mira pasar

—Qué casa tan bonita. ¿Es la más antigua del pueblo?

—Me parece que no, no le diré.

Unos metros más adelante, junto a un frontón bien pintado, construido en 1960, contemplamos otra casa el mismo siglo, reedificada a mitades del pasado, con 15 dovelas, clave gótica, balcón corrido de madera y fachada en hastial, toda llena de flores. Dos mujeres en la puerta nos saludan y les piropeamos la casa.

Junto al frontón está la fuente de dos caños, donde bebo como un beberón y me refresco las manos y brazos en el aska tras la bebería.

Adolfo no bebe agua, sólo beborretea vino de la bota. En cambio, dos jóvenes meten las cabezas en la pila y se sacuden salvajemente al sol. Unas mujeres en la calle y en las ventanas de la casa de enfrente comentan la marcha. Una de ellas, rubia teñida, pregunta si ha pasado el alcalde de Pamplona. Nos despiden con cierto alborozo.

Subimos ahora una penosa cuesta de tufarros. Baja Emilio renqueando porque se ha dejado el gorro, recuerdo de su padre, en el aska. Un peregrino de joven madurez, aspecto grave y noble, barba entrecana, que bien pudiera ser músico o gerente de multinacional, respira hondo y sube la varga casi ritualmente

—¿Cómo vas?

—A mi aire.

—Es lo mejor.

Recuerdo que a un matrimonio locuaz acabo de darle el consejo de que cuando suben cuestas no se habla, y me callo yo también.

Ya cerca de la cima de El Fuerte, le damos a la bota de Alfredo. No queda mucho dentro y hay que ahorrar. Aquí comienza el trozo del Camino tal vez más bello que queda en Navarra. Vamos por una trocha amplia y ahora húmeda, a veces encharcada por las

últimas lluvias, entre hayedos, hierbas altas, zarzas, helechales, brezales y todas las flores del primer verano, que este año se perpetúa. Parece a ratos un camino real hecho para que el peregrino ande despacio y en silencio.

Algunos caminantes preguntan por las clases de flores

–Búgula.

–Correhuela.

–Dulcamara.

–Aguileña.

–Berro de prado.

Las que más aceptación tienen son las madreselvas, el orégano y la clavelina silvestre, por el perfume, y las achicorias silvestres por su descarada belleza. A Encarnita le gustan las colas de caballo; se las llevaban a la Residencia cuando le operaron del riñón.

Voy haciendo un ramillete con las flores más bonitas; luego se las daré a Arantza, que las pondrá ante la Virgen de Zubiri.

Apenas si nos damos cuenta de los «Pasos de Roldán», una losa larga a la orilla del Camino que sube, que era lo que debía de medir la zancada del Par de Francia. Maribel no llega ni a la mitad.

–Qué hombraz tenía que ser.

–Las leyendas son así.

Una pareja joven, muy abrasados por el sol, vienen calmosamente con un perro pastor que les sigue con dificultad, con la lengua fuera. Después me dirán que por aquí hay una fuente, que no hemos sabido descubrir.

La pareja descansa a ratos, pero el perro intenta seguir y luego vuelve, reposa, sigue a los que pasan, vuelve otra vez, y así. Es uno de los encantos de la marcha.

–Venga, a descansar y a meter la lengua –le digo al perro que me sigue.

A la izquierda, entre las ramas tupidas de las hayas, divisamos Erro. Montado sobre el teso que chafarrina el nuevo frontón. Mejor hubiera sido restaurar la antigua iglesia románico-gótica, dejarla en su sitio y llevar el frontón abajo. Pero ya no hay remedio.



Erro tiene casas hermosas y bien distribuidas, como el antiguo palacio, reformado a mediados del siglo pasado, cuna de famosos personajes. No hay que confundirlos con el vizcondado de Erro, creado por Carlos III, en 1408, para Bertrán de Ezpeleta, que pasó después a los Lacarra, de Ablitas, y posteriormente a los marqueses de Vesolla. El vizconde mantuvo el privilegio de nombrar alcaldes hasta mediados del siglo pasado. Afortunadamente hoy es el alcalde del Valle mi amigo Pedro Mari, elegido por todos los mayores de 18 años.

Entre haya y haya vemos a lo lejos las cumbres refulgentes de Lirán, Mendíluz, Aincioa y Larrogáin.

El collado por el que paseamos, más descansados que nunca, nos invita a pararnos un poco y a conversar. Hace mucho calor fuera de la umbría. No se oye un pájaro.

La espesura facilita la conservación del agua en el Camino. Tenemos que meternos entre los árboles de la ladera derecha para evitar enfangarnos.

Sin darnos cuenta, estamos en la alfombrosa cima del Karrobide, y ya todo es fácil descenso hasta el Puerto de Erro, entre el kilómetro 26 y 27 de la carretera general.

Dicen los mapas que aquí había un pozo, que ahora está seco. No tenemos tiempo de averiguarlo. Mi amigo el alcalde del Valle me escribirá días más tarde contándome que el pozo, ya con las protecciones destruidas, fue borrado del mapa, hace unos años, con una gran plancha de hormigón por los funcionarios forales.

La carretera se pierde en curvas hacia Agorreta y hacia Erro. Nosotros seguimos cuesta abajo, curvándonos a la derecha, sobre una enorme mancha de pinos y bosque bajo mediterráneo, terminada ya la asombrosa galería alta por la que acabamos de discurrir.

Nos rodean desde ahora carrascas, coscojas, bojes y aliagas. Y plantas más duras y resistentes al sol, como la hierba de Santiago, el amargón, las zanahorias, las margaritas, las mimosas, el saúco, los zarzales...

Tras pasar la vacía Venta del Puerto, que queda encima del Camino, nos asomamos a un ventanal celeste desde donde contemplamos Adi, Litzartxipi, Arzábal (o Goitikoain) y Azegui, a la derecha de la depresión de Eugui; y, a la izquierda, Goitean, Ezkati

y Baratzueta. Ya sobre la Cuenca del Arga, las alturas menores de Larregui, Alixcto, Berrondo y las Peñas de Anchóriz.

... *Los ojos no ven,  
saben. El mundo está bien  
hecho...*

Con la fuerza que nos da esta calabriada visual, además de la que nos da en todo el viaje nuestro señor Santiago, descendemos por los nuevos tufarros —que hasta los mapas oficiales los llaman así—, la parte más penosa de este trayecto Roncesvalles-Zubiri.

El Camino está muy deteriorado, a veces resbaloso, otras invisible; la vegetación es rala; el sol nos aguijonea. Hay que dar el último pechugón.

El veterano de la marcha, Lorenzo, anda que si le dan tirones en las piernas, y su mujer, que ha hecho siete veces desde Pamplona la marcha a Javier, le anima o le increpa conyugalmente. Lorenzo por eso no deja el bordón, que en este recuesto le viene muy bien.

Ahí abajo se entrevé, primero, el cuartel de la guardia civil, luego el *Gau-Txori*, el puente, el pueblo viejo.

—Ahí abajo tuvo César Moreno los toros.

—No lo sabía.

Cambio las milhojas y las zanahorias o *pastanas* del ramo, porque se han quedado secas. Una chica joven va delante de mí sola y pausada. A estas horas apenas hablamos, excepto Alfredo, que anda animando a su crío que anda un poco flojo; el padre quiere que ande como un varetón.

La última curva y la última descendida.

—Hola, llegamos un poco peor que Perico Delgado.

—¡Pero ya han llegáo, que es lo importante!

Unos vecinos de Zubiri nos saludan al entrar al pueblo. Desde el petril del puente gótico vemos compañeras y compañeros de

marcha refrescándose sobre las losas del Arga, con el agua hasta las rodillas.

No se diga más. Un poco más arriba el río es más hondo y se puede nadar bien. El agua baja helada y nos cura la primera paliza de la marcha. El ojo derecho del puente —«puente de la rabia»— está hermosamente legñoso de yedra.

Hasta hace pocos años gentes de toda Navarra hacían pasar tres veces los animales dentro del río en torno al pilar central, creyendo que en el estribo estaban enterradas las reliquias de Santa Quiteria, abogada contra la rabia.

Unos chicos andan recogiendo lampreas en un pozal. Una adolescente local toma el sol en una silleta dentro del río, fumando al sol. Ya pasó el año del medio ambiente.

Vemos llegar compañeros más rezagados aún que nosotros. Al perro pastor están bañándolo también, pero no le dan las tres vueltas.

En todo peregrinar, hay cosas buenas, gratuitas, iguales para todos, reconfortantes y humanizadoras.

Como este río Arga, helado, que pasa por Zubiri.

## DE PAMPLONA A PUENTE LA REINA

(Camino de Santiago)

Salimos a las 7'45 del recinto de las piscinas de Aranzadi, rincón verde y agua donde rezuma la frescura de esta noche de lluvia después de los calores de ayer. Está el cielo lleno de nubes grises y le recomiendo a Marcelino Oreja un jersey.

Saludo a los guardias municipales que nos cuidan la salida.

—A ver si llegan bien.

—Hoy es fácil.

Castaños y fresnos tienen el color que otros años tenían en mayo.

Mucha hierba en los fosos. Unas murallas en una ciudad que vive en paz siempre parecen artificiales. En el lienzo lateral derecho del Portal de Francia un letrero con alquitrán dice: «Gora ETA».

—Bien empezamos.

Pero no por eso se mueven el puente levadizo ni las cadenas y contra-pesos.

Dejamos a nuestra izquierda la catedral, con su viaje Cocina de Peregrinos, hoy Museo Diocesano, que muchos peregrinos visitaron ayer, y con el recuerdo del hospital de San Miguel, que dio origen a la gran alberguería, resistente hasta el siglo pasado, cerca de otras dos administradas, en tiempos, por la cofradía de Santa Catalina. Nada parecido las sustituye hoy.



La calle del Carmen está a estas horas bien compuesta y con varios novios que la recorren. Tiene aún colgaduras sanfermineras. Tiene hasta una «Iglesia Cristiana Evangélica».

Asun, que es concejala y muy de Pamplona, es una buena guía. Después de su operación de riñón anda con ritmo ligero y a la vez contenido.

—¡Pero si parecemos una unidad militar, de lo que corremos!

—Y que lo digas.

En la esquina de la calle Dos de Mayo veo la primera placa del Camino de Santiago, diseñada por el Consejo de Europa: de las doce estrellas de nuestro escudo europeo sale una dirección luminosa, mitad ojo, mitad faro. Luz de la creación y del espíritu.

Era cuando en ese semiderruido palacio, que pronto vamos a restaurar, vivían los reyes de Navarra. Antes de los Virreyes, de los capitanes generales y los gobernadores militares.

Seminario viejo de San Juan, hoy renovado y sede de trabajos municipales. Otro letrero de ETA. En casa «Marceliano» ya hay un pequeño avispeo de madrugadores o, quién sabe, de trasnochadores, amigos de la sabatina.

¿Por qué no nos detenemos en la iglesia de Santo Domingo, antes de Santiago, adornada por la concha jacobea, a rezar a nuestro Santo que, con sus cuatro conchas, preside el retablo barroco, en esta víspera de su fiesta? Podríamos pedirle, entre otras cosas, como nos recuerdan los relieves, que ninguna madre peregrina se muera, que ningún mesonero robe a los peregrinos su borriquillo o su equivalente, para que no tenga que caerse del balcón.

La placa europea fijada en la pared de la Cuesta de Santo Domingo ha sido ensuciada con no sé qué.

Algunos miran la fachada del Ayuntamiento. Las dos torres fortalezas de San Cernin ya no tienen que defender a los francos, que iban y venían por el Camino, a los que Alfonso el Batallador dio el Fuero de Jaca el año de gracia de 1129, amén de concederles el privilegio de la venta exclusiva de vino y pan a los peregrinos.

No veo a los franceses de la marcha para decirles que éste era uno de sus barrios. San Nicolás era otro.

Santiago peregrino, deteriorado por los siglos, nos ve pasar indiferentes, sin mirarlo siquiera, desde el pórtico de la iglesia. Tampoco nos hemos parado a visitar a la Virgen del Camino, advocación típicamente jacobea.

«Se vende hielo», dice una tela blanca sobre la bocacalle de la Jarauta.

La calle Mayor, calle de los peregrinos, está abierta de par en par, con los balcones tendidos a la mañana, pero con ese aire de sosiego y descuido de las mañanas del domingo. Chiss...

Pocas personas en la Taconera y en la Vuelta del Castillo. Todavía hay rastros sanfermineros por los glasis.

Los arbolitos de los jardines de la Universidad parecen estudiantes en vacaciones.

El Sadar, río de margas, viene estrecho y ceniciento claro, mientras, un poco más adelante, el Elorz, más campesino y con mucho fuelle, trae un color de barro rojizo que mancha las pequeñas huertas que se le apegan.

—¿Ya pasó el susto de los Sanfermines?

—Se va pasando. No creas que ha sido fácil.

Larraskuntzea. Las campanas de las Carmelitas tocan a misa.

—Ojo con el cable —dice Andrés, apostado junto a la vías del ferrocarril.

Pienso que cuando dice cable quiere decir raíl y tropiezo levemente contra el cable bajo que cierra el paso al tren.

—Vaya, hombre.

Trigales altos pero con cabezas húmedas, muchas podridas ya por el aguazón.

Sobre la Peña de Echauri se abre, entre el plomo de las nubes, un trozo de cielo azarcón, y sobre la Trinidad de Erga hay una franja de carne de doncella.

—Hola, buenos días, ¿te estrenas hoy?

—Sí, voy con mi mujer hasta Puente.

Cizur Menor. Ya está sobre nosotros en su altozano la iglesia románica de San Emeterio y Celedonio, mártires riojanos, que la amplia casa parroquial nos oculta en parte.

Dejamos la elegante acera recién puesta y pasamos unos cuantos al otro lado para ver de cerca la iglesia de San Miguel Arcángel, la joya histórico-artística, si no contamos Eunáte, de esta etapa.

La Orden de San Juan de Jerusalén tuvo aquí monasterio y un buen hospital para peregrinos.

Ya está ahí Valentín con su video. Un perro de la casa vecina nos alborota.

Tenemos la primera noticia escrita sobre la iglesia ya en 1135. El monasterio se destruyó en 1850 y las ruinas se destinaron a corral y almacén. Gran parte de la vivienda y del hospital se deshizo después de la primera guerra carlista para aprovechar los materiales de construcción. Hoy queda en pie la iglesia, de primera mitad del XIII, y su torreón con planta baja, cubierta con bóveda de crucería simple. Para ver la portada románica de tres arquivoltas y crismón en el tímpano tenemos que atravesar la barrera de un perrazo negro furioso, al que asustamos con el palo de caminar.

Parece que el Gobierno Foral va a comprar por fin la finca y comenzar la restauración.

Cuando terminamos de ver la que queda de la vieja encomienda, una moceta se nos acerca con una llave

—Gracias, maja, que no tenemos tiempo, ya hemos visto lo principal.

Un corrillo de mujeres, junto al «Martintxo», nos miran pasar y cotorrean. Un hombre asomado a la ventana de una de las últimas casas, junto al frontón, nos aplaude

—Gracias, hombre, buenos días.

Bajamos. La fuente de piedra. La zona de chalets. Unas chope-ras. Unas nubes bajas se agarran a los pinos y cubren la parte alta de la Sierra del Perdón. Todo el cielo está ahora cerrado. Viene un hombre con un paraguas

—¿Va o llover o qué?

—Sí.



El Camino por aquí está muy desdibujado. Para evitar un tramo lleno de charcos, damos una pequeña vuelta. Achicorias silvestres por los ribazos como queriéndonos decir que son tónicas, diuréticas y vulnerarias. Un cuervo grazna en lo alto del poste eléctrico. Todavía están en flor las moras en La Morea.

La torre gótica de San Martín de Tours, de Galar, se asoma al otero en el que se asienta, y bajo el que se derrama, hacia el Perdón, el resto del pueblo.

Otros dos oteros cercanos hacen juego con el que cobija al pueblo que da nombre a la Cendea. Uno de los términos lleva el bonito nombre de Mendiluz.

Atravesamos un trigal por un pasillo estrecho. Luego el Camino sube como puede por un pequeño relieve margoso encima de campos de cereal. Uno sospecha que el Camino iba por abajo y que las layas primero y los tractores después han ido borrándolo.

Por la derecha se nos aparece el renacentista palacio de Guenduláin y la solitaria iglesita de San Andrés, entre árboles. El Camino debía de ir, según algunos mapas, por el pueblo, pero ahora queda un poco apartado. Hace poco más de un siglo tenía el lugar 35 casas, que hoy sólo son recuerdo. Dos caminantes suben a verlo. Otros nos entretenemos junto a un charco grande, donde croan con estrépito unas ranas.

Contemplamos el bello caserío de Gazólaz, bajo una colineta, y el altillo de Sagüés con sus pocas casas y la iglesia románica porticada. Unas nubes se ponen hurañas encima de Irurzun.

A la vera del Camino nos sorprenden cinco olmos todavía vivos, aunque uno parezca ya herido de la muerte común. Por la ribera de un arroyo, juncos y carrizos. Algunas malvas.

Ahora vemos todo el cuerpo vivo y saludable de Galar, resguardado naturalmente de los peligrosos vientos norteños.

El cementerio de Zariquiegui no tiene pinos ni cipreses sino un solo árbol grande y materno, que desde aquí no puedo clasificar.

Sale la gente de misa de la iglesia gótica de San Andrés, con portada románica y un bello retablo romanista.

Cuando llego a la camioneta del avituallamiento, ya no hay fruta pero sí un bocadillo de salchichón. El pueblo está en cuesta, y se le añade en la parte alta un chalet, con un aparatoso frontón. Creo que las grietas que se abrieron hace años en las casas ya están tapadas

—Aún las puede ver usted por ahí —me dicen los de Zariquiegui, que han hecho un corro con nosotros. Lo cierto es que la empresa Potasas de Navarra, que tenía las galerías cerca, siempre negó ser la responsable de tal accidente.

—¿Y no nos van a dar, por lo menos a los últimos, un vaso de vino?

Me lleva una buena mujer a su casa y me saca la bota y la botella. Elijo la botella, que para la bota ya hay tiempo. Lleva la bota a mis compañeros, si es que alguno queda.

*Nous avons souffert la chaleur  
dans le voyage,  
Nous fortifîames notre coeur  
pour ce pèlerinage.*

escribió hace siglos el peregrino francés, elogiando el trago de vino que se metió al coletto.

Ahora el repecho se hace más penoso. Alivia mirar a nuestros pies. A Muru-Astráin los olmos muertos le han quitado una pizca de belleza. En Astráin, pueblo que se abrió también en grietas, se celebró no hace mucho la restauración de la iglesia románico-gótica, muy dañada, en una fiesta inolvidable. El templo guarda la imagen de la Virgen del Perdón, del siglo XIV, que antes estuvo en la cima de la Sierra que ahora atravesamos, junto a un hospital para peregrinos. Todos los años se le hacen romerías.

Paternáin y Undiano, que parecen esconderse entre las lomas de trigos sin segar, tienen, sus iglesias —levantadas, respectivamente, en los siglos XIII y XIV— dedicadas a San Martín de Tours, santo celeberrimo francés, patrono de una ciudad que fue pionera en la peregrinación a Santiago.

Suenan dos tiros no lejos de nosotros. Alguien descubre a los bárbaros autores cerca del palacio de Guenduláin

—¿No los ves? Por allí van.

Cuando llego a la fuente de Reniega, siento que el vino de Zariquiegui me ha quitado la tentación del agua. Nadie está tan agotado por la sed como para que se le aparezca el diablo de la leyenda que le invite a *renegar* de Dios, de la Virgen y de Santiago; así que tampoco se le aparece a nadie el Santo que lo lleve a la escondida fuente.

Encima de las Dos Hermanas llueve, y llueve también en Juslapeña. Como una fina ducha limitada, intensa y brillante.

Tenemos encima paredes de estratos. Los cantos rodados del Camino nos dicen bien a las claras que estos parajes fueron mar, delta, litoral o lagos durante siglos. Terrenos de margas, de areniscas, de conglomerados. A nuestra derecha, un largo pinar.

Ya estamos arriba. Cerca de aquí los peregrinos encontraban refugio en la ermita de Nuestra Señora del Perdón, mencionada antes, con casa para ermitaño y hospedería.

Pasa la cinta firme de la carretera y por ella algunos coches que van hacia la cima, ahora despejada ya de nubes. Aparece Valdizarbe, de verde, pardo y amarillo, en los glaciares que bajan del Perdón, hasta la ribera del Arga, donde empieza el valle de Mañeru.

Sale un sol aparentemente respetuoso que abrillanta pinares y encinares y anima las Nequeas bardeneras.

Nos lanzamos por una trocha de cascajos que hacen doler los pies. Monte bajo de encinares, coscojas, ollagas, árgomas y bojes. Abrótanos hembras, escabiosas, hierbas canas, hierbas de Santiago, orégano, zanahorias...

—Hala, Lorenzo.

Saltamos dos alambradas. Un poco más adelante, en pleno descenso, Andrés pone la clásica cinta amarilla del Camino en la rama de una encina, junto a un pinar espeso.

—Por aquí se va a Aquiturráin.

Aquiturráin fue en la edad media lugar con ermita o basílica de Nuestra Señora de la Asunción, hospital de peregrinos y cofradía.

En el siglo XVI ya era lugar de señorío, desolado. Los vecinos y la cofradía subsistieron hasta el siglo pasado. Madoz nos dice que en su tiempo era una casa de labranza. Hoy ya no hay nada. Tampoco de los pequeños poblados de Larráin y Auriz, en la falda de la Sierra, queda nada.

Canta la chicharra metálica y monótona.

Pasamo el puente del arroyo La Tejería, que baja de la Sierra y al que afluyen los abundantes regatos que irán saltándonos a los pies en nuestro recorrido. El sol nos solea seriamente, pero un vientecillo cariñoso que mueve los chopos nos lo disimula. En la pieza que tenemos delante la paja de la cebada está recogida en pacas.

A nuestra derecha, el cementerio de Legarda con cipreses, y el pueblo en torno a la iglesia gótico tardía de La Asunción. A un lado, la ermita de Santa Cecilia, y al otro, ya en terreno de Puente, la pre-románica de San Martín, y la de Santa Bárbara, tan caminera, en suelo legardés. Cerrando el Valle, las fronteras de Calaverogáin y Villanueva.

La entrada en Uterga, tras subir una costezuela, es llana y acogedora. Ya nos avisan a la puerta, en un indicador rústico, que Uterga es villa «antinuclear y antimilitar». Alguien ha querido borrar lo de «antimilitar».

Hay un corrillo de gente en la esquina de este pueblo-calle, adornado con todas las plantas y flores de la botánica primaveral y veraniega.

—¡Qué bonito pueblo tienen. Ya se nota que es antinuclear!

Se ríen. Me han conocido y me hablan de mi pueblo. A Uterga vinimos por primera vez a jugar el equipo de fútbol de Mañeru, en aquellos tiempos.

Pero también se dice a la entrada, en un pequeño hito de piedra, que Uterga es «ruta jacobea».

Lo de antinuclear tiene su explicación. En Uterga, en torno a una activa alcaldesa, se fraguó la campaña contra el presunto

cuartel en el Perdón, que es un tema que llena literalmente el pueblo. Dice un letrero en la pared: «*Dejadnos en paz. No a la base-OTAN en el Perdón*». Y en otro lugar, siempre sobre tela blanca: «*Urralburu, no regales lo que es de todos*».

La villa es una calle —el Camino— y un anchurón enorme, entre plaza y jardín, que hace de Uterga un hermoso lugar que siempre me gustó. Las casas, bajas, tienen un claro carácter mediterráneo. Cerca de la iglesia está la plazuela de La Asunción, con un olmo gigante y vivísimo. La iglesia, gótica muy reformada, tiene alrededor un bonito jardín y un pórtico. Leo la placa que recuerda el sacrificio de nueve hombres del pueblo que murieron en la guerra del 36. Abro la puerta del templo. Están en misa y no entro.

Me encuentro con otro letrero: «*Con la fuerza de la razón / contra los cuarteles del Perdón*».

En la fuente, una soberbia fuente con aska larga, se refocilan varios compañeros de marcha. Sobre el pilón se nos advierte: «Se prohíbe toda clase de limpieza», lo que produce comentarios jocosos. Unos beben y otros se limpian «toda clase de suciedad». María Jesús, que ha sido mi compañera de los últimos kilómetros, está muy decaída con su dichosa ampolla. Sale pronto para no llegar demasiado tarde.

A la salida de Uterga, otra vez la advertencia: «*Municipio anti-nuclear y antimilitar*». Esta vez nadie ha intentado borrar nada.

El Camino se confunde pronto con la carretera secundaria que enlaza Legarda-Uterga-Muruzábal-Obanos-Puente. Caminamos entre trigales tostados y cebadales cosechados. En los ribazos, zarzales, hinojos, ortigas, cardenchas, saúcos, angélicas...

Vemos las primeras viñas.

Pasamos debajo de una casa nueva, montada sobre el arranque de la colina que llega hasta Muruzábal. Están comiendo, o almorzando, vete a saber, junto a la puerta

—Que aproveche, buenos días.

Nos invitan blandiendo un bollo, un cuchillo reluciente y una botella. Lorenzo, que viene macho, se adelanta incluso a su mujer

—Gracias, que no tenemos apetito.

A nuestra derecha va el riachuelo entre huertos, chopos, sauces y álamos.

Se nos asoma la torre ancha de la importante iglesia gótico-renacentista de San Esteban, que, desgraciadamente, encontramos cerrada y silenciosa entre pinos, abetos y rosales... Muruzábal fue instituido en vizcondado por el rey Carlos III, en 1407, a favor de su hermano bastardo Leonel, con la jurisdicción y rentas de Valdizarbe.

Muruzábal no debe de ser municipio antinuclear, pero eso no impide un letrero avisador: «*Francoandía para los navarros, no para los militares*».

Esta villa ilustre está muy marcada por el Camino que la atraviesa toda. A su izquierda queda el núcleo creciente de la población, sobre el que se levantan las dos torres barrocas gemelas del palacio del Marqués de Zabalegui, hoy residencia de ancianos.

La primera casona, de dos pisos, junto a la entrada, lleva una curiosa inscripción, que apunto:

«Escuela completa, fundada por D. Esteban Pérez Tafalla y su esposa Dolores Acedo, 1892».

La dueña actual, asomada a un balcón de la casa, dice que no es de este pueblo, pero que la escuela dejó de funcionar hace muchos años. Ni su marido se acuerda.

Hay varias casas nuevas, muy adornadas de flores en la calle-camino. Algunas mujeres que nos miran pasar me hablan del vino de mi pueblo

—Mañana lo beberemos.

Nos invitan a beber también aquí.

—No nos paramos, que vamos casi en la cola.

Dejamos la carretera y nos metemos por un camino fácil que asciende descaradamente hasta Obanos. Una viña de cepas altas,

de buen color, no sé si de buena ligazón. A mi izquierda, cerrándonos la vista hacia el Valdizarbe del río Robo, corre el cordal pinoso donde se airea y fortalece San Guillermo, en su montecillo de Arnotegui, sitio de vinos, presidiendo la bella tradición que durante años se hizo arte de misterio en la plaza de Obanos.

El sol nos atosiga. Cruzo una zona de chalets a grandes zancadas. Me dicen que el grueso de la marcha está en el mesón tomándose un pisolabis. Me encuentro con Don Santos, ensotinado, que viene de saludar a Marcelino

—Ya se han ido hacia Puente. Tenían prisa.

Paso cerca del bar «Alcalá» de mis amigos, y salgo hacia la ermita de San Salvador y el Calvario, donde, según algunos, se juntaban los dos Caminos jacobeos que recorrían Navarra (Que no me oigan los de Puente).

Bajo más aprisa aun por el viejo *Garesbidea* a juntarme con los compañeros de la marcha. Familiares de Pamplona andan con sus videos y tomavistas esperando a que pasen los suyos.

—Hola.

—Hola.

Dos mujeres se cambian de calzado en el borde de la carretera de Campanas, cerca de la desembocadura de La Tejería en el Robo. Me dicen que el grueso de la marcha está tomando un refresco en «El Peregrino». Nada de eso.

Algunos marchistas se hacen una foto junto a la estatua de hierro del «el peregrino», en el cruce de los dos Caminos, según la mayoría de los expertos (Que no me oigan los de Obanos).

Al fin, con la lengua fuera, alcanzo al grupo mayoritario.

—¡Pero si corréis como en un marcha atlética!

Saludos por aquí y por allí. Están, con sus pañuelos rojos, el alcalde y varios concejales de Puente la Reina, que acaban de disparar los cohetes abriendo las fiestas de Santiago. Querían que

de buen color, no sé si de buena ligazón. A mi izquierda, cerrándonos la vista hacia el Valdizarbe del río Robo, corre el cordal pinoso donde se airea y fortalece San Guillermo, en su montecillo de Arnotegui, sitio de vinos, presidiendo la bella tradición que durante años se hizo arte de misterio en la plaza de Obanos.

El sol nos atosiga. Cruzo una zona de chalets a grandes zancadas. Me dicen que el grueso de la marcha está en el mesón tomándose un pisolabis. Me encuentro con Don Santos, ensotinado, que viene de saludar a Marcelino

—Ya se han ido hacia Puente. Tenían prisa.

Paso cerca del bar «Alcalá» de mis amigos, y salgo hacia la ermita de San Salvador y el Calvario, donde, según algunos, se juntaban los dos Caminos jacobeos que recorrían Navarra (Que no me oigan los de Puente).

Bajo más aprisa aun por el viejo *Garesbidea* a juntarme con los compañeros de la marcha. Familiares de Pamplona andan con sus videos y tomavistas esperando a que pasen los suyos.

—Hola.

—Hola.

Dos mujeres se cambian de calzado en el borde de la carretera de Campanas, cerca de la desembocadura de La Tejería en el Robo. Me dicen que el grueso de la marcha está tomando un refresco en «El Peregrino». Nada de eso.

Algunos marchistas se hacen una foto junto a la estatua de hierro del «el peregrino», en el cruce de los dos Caminos, según la mayoría de los expertos (Que no me oigan los de Obanos).

Al fin, con la lengua fuera, alcanzo al grupo mayoritario.

—¡Pero si corréis como en un marcha atlética!

Saludos por aquí y por allí. Están, con sus pañuelos rojos, el alcalde y varios concejales de Puente la Reina, que acaban de disparar los cohetes abriendo las fiestas de Santiago. Querían que



el secretario general del Consejo de Europa tirase el primero, y retrasaron por eso el disparo una hora.

—Por un poco.

—¡Pero qué estáis diciendo!

Hay un revuelo de parientes y amigos venidos desde Pamplona a estar con los caminantes. Fotos y más fotos.

—Quita un poco.

—Ponte más allí.

—Así, juntos.

Los gigantes que nos han traído los munícipes esperan junto a la iglesia del Crucifijo, iglesia jacobea si las hay. Vamos a ver esta preciosidad de los siglos XIII y XIV, primero en manos de los templarios, y después, tras la vergüenza de su supresión, en la de los caballeros de San Juan. Santa María de Hortis, con su única y sobria nave, existía ya probablemente antes de la llegada de los templarios a mediados del siglo XII. La segunda nave, más pequeña, se hizo posteriormente, acaso para acoger el impresionante Crucifijo, de origen tal vez renano, donado quizás por algún peregrino.

Los gigantes se impacientan y más aún los caminantes, que vienen perseguidos por el sol de Valdizarbe.

Juan Ramón Corpas explica a Marcelino los detalles, entre realistas y fantasiosos, de la portada románica, con sus relieves «impúdicos» y «obscenos» que, en relación con los templarios, tanto han dado que hablar.

Por fin la comitiva se mueve siguiendo a los gigantes por la calle del Crucifijo, llena de gentes sudorosas y felices, que aplauden, gritan, saludan, animan, sonrían y se ríen.

Todos a la iglesia de Santiago, a ver las dos bellas portadas; a saludar al Santiago «Beltza»; a oír, sentados, lo que nos dice el párroco sobre esta iglesia, tan reconfortante ahora.

Y otra vez, con los gigantes y cabezudos –uno me da un vergazo– a los nuevos salones del Ayuntamiento, donde tomamos el aperitivo que algunos no tomamos ni en Obanos ni a la entrada de Puente.

Se elogia por los corrillos el buen gesto de este Ayuntamiento y de este pueblo jacobeo, que nos ha acogido como ninguno hasta ahora.

A mí me muelen con el «tema» («la tema») de los caminos de Obanos, y los mando a decírselo a Valentín y al secretario general del Consejo de Europa, que aguantan bien la broma.

–No somos expertos.

–No somos nadie.

Todos estamos de fiesta.

Del Ayuntamiento, en la «Casa de los cubiertos», siempre por la calle Mayor, unos a ver el puente románico, y otros a mudarnos y ducharnos en el campamento, instalado en el complejo escolar.

Son las tres. Es víspera de Santiago, patrón de Puente la Reina, patrón de España, patrón del Camino.

Y Perico Delgado está ya ganando la Vuelta a Francia.

## MEMORIAL DE JOTAS EN MURILLO EL FRUTO

Vuelvo a Murillo el Fruto y vuelvo al XII Memorial de jotas Raimundo Lanás Muru (1908-1939), hijo queridísimo de esta villa, donde reposan sus restos y los de su hijo, muerto recientemente.

Raimundo Lanás tiene aquí un monumento en piedra y sobre todo un monumento en el corazón de todos los murilleses. Ha sido el jotero más conocido, dentro y fuera de Navarra y de España, el más imitado, inalcanzado hasta ahora.

Estuve en algunas de las primeras ediciones del Memorial, y, como «raimundiano» fervoroso que soy, cojo al vuelo esta nueva invitación y a Murillo que me voy esta tarde serena y albazana de octubre.

Están las viñas de Tafalla y Olite todavía verde-ambarinas, con alguna que otra hoja color cinabrio y alguna bermejiza.

Anochece de golpe. Santacara ya tiene encendidas las luces. Hablamos de pastas al pasar junto a la fábrica. La oscuridad nos libra de ver, en medio de Murillo, un espantoso silo oscuro.

Está la bella y armónica Casa Consistorial, tan dieciochesca ella, toda engalonada de banderas y de luces, que hacen rebrillar los sillares y el blasón rococó de alabastro, donde resumen la

historia del pueblo dos leones tenantes, un yelmo, una estrella, un cuarto menguante de luna, un lobo con un animal en la boca y un escudo del Roncal. Sobresale la cubierta plana de la gran escalera interior, una de las más hermosas del género en Navarra.

Sale la gente del nuevo frontón cubierto.

—Hola, ¿qué tal?

—Por aquí estamos.

La torre cúbica de Santa María se recorta contra el cielo vespertino, en el que una luna como pasmada y una estrella vivaz se asoman a la pequeña balaustrada.

Entre el estrado de los munícipes, presidido por el Rey, y la sala grande hay una barandilla de madera. La gente hace bromas.

Digo unas palabras de agradecimiento y de paz municipal a las personas que se han juntado allí y tomamos una copa rápida.

Rodea a la iglesia gótico-renacentista un atrio alto de piedra, con árboles y plantas, que, por lo que veo, sirve a estas horas de desahogadero menor sólo para hombres.

El viejo salón parroquial está que rebosa. En torno al escenario, donde campea un retrato en cartón de Raimundo, hay un rebullir de trajes blancos y pañuelos rojos de joterías —la gran mayoría— y joteros. En la primera fila corre un escalofrío de tristeza: por primera vez no asiste, al Memorial la viuda de Raimundo, Carmen Bravo, enferma en Madrid.

A mí, de todas las jotas, la que más me gusta y hasta me emociona es la que canta una chiquita de Tafalla, con música de Raimundo

*Aunque nevaba y llovía  
atravesé la Bardena...*

Resulta que luego gana el primer premio de solistas infantiles y me toca entregarle la copa y el sobre del dinero. No hay manera. La campeona viene deshecha en llanto y no ve nada ni a nadie. Por fin, logro darle las dos cosas, y dos besos de propina.

Cuando termina la primera parte, salgo al escenario y, tras unas palabras sobre Murillo, digo estas jotas de ocasión:

*MEMORIAL DE JOTAS EN MURILLO EL FRUTO*

Desde que le oí cantar  
la jota a Raimundo Lanás,  
tengo la jota en el cuerpo,  
llevo la jota en el alma.

\* \* \*

En Murillo aprendí yo  
cómo se canta la jota:  
cómo se reza y se sueña,  
cómo se ríe y se llora.

\* \* \*

La jota siempre es un grito  
que sale desde muy dentro.  
Puede ser de pena o gozo,  
pero es siempre un grito serio.

\* \* \*

La jota navarra es  
mucho más que una canción.  
La jota mueve la sangre  
y renueva el corazón.

\* \* \*

La jota tiene el calor  
hondo y ferviente del pueblo  
y un estilo popular  
sabio, sobrio, bronco y recio.

\* \* \*

VICTOR MANUEL ARBELOA

La jota tiene que ser  
lo mismo que el buen navarro:  
sincera y corta en palabras,  
temperamental, y al grano.

\* \* \*

La buena jota navarra  
es directa como un arma:  
música y letra se meten  
en los tuétanos del alma.

\* \* \*

En jotas están escritos  
algunos de los poemas  
más valientes, más sentidos,  
más sutiles de esta tierra.

\* \* \*

Cuatro alas tiene la jota  
que la vucla por los aires.  
Cuatro venas de octosílabos  
que la meten por la sangre.

\* \* \*

Murillo del Fruto, pueblo  
siempre comprado y vendido,  
hoy el pueblo soberano  
es dueño de sus destinos.

\* \* \*

VICTOR MANUEL ARBELOA

La jota tiene que ser  
lo mismo que el buen navarro:  
sincera y corta en palabras,  
temperamental, y al grano.

\* \* \*

La buena jota navarra  
es directa como un arma:  
música y letra se meten  
en los tuétanos del alma.

\* \* \*

En jotas están escritos  
algunos de los poemas  
más valientes, más sentidos,  
más sutiles de esta tierra.

\* \* \*

Cuatro alas tiene la jota  
que la vuela por los aires.  
Cuatro venas de octosílabos  
que la meten por la sangre.

\* \* \*

Murillo del Fruto, pueblo  
siempre comprado y vendido,  
hoy el pueblo soberano  
es dueño de sus destinos.

\* \* \*

*MEMORIAL DE JOTAS EN MURILLO EL FRUTO*

Murillo tiene en su escudo  
un castillo con tres torres,  
con almenas y con lanzas...  
para que nadie lo tome.

\* \* \*

Qué patrona tan ilustre  
que tienen los de Murillo:  
entre San Pedro y San Pablo,  
con su palma de martirio.

\* \* \*

«Fuente soy de la nobleza,  
de muchas casas honrada...»,  
dice la cruz de un escudo.  
Esa nobleza hace falta.

\* \* \*

Raimundo Lanas tenía  
algo que muy pocos tienen:  
el corazón en la voz  
y una voz triste y alegre.

\* \* \*

Aquel ruiseñor inquieto  
que se nos murió volando  
está más vivo que nunca  
hecho leyenda, hecho canto.

\* \* \*



VICTOR MANUEL ARBELOA

Gracias, Murillo del Fruto,  
árbol de muchos colores.  
Siempre que te vengo a ver,  
te encuentro entre ruisseños.

Cuando salimos y comenzamos a esfogarnos un poco con el fresquillo de la noche y las múltiples y dispersas chácharas, llega el torico de fuego, espectáculo clásico en Murillo, y nos llena de chispas y de susto, rompiéndonos todas las posiciones.

Así que, como es muy tarde, vamos y cogemos el «puntiáío».

Es la hora de la cena en Murillo el Fruto.

Ni la torre, ni la luna, ni la estrella se han movido de su sitio.

## BAJO LA SIERRA DE ERBIOZ

Pasa el Arga bajo los chopos ciriales cerca de Ibero. Pasa el Arga, solemne y bello como una procesión otoñal. Junto a Echauri, los espinos están tan enrojecidos, que parecen furiosos.

Subimos el puerto y nos ponemos a mirar unos corros de nieblas que forman aquí y allí un equipo de paracaidistas celestes. Intentaban tomar tal vez la mañana, pero la mañana no se deja tomar. Un escalador araña hábilmente la roca.

Tractores por los campos de Muniáin. Han salido después de las lluvias, las primeras hace tiempo, como caracoles ruidosos.

Un albañil almuerza en Izurzu, recostado en la pared que está restaurando. Bajan los chopos otoñizos por la cuenca del arroyo Guembe llenándolo todo de esplendor. Unas cabras se suben a un ribazo, asaltan un rosal silvestre y se zampan los dulces escaramujos aovados. Una mujer lava, sí, sí, lava, en el lavadero, bien conservado, de Salinas de Oro.

Arguiñano está partido en dos por los chopos.

Ya está ahí el Ubagua, pastor de choperales, cobrizos de otoño.

Encontramos Riezu tan bello como lo encontramos la otra vez cuando andábamos azacaneados con lo de las aguas de la Comuni-

## BAJO LA SIERRA DE ERBIOZ

Pasa el Arga bajo los chopos ciriales cerca de Ibero. Pasa el Arga, solemne y bello como una procesión otoñal. Junto a Echauri, los espinos están tan enrojecidos, que parecen furiosos.

Subimos el puerto y nos ponemos a mirar unos corros de nieblas que forman aquí y allí un equipo de paracaidistas celestes. Intentaban tomar tal vez la mañana, pero la mañana no se deja tomar. Un escalador araña hábilmente la roca.

Tractores por los campos de Muniáin. Han salido después de las lluvias, las primeras hace tiempo, como caracoles ruidosos.

Un albañil almuerza en Izurzu, recostado en la pared que está restaurando. Baján los chopos otoñizos por la cuenca del arroyo Guembe llenándolo todo de esplendor. Unas cabras se suben a un ribazo, asaltan un rosal silvestre y se zampan los dulces escaramujos aovados. Una mujer lava, sí, sí, lava, en el lavadero, bien conservado, de Salinas de Oro.

Arguiñano está partido en dos por los chopos.

Ya está ahí el Ubagua, pastor de choperales, cobrizos de otoño.

Encontramos Riezu tan bello como lo encontramos la otra vez cuando andábamos azacaneados con lo de las aguas de la Comuni-

dad de Valdizarbe. Unas parras vírgenes enternecen unas viejas casas de piedra.

Nos paramos junto al viejo molino. A su lado hay una higuera con una rama arrancada y unos regalos de higos colgando que son una tentación casi invencible. Los higos son grandes como bocas, dulces como la dulzura.

Está el agua estancada en el canal del viejo molino pero salta transparente en el cauce. Cuando el viajero llegó aquí por última vez, vino a ver cómo llevaban el agua a unos pueblos muertos de sed durante siglos. Ahora viene sólo a ver el cómo entra silenciosa por esa red que le pusieron entonces para seducirla.

Entre calizas, calcarenitas y dolomías se arraciman carrascas, encinas, enebros, aliagas, zarzales, rosales silvestres... y a orillas del río se alborota un sotillo largo de chopos, sauces, mimbreras, fresnos y tamarices.

Junto a otro viejo molino convertido en residencia veraniega, se levanta, al otro lado del camino, la ermita remozada de San Blas, entre peñascos.

El nacedero de Riezu, que desagua lento las lluvias y las nieves fundidas de las sierras cercanas, está cercado de rejas y hierros para mantener así la pureza del agua que va hasta Larraga, Mendigorria y Artajona, que forman la Comunidad de Santa Cruz.

El agua mana al pie del barranco Erbioz y alcanza un promedio anual de 1.500 litros por segundo. Cuando es mucha, salta la taza del nacedero y va hacia la regata, pero ahora su caudal es corto y la regata sólo se llena con los manaderos que se le unen en su recorrido.

Pasamos el cauce y nos metemos por un camino estrecho para subir a un pequeño raso, entre carrascas, enebros y espinos, donde descansamos un poco. Dan las doce en el reloj de Riezu. A nuestros pies hay un huertecillo donde engordan unos cardos y unas berzas.

Ascendemos por una breve cuestecilla que termina en el lindero del carrascal, desde donde vemos las primeras casas de Arizaleta y

el alto busto de su iglesia. A nuestra espalda, Iturgoyen, alto, entre chopos. Últimas achicorias silvestres, últimas zanahorias.

Vamos por una senda fácil dentro de una piedra labrada, arrancada al carrascal, y llegamos en un santiamén hasta Arizaleta.

Este es un pueblo de frontera serrana, como Lezaun, Riezu e Iturgoyen. Pueblo vertical y ganadero, que desciende por la falda del monte. Pueblo lleno, arriba y abajo, de hermosas casas de piedra, del siglo XVI, con blasones del tiempo o posteriores.

Sobresale entre otras un palacio estilo Reyes Católicos, con una ventana central rodeada de escudos, rombos y rosetas, encuadrada por un marco rectangular a manera de alfiz apeado sobre ménsulas vegetales, todo típico del siglo de oro. En los escudos de las casas de la parte baja del pueblo hay varias cruces de la Orden de Calatrava.

Cosa rara: está abierta la iglesia. Es también del siglo XVI y tiene bóvedas de estrellas de cuatro puntas sobre terceletes.

Lo primero que llama la atención, después de una mirada general, son las tres placas fijadas en la pared izquierda. La primera está dedicada a Don Fray Sabas Sarasola, O. P. (1881-1944), vicario apostólico de Urabante y Madre de Dios (Perú), fundador del seminario de misiones dominicas de Villava. Recuerda la segunda, del año 1923, a D. Angel Salaverri, párroco de la villa y director de una escuela de humanidades. La tercera celebra la figura del que fuera obispo de Segovia y después arzobispo de Burgos, don Luciano Pérez Platero: la puso en junio de 1964 «el pueblo por él ennoblecido».

Además de las placas en honor de las glorias eclesiásticas locales, atesora el templo unos buenos retablos, y en ellos una robusta talla del patrono San Andrés, así como una emotiva del Crucificado, ambas de Juan Imberto, pero sobre todo una deliciosa imagen gótica de la Virgen con el Niño, procedente de la ermita de Santa Catalina, con unas manos y unas caras que hechizan. Junto a ella queda pobre y rígida otra Virgen gótica anterior, repintada y coronada muchos siglos después.

La portada del templo es renacentista y el cuerpo voluminoso y bien plantado.

Uno no esperaba ver estas preciosidades en un rincón montañoso como éste.

Otro día nos llegaremos a ese otro de lindezas que es Azcona y a su ermita de Santa Catalina, ahora en plena reconstrucción.

Bajamos entre campos preparados para la siembra, hasta coger el camino viejo de Riezu, que entra pronto en el carrascal. Bordeando una pieza que ocupa el centro del bosque, llegamos pronto a un alto sobre el pueblo, que desde aquí parece otro, distinto al que vimos. No, es el mismo. Ahí está la espadaña de ladrillo, el torreón del palacio, el puente sobre el río, los chopos crepusculares...

Al llegar a la higuera apetecida, aparece una señora con un perro, que se pone a despotricar contra los sinvergüenzas que se llevan los higos.

—Si al menos cogieran dos o tres, pero no, vienen a por todos.

Cuando ve la rama rota, se encoleriza. Intentamos decir que ya la habíamos visto rota antes, hacia las diez, como queriendo decir que nosotros no hemos sido. Pero nos corta:

—Pues a las nueve no estaba así.

Habla esta señora con cierta distinción clásica. Dice *mas* en vez de *pero*. Nos enredamos pronto en una frutal disputa sobre si ese árbol alto cerca de la casa, sobre el río, es un cerezo silvestre o no, y así nos olvidamos de la higuera.

Un muchacho con pintas de extranjero se apresta a meterse en la presa que está cerca del puente. Le saludo en inglés y se imagina que le digo que está prohibido bañarse. Por si acaso le digo en alemán que no, que ahí no está prohibido. Me imagino que me entiende.

Volvemos bajo los choperales del Ubagua —algunos libros y mapas lo confunden todavía con el Salado—, que nos dan sombra, hojas y los últimos fuegos de su belleza.

Un cuervo con una nuez en el pico huye bajo los nogales casi ya pelados.

Esplende al sol la sal lacustre del pantano de Alloz.

Los zumaques de tenerías, ricos en tanino, nos otoñan el regreso.

Un arce, o un serbal —no distingo bien—, aparece allí, alto, entre las Peñas de Echauri.

La mañana se desnuda de las nieblas y se queda en cueros. El sol octubreño reina constitucionalmente sobre la Cuenca de Pamplona.





## POR MONTE PLANO

El sol es un regalo tibio en esta mañana de noviembre. Montejurra tiene puesta una almohada de boiras y la Peña de Unzué acaba de sacar la cabeza.

La balsa del Juncal tiene unas charcas de agua entre carrizos secos. No hay un mal rascón ni un mal buitrón para alegrar los ojos. Un grupo de excursionistas que viene detrás de nosotros ve, de lejos, lo poco que da de sí la balsa y se vuelve.

Entre viñas por donde ya han pasado los rebaños llegamos a un camino que, pensamos, nos lleva a Monte Plano, pero entre esparagueras con bolitas rojas, malvas verdes, chaparros con bellotas y viñas sin racimar, el camino nos lleva otra vez hacia Tafalla.

Repican las campanas de Santa María que da gusto y, además, no nos dejan oír los tiros de los cazadores. Hoy es Santa Cecilia y deben de andar festejándola los músicos tafalenses, que son muchos, con sus muchas músicas, entre ellas la de las campanas.

En una viña llena de cascajos comemos unos redrojos dulcísimos de garnacha. Una hilera de viejos olivos llenos de olivas verdimoradas. Unos ciapes.

*«Al campo y a la atmósfera ha venido ya aquella claridad cristalina, diáfana, en que todo se concreta, se dibuja y queda superficialmente extasiado.»*

*Es la calidad del invierno*». Así escribía por estas fechas el admirado Dionisio Ridruejo, en su destierro catalán de la posguerra.

Tenemos que volver al buen camino y dejar unas esparragueras como modelos de peluquería punky y unas viñas que coleccionan todo el oro del sol de las cuatro estaciones, pasado por vientos, aguas, fríos y hielos.

Ya estamos en Monte Plano, terraza aluvial, poblada antes de carrascas, colgadas sobre las tierras aledañas de cultivo. Todo es comunal de Tafalla.

Durante los desarrollistas años sesenta se talaron los árboles, se roturaron grandes superficies y el bosque se convirtió en matorral. Parece, por lo que vemos, que se quiere dejar crecer el bosque que nunca debió destruirse. Hay alambradas que protegen los nuevos plantones de carrascas que rebrotan por todas partes y hasta vemos un plantío de matas de espliego.

Al internarnos en el Monte nos encontramos una y otra vez con coches de cazadores, con cazadores y con perros de cazadores. Oímos algunos tiros, pocos.

–Buenos días.

–Buenos días.

–¿Cómo va la cosa?

–No puede ir peor.

Corre por la zona de Tafalla estos días la voz de que no hay caza por ninguna parte. Poca perdiz, poca malviz, poca liebre, algún conejo. Desde que andaban por aquí el rey Carlos III y los suyos se han multiplicado y perfeccionado las escopetas y no puede ser.

–Vamos a andar con cuidáu, no sea que nos peguen un tiro.

–Chico, no exageres.

–Si llego a saber cómo estaba esto, no vengo.

–Ya no tiene remedio.

–Hay que ir hablando en voz alta.

–Pero te dirán que les asustas la cosa.

–Pues que se chinchén. Mejor es que no te confundan con un bicho.

–Eso mismo.

Carrascas, coscojas, enebros, labiérnagos, tomillos, lavandas todavía en flor violácea y alcanforada. «Comedero de buitres», dice un letrero.

–Vete a saber cómo estará eso.

–No sé como estará, pero huele que apesta.

Cuando llevamos un buen rato andando, preguntamos por la balsa de Cabriteros.

–Van ustedes mal. Tienen que volver y coger aquel camino a la derecha.

El grupo que nos siguió al Juncal vuelve también.

–Hemos ido hasta los pinos y hemos tenido que volver.

La balsa de Cabriteros, rodeada de un raso verdinoso, en un suave barranco del talud hacia Olite, es un alivio para la vista y también para el cuerpo entero, libre ya de cazadores.

La balsa artificial está a medio llenar. No vemos ni ranas ni sapos, ni culebras ni tritones, pobladores habituales del lugar. Y, lo que es más triste, ni apenas carrizos ni espadañas, porque los cazadores de palomas, que han construido a los dos lados del agua dos chozas semi-subterráneas, querían el campo limpio y cómodo para sus operaciones.

El otro grupo se queda junto a la balsa para almorzar.

–Nosotros tenemos que seguir, que tenemos que volver a Pamplona.

–Hay que venir más despacio, hombre.

La verdad es que tiene razón.

Seguimos entre campos y remontamos el flanco este de la mesetilla. La mañana fría de noviembre nos ofrece una bandeja verdipлата de paisaje, entre Monplanet, Altos del Fraile, Moncayuelo y Jenáriz, en cuyas estribaciones parece, desde aquí, resguardarse Miranda de Arga, al socaire del castillo y con la cadena verdosa del río echada.

Levanta, a la izquierda, su pesado gótico la ermita de Santa Brígida, tan querida de la reina Doña Blanca y de sus hijos.

Monte Plano se cubre en este extremo de altos enebros y recias carrascas.

En el largo camino de vuelta, siempre entre perros de cazadores, cazadores y coches de cazadores, vemos a pocos metros de nosotros, correr hacia adelante una malviz –torda o zorzal–, que se ha librado del acoso ácido de los escopeteros. Nerviosa de marrón ligero, corre a saltos amarillososados y se mete pronto en la espesura.

–De buena te has libráu, pobre.

Salimos del largo pasillo boscoso. Uno de los compañeros de ruta aguanta mal un roce en el pie. Es tarde y andaremos mal para llegar a tiempo a Pamplona.

La vaguada que se extiende ante nosotros apacienta viñas, esparragueras, olivos, largos campos en bozo de cereal, bosquetes carrasqueños. Más allá, tesos que van saltando hasta el azuloso farallón de Montejurra.

Pasa un coche trotando sobre el duro camino. Le hacemos señas de parar.

–¿Va en serio o en cachondeo?

–En serio, en serio.

El coche es una seria leonera y le cuesta al amable conductor poner un poco de orden. El asiento de atrás no tiene sillín pero es igual. Como es cazador, hablamos de caza.

—No hay nada de nada. Ya van dos días que he salido a cazar sin escopeta.

—¿Y a qué se debe eso?

—Dicen que a lo de Chernobyl.

—Todo puede ser.

Es de Tafalla. Le pregunto su nombre. Me lo dice y añade:

—Como el del politiquero.

Nos deja junto a la fuente de Resano.

Cogemos el coche. En el cementerio de Tafalla debe de haber un funesto ciprés por cada tumba. La entrada a la ciudad del Cidacos por aquí no puede ser más hosca: cementerio de coches, sobras de obras, basuras, desorden, mal gusto.

Una nieve tímida se acurruca en Alaiz y en la Peña de Unzué.



## DE RONDA POR ULZAMA

Al entrar en el Valle de Odieta, los robles ensayan una representación otoñal en un lujoso anfiteatro.

Hayas fúlgidas custodian, como ángeles de noviembre, desde el Alto de Txuntxurro el Concejo de Ciaurriz, su ábside luciente y los luminosos cinco ojos del puente medieval.

La iglesia de Ripa se siente satisfecha. Y Latasa es una aparición de piedra.

Por el club de golf corre un verde resbaladizo.

Además de perros, hay corrillos de gente junto a algunas puertas en Guerendiáin. En ese convento de monjas con terraza, entonces también residencia, el PSOE de Navarra dio la vuelta a su posición anterior integracionista, en un fin de semana de febrero de 1979.

—Historia menuda.

—No tan menuda.

Están haciendo casas nuevas. De la posada —*Erriko Ostatu*— sale una moceta vivaz, apresurada.

Entre Guerendiáin, Cenoz y Elso hay algunos «chalets» pretenciosos, entre pseudoalpinos y vulgares.

Elso, montaraz, sigue una línea tensa de casas blancas, que termina en el pardo caserón de la iglesia de San Esteban.

Llegamos a Cenoz a la hora de misa. Cenoz es un pueblo pequeño, abierto en un gran anchurón, bajo el macizo robledo de la serrezuela de Arañoz. La iglesia de Nuestra Señora de La Asunción se ha restaurado hace poco, así como la casa adjunta, entramada. Junto a la iglesia, reluce su reciente arreglo una casona de piedra con ornamentación expresiva.

—Dicen que la hicieron los moros —nos dice en voz alta desde un balcón un señor mayor.

—A ésta la llaman el palacio —nos añade.

Viene otro hombre a pie y entre los dos nos dicen cómo se sube a Arañoz, que es plano en la cumbre, y a la ermita de Santa Lucía, que desde aquí no se ve y que celebra la fiesta el primer domingo de junio.

—Antes venía mucha gente, hasta de más allá de los puertos.

La docena de casas de Cenoz es una escultura de grupo, viva e inolvidable, todavía despertándose tras oír las campanicas de la misa.

Continuamos camino del bosque. Bosque de robles pedunculares, el mayor de nuestros robles, lento en crecer, longevo hasta 600 años. Sus largas hojas, lobulares y lampiñas, caen sobre nosotros.

Pisamos hojas caídas, musgo y césped. Hay grandes charcos que tenemos que saltar. Charcos hediondos formados por la lluvia que arrastra hacia el camino los fiemorales de los bordes. A derecha e izquierda, sauqueras con los corimbo ya lacios, zarzales con moras consumidas, brionias enredadas y enredadoras, hinojos que huelen a anís, hiedras que ostentan sus racimos de bayas, zarzaparrillas trepadoras y enlutadas...



Entramos de nuevo en Guerendiáin hablando de lo poco que nos gustan algunos «chalets» que vamos viendo. Un buen señor que toma el solcillo a la entrada de su casa debe de pensar que venimos enredados en una habitual riña matrimonial y cuando puede le dice a Nieves, medio al oído y como pesaroso:

—¿No riñen ya bastante en casa para que vengán también a reñir en la excursión del domingo?

Luego nos reiremos todos. Entretanto me he ido a ver unos árboles y a beber agua de los puertos en una fuente al comienzo de la calle. Guerendiáin es una calle y una plaza. Hay casas antiguas y casas modernas, todas dignas. Y un feo almacén pintado de amarillo.

Entre el Molino y la granja avícola encontramos un cazador que vuelve de entre el bosque con cara de derrota. Le preguntamos por la suerte y cuando nos dice que ha sido mala, un amigo chungón que pasa en un Renault le grita:

—Es que eres un mal cazador.

Ya se fueron los naturistas —«hippies» los llamaban en el pueblo— del antiguo convento de monjas de Lizaso, al que han vuelto otras monjas. Se ven ropas tendidas en la solana.

No entramos en Lizaso, uno de los más bellos conjuntos de la Ulzama. Junto a la Venta han hecho varias casas más, bien encaladas. Seguimos hasta Gorronz. Pastan en el renadío unas vacas pastosas que dejan un momento la manduca cuando pasamos. Un matrimonio sube delante de nosotros llevando una criatura en un carrito.

Una mancha de alerces noviembreros da una dentellada de otoño al apacible verde primaverál de las praderas y al verdipardusco de los robles que se desnudan con lentitud.

Junto a una serrería bien nutrida hay una casona, casi desnuda, que hizo Fernando de Iráizoz en 1749. Gorronz es también una calle y una plazuela, y su iglesia también se llama de La Asunción.

Yendo por la carretera se llega pronto a Olano, otro Concejo unido por un guión al anterior, aunque siempre ha sido más peque-

ño. Tiene también una casona de labranza que hizo Martín José de Ostiz el año 1781.

En Ulzama y en otras partes del Norte de Navarra, el siglo XVIII fue tiempo de esplendor y de auge de construcción, debido en parte a las buenas cosechas y en parte al oro de América. El siglo siguiente es a todas luces un siglo de decadencia.

Vemos varios perros pero ni una sola persona.

Desde aquí los caminos están más encharcados todavía. El camino se abre ahora entre un bosque umbroso de hayas y robles y un soto-bosque de bojés y acebos que ya llevan las bolitas rojas. Junto al tronco gigante de un roble nos hacemos unas fotos, que recogen la sosegada hondonada de Ulzama Sur, desde los límites de Iráizoz, que algo se vislumbra, hasta Urrizola-Galáin, que asciende como la Asunción de su iglesia, en medio de la mañana otoñal.

También el Arkil o Arquil desciende furo desde los aledaños de Lengarria y del Ferrería, en los puertos, y es imposible vadearlo. En el soto espeso de la orilla hay unos arañones en sazón y nos tientan unos minutos.

Prado a través, llegamos a la Venta de Guelbenzu, junto a la que vemos un coche, y punto. Un breve tramo de carretera llena de tráfico, y nos sumergimos en el bosque de Orgui, donde, entre los robles del país, más discretos, se apagan de sus incendios otoñales los robles americanos o robles rojos. Tienen hojas más grandes, con lóbulos apuntados, crecen más rápidos –americanos al fin y al cabo–, son mucho menos longevos y por eso, tal vez, más ruidosos de color, más ostentosos.

Por una pista fácil terminamos nuestra ronda en Guerendiáin, donde ya no hay gente ni perros. Se oyen voces en la posada. Nosotros, por si acaso, no levantamos la voz, no sea que alguien piense que estamos riñendo.

Alrededor de Gazcue, que trepa por el roquedo, vemos hayas deslumbrantes. Luego los robles cabizbajejan.

Eguaras es un alboroto de árboles frutales y ornamentales.

Marcaláin está cada día más blanco.

No me gustan nada, la verdad, las nuevas casas de la nueva «chantrea» de Ollacarizqueta, aunque ya sé que son cómodas y útiles.

Olmos muertos y talados. Aizoáin: aún sin visitarlo bien.

En ese convento de Agustinos salió de la clandestinidad y se presentó en sociedad, por vez primera, el Partido Comunista de España en Navarra, como entonces se llamaba, el año de gracia de 1976.

Y ya estamos en casa.



## EN LA PATRIA DE MIGUEL DE GORRAIZ

U no baja de la meseta de margas en la que se asienta Pamplona y topa siempre con la altanera torre de Gorraiz. Hacía muchos años que el viajero no había recalado en ese paraje, desde cuando su dueño estaba reconstruyendo muy acertadamente el palacio.

–Van a hacer un parador.

–No. Un restaurante.

–Pues yo he oído que va a ser una residencia.

–Lo que sea sonará.

Hasta ahora no ha sonado. Se habló, incluso, de que iba a ser la sede definitiva del Parlamento de Navarra.

Subimos a Gorraiz entre campos de cereal recién enyerbados. *«Los noviembres y diciembres coma quien tuviere, y quien no tuviere siembre»*, decía el viejo refrán. Por aquí tienen para comer y, además, siembran.

Nos cruzamos con un coche que baja

–Será el pastor.

Olmos muertos, escalados por la hiedra, y algunos chopos, ya sin hojas, acompañan el último tramo del camino ascendente y

rodean con piedad, junto con los matorrales, las ruinas, enhiestas aún y fotogénicas, de la iglesia de San Esteban. En el campanario de ladrillo resisten aún las dos campanas, teñidas de óxido verde de tanto callar.

Hace un siglo Gorraiz tenía seis casas y diez vecinos, un soto, una cantera de piedra ordinaria y caliza, y unos manantiales de aguas pesadas.

Oímos balar un rebaño y ladrar unos perros. Hay por el suelo, junto al palacio, restos de obras.

El palacio, de cabo de armería o cabeza de linaje, data del siglo XVI. En el primer tercio de ese siglo el señor de Gorraiz era miembro de la «Compañía de Gentiles-Hombres remisionados», una milicia entre honorífica y efectiva, destinada a la guarda de la persona real cuando ésta lo requiriese. La formaban desde el condestable y el mariscal de Navarra hasta los caballeros e hidalgos solariegos que, por mantener caballos al servicio del rey, disfrutaban desde antiguo de la exención de cuarteles y alcabalas.

A fines del siglo XVI el palaciano don Lancelot de Gorraiz dirigió a soldados del Valle de Egüés en una expedición contra San Juan de Luz. Apenas sabemos nada después hasta que, dos siglos más tarde, compró el palacio un rico mercader, don Francisco Navarro y Tafalla.

El torreón tiene la parte inferior de piedra. La solana es de arcos de ladrillo, retejados a cuatro aguas, y los cuatro castilletes o garitones de los ángulos han sido restaurados recientemente siguiendo la tradición aragonesa.

Han puesto marcos y cristales en todas las ventanas, han limpiado el interior y hasta han dejado preparados por fuera los cables forrados de goma para el día en que se dé un destino más útil al

conjunto. Lo único que no me gusta es la albarda de hormigón en los voladizos del palacio propiamente dicho.

Sobre la puerta, cuyas hojas se cierran con candado, se pavonea un escudo barroco, con cruces de Malta, calderos y otras monerías, armas del palacio de Sarriguren.

Bala un rebaño cerca y ladran unos perros. Un caserón, antigua dependencia del palacio tal vez, con hueco de entrada entre dovelas de piedra, extendido por un corral exterior, hace de aprisco donde majadea un rebaño de ovejas.

Las ovejas levantan, en coro artístico y majadero, sus cabezotas triangulares y cesan de repente de balar. Siguen ladrando unos perros pastores desde el otro lado.

Miramos atardecer sobre Pamplona. El poniente se desgarran en oros y carmines de gesta militar. Rebrilla el casco militarizado de San Cristóbal y los bloques altos de los sub-urbios se aprietan como ovejas para pasar mejor la noche.

Buen sitio para ver atardecer la historia –brillante un día de bronce, cobres, platas y sangre– sobre este palacio-castillo, hoy desolado, defendido sólo por los balidos resignados de un rebaño de ovejas y por los ladridos impotentes de unos perros.

*«¿Qué fue de tanto galán,  
qué de tanta invasión  
que trujeron?»*

«*Verduras de las eras*», tratados por la muerte como «*pobres pastores de ganados*», se respondía a sí mismo, en versos célebres, el mejor de los Manriques.

Queda, al entrar, una vieja casa arreglada para corral o almacén y, más adentro, el desnudo armazón de una casa derruida, junto a la que se construyó hace unos cuantos años otra nueva, de serie. Brilla una luz tras el cristal de una ventana. No vemos a nadie.

Una era con árboles.

Pareciera mentira, pero de aquí salió un buen día Miguel de Gorraiz para embarcar el año 1511 en Sevilla, rumbo al Nuevo Mundo. Es el primer navarro que aparece en el registro de «pasajeros a Indias» de la Casa de Contratación.

No fue desde luego un hidalgo o palaciano, que éstos tenían la sangre limpia y por lo tanto no eran registrados. Pudo ser un criado ya que éstos abundan entre los emigrantes de aquellos años. ¿Qué sabían por entonces en Gorraiz de lo que después se llamarían las Américas?

Lo cierto es que, según la profesora Lourdes Díaz Trechuelo, que ha estudiado bien la cosa, hasta 1514 no se animó el lerinés Luis de San Esteban a pasar el charco y en 1516 el sangüesino Juan Navarro.

Quién sabe si, por las noches, como en la leyenda de Bécquer, las campanas de San Esteban no se echan a tocar para despertar a los manes de don Lancelot o del emigrante Miguel de Gorraiz, que tal vez hizo fortuna en América.

Se está poniendo endrina la tarde. Balan las ovejas y ladran los perros.

—Vámonos ya.



## DE LARRASOÑA A LA TRINIDAD DE ARRE

(Camino de Santiago)

Por el buen carretil, que va a Setuáin y Errea, llegamos a las primeras villas coquetas de Larrasoña. La mañana está templada. A ratos sale el sol.

De Larrasoña dicen los libros muchas cosas. Que en el siglo XI existía el monasterio de San Agustín, agregado pronto a San Salvador de Leyre y que en él se educó una hija del rey Sancho el de Peñalén, llamada doña Urraca. Que en el siglo siguiente el pueblo tenía el nombre de Iriberry y que en el año 1174 se separó del Valle de Esteribar al recibir el fuero de los francos de San Cernin de Pamplona. Que en 1212 este pueblo fue hecha buena villa y que allí se celebraron Cortes generales en febrero de 1329 para acordar la forma en que los reyes Don Felipe y doña Juana habían de jurar en su advenimiento al trono. Que en 1928 la villa se reintegró al Valle, etc., etc.

Larrasoña hoy mismo es un pueblo-calle, hecho por el Camino y en el Camino. De Santiago, ya se entiende.

Estamos en la casa del Concejo de Larrasoña, con su alcalde Santiago Zubiri, jacobeo por nombre y por obras. Nos enseña el libro de firmas de los peregrinos y el lugar donde descansan cuando se detienen aquí.

Este edificio, levantado en 1944 para escuela mixta, cerró el anchurón que dividía y abría la calle mayor y única. Hoy se llama Plaza de Don Amadeo Marco, el longevo y muy querido presidente de la Diputación Foral de Navarra, del que ya se ocupó en varias ocasiones el viajero.

Hay cuatro colchonetas en la que fue escuelita de niñas, unas sillas y unos carteles santiaguistas en la pared. Cerca tienen los peregrinos, en caso de insomnio, rimeros del *Boletín Oficial de Navarra*.

Por las ventanas de la sala del Concejo entra la luz de la buena mañana de noviembre y de la huerta con alubias verdes, berzas, borrajas y cardos, y allí, en la ribera del río, unos castaños corpulentos y noviembrosos.

Este es uno de los pueblos hermosos del Camino. Casas de planta rectangular con tejado en hastial, aleros tallados, ventanas amaineladas...

En el balcón de casa Bastilleta, en medio de la plaza, se derrama una enredadera de glicinas, ya sin sus llamativas flores azuladas. Están restaurando casa Borda, pero podemos admirar su solemne portada gótica. Casa Zabalza está terminada de restaurar; Carlos Cenoz la ha adornado con sus maderas talladas. Junto a la barroca iglesia de San Esteban, se empotra el antiguo hospital de peregrinos, bajo de estatura y rudo de contrafuertes, otrora cillería de Roncesvalles. Ahora es, con balcones añadidos, una vivienda. El parecido del edificio con el de Itzandeguía, antiguo hospital de Roncesvalles, es grande.

El Arga baja contenido y claro, entre un abanico de alisos, chopos, arces y mimbreras. El puente medieval, de dos ojos grandes, se divide entre Larrasoaña y Aquerreta, mitad por mitad. La parte que pertenece a la primera está reforzada por una fea barandilla de hierro. Al otro lado, la vieja Venta de Aquerreta, ahora residencia de verano, entre árboles frutales.

Durante toda la mañana nos guiarán las cintas amarillas de plástico con la señal santiaguista, que fue poniendo Andrés Muñoz cuando la Marcha de julio.

Por la izquierda viene el camino de Irurre. Nosotros seguimos en dirección contraria, por el nuevo Camino de Santiago; que el viejo, como antes he dicho, está aplastado por la carretera general.

Al norte de Larrasoña, el monte Tirapegui conserva, con olor a pinos, el nombre del poblado que un día fue. Queda la ermita de San Isidro, invisible desde aquí, y una borda que da abrigo a vacas y ovejas.

Todo el campo tiene la palidez que le deja el «polvillo» de Magnesitas.

—Mira los pinos, y los robles, y todo, vaya.

En la batalla que libran en todo el Valle los pinos de repoblación y los robles, los primeros llevan las de ganar. Vuela rápida una malviz desde un ribazo alto.

—Hay muchas ahora.

—Pues no hemos oído ni un tiro.

—No, caza no hay. ¡Hay tanta escopeta!

Cerca de la desaparecida ermita de San Blas pace un rebaño. Pasamos junto a una villa de un hermano de Santiago. En el jardín cercado, entre rosales y malvaviscos, se pasea un pato blanco llamado Fernando y un poney jovencito al que llaman Tani. Enfrente, las Peñas de Anchóriz cierran el pasillo del Valle abierto por el Arga. Antes se decía: «más fuerte que la Peña de Anchóriz».

Por el Camino, las últimas achicorias silvestres, las últimas pastanas, la últimas velosillas, dientes de león, hierbas canas, barbas de cabra...

A un tiro de piedra del arroyo Itusubi (*¿Iturzubi?*), punteado de chopos y nogales, se encarama Aquerreta, bajo el Maliturri. El señor José, seguido de cerca por su hijo, saca las vacas al campo. Nos saludamos. Es el más viejo del pueblo, pero aún tiene arrestos, ya lo creo. Una casona lleva inscrita en piedra la fecha de 1723 y el nombre del dueño que la hizo hacer, Lorenzo Delcano. Ahora está convertida en corral. Lucen en su balcón central de madera los últimos geranios. El palomar también está silencioso.

Pero hay otras casonas bellas y vivas, algunas de piedra vieja descarnada, como la de Beltranca, antiguo palacio, con su escudo gótico en la clave de la portada (1747) y una flor de lis en el derrame de la ventana. Un fresno grande en medio del pueblo, y una bomba de mano en un jardincillo en el centro del anchurón. Una chimenea baja, de esas que llaman pirenáicas. Y velo de novia en casa Miguclico.

El cementerio cabe la iglesia está lleno de dalias frescas. Sólo dos lápidas de piedra, una vieja y otra nueva. Dentro del templo, al pie del altar mayor, la lápida de «D. Beltrand de Ostériz, abad de Aquerreta y Yrure, año 1670».

—¿Era de su casa? —les pregunto a las hermanas Lusarreta que nos acompañan.

—Igual, no sabemos.

Visitamos la iglesia de la Transfiguración del Señor, con un retablo renacentista de mediados del XVI, obra mixta de pintura y escultura, llevada a cabo en el taller pamplonés de Ramón Oscáriz. Una de las mujeres da a la imagen del titular la advocación de San Justo. Nos llama la atención una Virgen medieval —«Virgen romana» la llaman aquí—, de rasgos populares, con añadiduras pintorescas.

Las hermanas Lusarreta nos enseñan en su casa otra Virgen popular (1745), en piedra redonda, que suelen enseñar a los peregrinos que se paran aquí a beber un poco de agua y a sentarse en el banco de piedra —«banco de peregrinos»—, a la sombra. Y nos hablan de un cáliz de la iglesia, que llevaron un día a Pamplona, y nunca más se supo.

Bajamos por un sendero cerrado, entre zarzales, olmos, espinos, aliagas, enebros y saúcos, húmedo por el aguazón de la mañana.

El hijo del señor José, que está de pastor, nos habla de la «descomposición» que les entra a las vacas con el «polvillo» de la fábrica.

—¿Y qué hacen los alcaldes?

—Estos nada, qué van a hacer. Estos no tienen vacas.

Salimos al carretil que llega desde el pueblo. Al praderío de abajo lo llaman pomposamente «la playa de Aquerreta» o «la playa de Irure», según.

Ahí tenemos la Peña de Idoy, con robledal y hayedo.

—Chaparral le decimos aquí.

Pasamos el puente enyedrado. Viene el Arga navegado de hojas. Salimos a la carretera general. El camino nuevo, propuesto por algunos, a los pies de la cordillera que separa Esteribar de Arriasgoiti, está hoy por hoy imposible. Andan otros expertos del Camino queriendo llevarlo entre la carretera y el río, reinventando la traza antigua. Ya veremos.

Tierras «maquiniadas». Bajo la Peña Argaña, villas nuevas. Un caballito royo. Dos milanos altos sobre nuestras cabezas.

El río bordea el hormigón que defiende la curva de la carretera y en seguida se escapa hacia el otro lado, hacia la tierra y el verderío. Zubizar (puente viejo) se hizo tan viejo, que desapareció. *¡Nomina tantum manent!*

—Ahí delante está el pozo Monostorio.

—¿Monostorio?

—Así se llama. Ahí se ha ahogáo mucha gente.

—¿Qué me dices?

No hay en toda Navarra tal vez un recorrido fluvial con tal acompañamiento de chopos, como el del Arga por el Valle de Esteribar. Chopos lombardos: oscuros, airosos, tupidos, ocres de cuerpo y dorada cabecita temblorosa. Chopos suizos: claros, anchos, lentos, con sus últimas manos de hojas verdes sosteniendo la corona otoñal.

A veces centinelas, a veces lanceros, a ratos vestidos a la moda y a ratos gimnastas desnudos. Abanicos de la tarde, pentagramas de pájaros, torres del cierzo, pararrayos de la luz de otoño. Chopos que no cantó Antonio Machado y hay que ver aquí, de cerca, junto al río.

Estamos en Zuriáin, a la sombra geológica del Alixeto, bajo el que se nos esconde el caserío de Guenduláin. Junto al salto del río, la estampa sepia del viejo molino derruido. Casa Bregaña está en obras. Tiene «la Posada» un gran escudo rococó con dos lobos rampantes al pie de dos robles. La «Casa del Rojo» está roja de geranios.

—¿Por qué la llaman «del Rojo»?

—Porque el abuelo era rubio —nos dice la dueña de la casa, que anda regando los dondiegos de noche, a derecha e izquierda de la puerta.

—Qué curioso.

Arriba, el pueblo viejo, que no podemos visitar ahora, se orilla en torno a la torre de la iglesia. Acacias, chopos, robles, y unos olmos muertos adornan el altillo.

No paran de pasar coches. El Camino se hace casi un agobio. No se puede hablar ni andar tranquilamente. Pasamos junto a una granja de terneros, y de pronto las cintas de plástico nos reclaman, afortunadamente, hacia el río.

En una caseta de la luz está escrito con letras ya borrosas: «EKA-GAC». Pocos de los que lo lean sabrán ya qué quieren decir esas siglas. Para algunos de nosotros recuerdan un momento muy intenso de la vida.

—¿Te acuerdas?

—Parece que hace un siglo.

Los chopos engalanan la entrada del barranco que lleva a Ilúrdoz, recostado a espaldas del Puno.

Nos detenemos en el puente. Pasa el Arga ancho, distendido. Santiago nos hace distinguir una pequeña cruz de hierro sobre las Peñas de Anchóriz, barras calizas que se intercalan en el flysch.

—Ah, sí, ahora.

Da pena ver el río, rodeado de basuras. En la orilla derecha hay hasta un sofá. En los machones de la barandilla, fea y de mal

material, unas letras grandes: ETA. El arroyo Arralaka no trae aguas. Subimos una cuestecilla, entre villas recientes. En los bordes del Camino, las últimas agrimonias. Ladran los perros.

Un señor aparca el coche junto a las abandonadas instalaciones de la cantera Chocarro. ¿Por qué no las dinamitarán como en Leyre?

Cuando subimos un poco más, vemos bien las tres grandes casas de Anchóriz, cada una con su color, y la iglesia con la piedra renegrida por los siglos.

El Camino sube y se estrecha entre enebros, oxicedros, bojés, endrinas, zarzales, zarzaparrillas con frutos rojos y negros, y dulcamaras con bayas rojas. A las gálbulas de enebros y oxicedros las llaman por aquí «orbeas». Varias malvices se asustan y vuelan hacia el monte. Las penúltimas flores de pan y quesillo o bobos de pastor.

Llevamos al río a nuestra derecha, bajo y sumiso. La yedra arropa compasivamente las ruinas de la Venta de Iroz. Un basure-ro cuelga desde la carretera sobre el cauce. Al otro lado, una pista atraviesa la ladera del monte hacia las célebres minas de hierro, que descubrió y comenzó a explotar don Justo Areta, aquel cura original y emprendedor.

La primera casa de Iroz, pasado el corral de la entrada, es un palacio rural con un torreón cúbico adosado, balcón-solana de madera —en el que cuelgan varias ajorcas de ajos—, una cruz en la clave de la portada, y unos porches en la parte trasera que dan acceso a las cuadras. Luego nos dirán que aquí vive un hombre solo. Se llama casa Apesteguía.

—Era una casa de curas.

Eso ya lo dice el nombre vasco.

Otra casa, con flores, lleva fecha de 1803.

Iroz es una aldea que sube y baja, con caserío disperso. Iturraldeca se llama la casa de abajo que está cerca de la fuente. Parece una casa fuerte de labranza, con una huerta al lado. Las higueras llegan a la altura de la mano. Con el permiso de la hija de la dueña, que sale cuando ladran los perros, me como unos cuantos. Están ya un poco tontos.

—Es un poco tarde.

Hablamos del pueblo y del vecindario.

—Antes fueron unos años malos, pero ahora estamos mejor.

—Eso es bueno.

A la salida del pueblo, junto a un bello rincón de casas, la iglesita de San Pedro está cerrada. Si nos paramos a pedir la llave y todo eso, llegaremos a las mil. Así que no vemos el retablo manierista con pinturas y esculturas, parecido al de Aquerreta, y bajamos hasta el puente románico de Iturgaitz —cuarto apellido del viajero—, que evoca una fuente mala o salina. Al lado de los tres ojos de medio punto, uno grande y central y dos laterales y pequeños, se extiende una playa de arena y cascajos, donde la gente suele lavar los coches.

—Ya se nota, ya.

Se nota por los pingos que hay alrededor. Esa vivienda cercana fue la ermita de Nuestra Señora de Monserrat y de San Miguel. La casa derruida ¿fue otra posada?

—Venga, andando.

De la presa de Zabaldica sale el agua que llega a la central de Arleta. Un rebaño de ovejas pasta en el praderío de la falda baja del Iturach, vecino del Egulbati. Entre los dos empujan la serrezuela hasta los aledaños de Alzuza y Olloqui.

En el muro de contención que sobremonta la carretera perduran unos viejos letreros de aquellos tiempos: «Día 27. Huelga general contra el Estatuto de UCD». La huelga solía ser siempre el 27, a comienzos de un repetido «otoño caliente». Pero nunca llegaba a huelga general.

—Dicen que van a tapar este muro con alguna planta.

—La verdad que es feísimo.

No vendrían mal unas yedras, o gayubas, o velos de novia...



Casas de piedra en el «barrio bajo» de Zabaldica. Huertas con espantapájaros. Están restaurando y retejando una casona que tiene forma de paralelepípedo, vuelto hacia oriente.

Pasan los coches como locos.

Salimos con alivio hacia el «barrio alto», pero no llegamos a él, defensivo como está en torno a la iglesia. Las señales jacobeanas nos llevan ahora por senderos de cabras, a monte traviesa. Debajo de nosotros se extiende un descarnado cementerio de olmos muertos, traídos de mi Vuelta del Castillo y de la Taconera. Algunos están vacíos por dentro:

*«Aquel árbol que canté  
con los pájaros cantando...».*

Cabalgamos peligrosamente sobre las ripas margosas, al filo mismo del precipicio, al que ha ido mordisqueando el río. Bello paraje, pero, ojo, expertos del Camino, ¡que por aquí no se debe pasar!

Cortejan al Arga alisos umbrosos, chopos ensoberbecidos en su fulgurante decadencia, álamos plateros. Asoma la torre de Olloqui. A medio camino entre ese pueblo y Zabaldica, pero en terreno de este último, se alza la ermita de Nuestra Señora de las Nieves, llamada vulgarmente Ermin o Hermin, Nuestra Señora de Nieva, la Blanca o Soterraña, «ornada por muchos prodigios», según escriben los entendidos.

Arleta es un lugar semiescondido entre la arboleda del Arga, como ya lo vio Basiano. Palacio viejo, con yedras porráccas y tejas amuscas, mitad *massía*, mitad *manoir*, circundado de huertas y campos de labor. La espadaña de la iglesia adjunta no tiene campana: se la llevó el aire hace tiempo. El río da todas las horas. Cerca pacen unas vacas indiferentes.

Los galpones y naves serradas de la serrería «Patricio Echeverría» dicen bien a las claras que estamos cerca del polígono industrial y cerca de Pamplona. Un poco más allá estorban la vista los ladrillos rojos de las instalaciones de «Covina».

Subimos un poco más y comenzamos a rodear el monte Miravalles, mirador de pinos. Algunas achicorias silvestres, dientes de león, barbas de cabra, cardenchas secas... por los bordes. Atravesamos una gran pieza, ya «maquiniada», que interrumpe el Camino.

Los depósitos viejos de Huarte. Olloqui hace de triángulo inclinado y casi equilátero con la iglesia, el palacio torreado y el barrio de casas, bajo la pequeña bóveda del pinarejo de repoblación. Por la embocadura del Valle de Egüés se asoma Alzuza, indiscreto.

Los depósitos viejos de Villava están casi hundidos en la tierra. Un cómodo carretil llega hasta los depósitos nuevos, limpios de diseño. A los lados, las habituales basuras y, además, varios sillones de coches.

Arre, rojizo de tejas, prieto de casas. Saltan sobre el río Ulzama los tubos que llevan el agua desde los depósitos nuevos.

Un carromato de gitanos —una mujer, un crío y tres perros— acampa junto a la ribera del río, que baja escaso y deja al descubierto las losas de la presa. Unos chopos asoleados no saben qué hacer.

Pasamos devotamente el puente románico. Estamos a las puertas de la Trinidad de Arre, lugar jacobeo predilecto, del que ya habló el viajero en otra ocasión.

Son las catorce treinta, hora local.

Sale de nuevo el sol.

## NOVIEMBRE EN LA MAGDALENA

Ha llovido mucho y amenaza lluvia. El ojo del cielo está casi cerrado.

—No podemos ir a Urbasa.

—Lástima.

Hace noviembre. Junto al mercado nuevo pasa un grupo de adolescentes con sus minifaldas vaqueras, tan de moda.

Bajamos por la resbalosa Cuesta de Beloso hasta donde empieza el Camino Viejo de Burlada. El melancólico color de los tilos nos ha dejado el corazón nostálgico.

La mañana está blanda y delicada. Un mal paso, un vocablo desmesurado, un movimiento torpe puede estropearla.

Viene y va la gente con caras atortugadas, quizás por haber dormido mucho. Nos metemos por un camino que nos parece romántico pero nos tropezamos con dos camionazos, de Errazu, y desistimos

—O ellos o nosotros.

No hay sitio para todos. Continuamos entre chopos de gala imperial e invernaderos mitad monacales mitad defensivos. Pasamos junto a una villa de piedra solemne y justas pretensiones, luego junto a otra con cancela y huerta con animales.

—¿Ha sido antes convento de monjas? —les preguntamos a unas niñas endomingadas.

—Antes sí, ahora es de éstos —nos dice la más despabilada.

Toca a muerto la campana María de la catedral. Es el funeral por los Reyes de Navarra. La mole catedralicia se alza como un catafalco de piedra secular sobre la arboleda otoñeada, y las torres hacen de blandones. Sigue sonando la campana mayor y es como si el aire se deshiciera en penas y en recuerdos tristes.

Unos cardos borriqueros mantienen la cabeza enhiesta y alertada en un campo de abandonos, quién sabe si a la espera de invernaderos o de bloques de casas.

La antigua fábrica de Ayestarán, ahora convertida en frontón cubierto, está rodeada de árboles lujosos y tiene ese aire encantado que respiran las mansiones antiguas, con tapias y pinos, cedros y cipreses. Viene gente joven por las pasarelas.

Para los que fueron chicos y chicas de Pamplona las pasarelas sobre el Arga eran toda una aventura prohibida que había que pasar.

Durante el trayecto nos hacen guiños vegetales los cedros, abetos y cipreses de los jardines de Huarte y Malumbres, sobre Beloso Alto, y guiños entre místicos y urbanísticos la cruz de cemento y cristal del Seminario que diseñó Víctor Eusa.

Corrales y fincas de Goñi. Hay caballos, yeguas y potros de todos los colores. Vamos hasta las mismas orillas del Arga, que viene frondoso y cauto. Nos hundimos en el barro. Estamos en el Soto de la Guindilla, todavía de buen ver veraniego.

Pasa una señora de pelo blanco y cara de trabajadora honradez, y le preguntamos por cosas y gentes de La Magdalena. Lo sabe todo porque ella y su marido nacieron en el barrio, parroquia de San Juan Bautista o de la Catedral, a donde subían por aquellas escaleras que trepan por la Ripa de Beloso. Y en esto que la señora nos invita a ver su huerta, una entre las que aún pueblan los airosos meandros del Arga.

Abrimos una pequeña verja de palo y lazo y entramos en un reino otoñal de perales, ciruelos, melocotoneros, pimientos, tomates, acelgas, borrajas, lechugas, berenjenas y escarolas. Las acelgas están frescachonas y lozanas y hacen aspavientos unas con otras. Las borrajas son más comunitarias, más recatadas y se conservan más jóvenes. Las escarolas son pizpiretas y adolescentes.

Le digo a la señora lo mucho que me gusta la borraja.

—Si tendrían que limpiarla los hombres, no les gustaría tanto.

Se ríen las mujeres:

—Eso, eso.

Al llegar a la casa nos sale ladrando un perro, al que le responden primero uno, luego otro. El de casa se calma pronto viendo a la dueña. El dueño, con boina puesta, nos mira tras los cristales. Paseamos por la huerta como por una exposición. Están los invernaderos, abiertos por los lados, como cuevas blancas de tesoros. Da gloria verlos.

—Todo lo trabaja ahora un yerno y nosotros le echamos una mano.

La buena señora ha estado subiendo a la plaza durante muchos años y hoy venden todo directamente a un tienda. No parece que les vaya mal.

—Ahora es todo mucho más fácil en el campo con toda la maquinaria mecánica. Antes era diferente.

Hay en un pequeño ribazo un plantel de crisantemos, blancos los pequeños y morados los grandes.

—Cojan los que quieran.

Junto a la casa, una higuera con higos, «higos encapuchados» que diría el maestro Octavio Paz.

—Ya puede coger todos, ya.

Pero los higos están ya tiesos, tras las lluvias de octubre.

Mirando hacia Pamplona sobresale la aguja de la villa de Izu, con la que se han quedado por fin las corporaciones sanitarias.

Hay que venir hasta aquí para ver bien la mesetilla de margas que sostiene a la vieja Iruña, en forma de media luna que el Arga se encarga de afinar. Vieja y segura muralla que sostiene y defiende al Nuevo Ensanche. Ahora el otoño la decora tan bien, que los chopos de abajo y los plátanos y castaños de arriba parecen viejos soldados que se vigilan y se acechan. Jesús Basiano la pintó como una desolada trinchera.

Juegan unos muchachos en los campos de tenis del Club Natación. Por los altavoces se dan los avisos a los socios.

Baja el Arga bajo, con muchas hojas, y pasamos sin miedo por las pasarelas, donde estuvo antaño el antiguo vado o casajera del Molino de Caparroso.

—Era una aventura cuando éramos chicos.

La destartalada fábrica del Irati. Orillas del Arga, con mimbreras verde plata y olmos muertos. El puente de La Magdalena da dos zancadas sobre el río. Ahí está «El Molino», donde estuve una mañana, acompañado de don Ramón de Ciganda, benefactor del Centro. El pintor de Murchante lo fijó para siempre entre oros y llamas otoñales.

Subimos hacia la muralla, por una colinilla de hojas secas. Nos quedamos mirando cómo caen, cerca del crucero,avecillas cansadas, rendidas a la ley de la gravitación.

Desde el puente vemos temblar los árboles dentro del agua, en un otoño fluvial deslumbrante.

Pasamos delante del convento de las Josefinas, con muchas plantas a la puerta y muchas ventanas en la casa. Junto a la tapia, una fuente con su pila

—Habrá jeringuillas, ya verás.

No hay.

Otra vez la Cruz del Seminario y los cedros, abetos y cipreses de Huarte y Malumbres.

Otra vez los invernaderos y otra vez las orillas amarillas del Arga.

El paisaje se repite pero hace rato que lo llevamos dentro.

## ME CAIGO AL PIE DE LA SIERRA DE IZCO

Vuela una picaraza de un álamo a otro en los glacis de la Vuelta del Castillo. Sale el frutero con la basura. Viene una mujer con un pan.

La Higa lleva ese gorrito de dormir hecho de nubes que se pone en días como éste. Pequeños cúmulos protuberantes anuncian buen tiempo.

El letrero de la carretera decía «Abínzano». Pero dentro del pueblo dice: «Avínzano». Dos perros lanudos negros nos dan un susto.

El camino a Izco es ancho, entre campos de labor recién herbedos. Izaga va a ser nuestra continua referencia visual esta mañana. Parece desde aquí la boca cónica de un volcán. Hace sol y hace frío. Ramos de alondras se abren por los aires, entre Campamento y Caracierzo.

Los almacenes y las granjas casi no dejan ver las casas que quedan del antiguo señorío de Lecáun, propiedad un día de los Rada. Al despoblado de Sengáriz lo funebrea unos cuantos olmos muertos.

Izco es mayor de lo que pensábamos. Una buena casa, deshabitada, de tres cuerpos y amplio portalón, con un lauburu junto a la inscripción en piedra, lleva fecha de 1726. Damos los buenos días a dos hombres con buzos azul oscuro. Tocan a misa las campanas de la iglesia de San Martín, que se solea en un altillo. Tiene escaleras, atrio, pórtico y un sano color medieval. Bajamos por la

calle que lleva el nombre del santo. Nos sale al paso un perrazo negriblanco al que llama desde una ventana una señora aún en bata y con la permanente recién hecha. Nos dice que en el pueblo sólo han hecho una casa nueva del todo y que vayamos por el camino que sale justo detrás de su casa, pasando el regacho.

—¿Cómo se llama?

—El regacho del monte le decimos.

La primera parte del paseo —La Sierra Vieja, Campo del Lujar...— es toda pendiente, con el terreno encharcado tras las últimas nieves («*Si supieras, Catalina, los caminos, cómo están*»). Vamos calladitos, como los pinos laricios de repoblación, prietos y poco aseados, con todas las ramas bajas secas, estirándose para que el sol les verdee las copas.

Durante un rato caminamos por una pista ancha, adornada por plásticos amarillos atados a ramas de quejigos donde se lee «Camino de Santiago». Era el Camino que venía de Jaca a Puente. Lo dejamos y ascendemos por un sendero que lleva a la cresta de la Sierra, entre pinos albares, robles peludos y algún que otro zacatal.

Desde la cima vemos el castillo miniatura de Celigüeta, miniado ahora por la distancia; una balsa albi azul, y una moderna edificación alpina, en blanco y gris oscuro, pizarra tal vez.

El camino es la cañada que viene desde Lumbier, donde recoge la de Salazar a la Bardena, y baja por el Alto de Olleta para entroncar con la de Tudela a Sierra Andía. Aún queda alguna margarita en el suelo. Las hojas de los olmos montanos, dispersos por aquí y por allí, están aún verdi-sedosas.

Pasa una de las rozas que drenan las aguas de las lluvias y las nieves de la Sierra. Baja hasta las bardas mismas de Izco, como lo hemos visto al venir, por entre una fosca de malezas y jabalíes.

—Oye, no hemos oído esta mañana ni un tiro.

Decir esto, y oímos el primero.

—Así ha sido. Pero ya oyes.

Hay una leve marejadilla en la pleamar de pinos plantados en La Vizcaya y en los Altos de Sabaiza, que ocupan amplios terrenos



antes dominio de robledales y hayedos, como lo muestra el término aún vivo de El Fayar.

Humean las lejanías sobre la cadena de montes vigorosos y cenicientos, desde San Pelayo hasta Santa Agata.

—¿Y aquella punta es Ujué?

—Tiene que ser.

—No.

—Sí, hombre, la torre y el castillazo.

—Si tú lo dices...

Al otro lado, el espinazo de Arangoiti, y tras Idokorri el coletazo montañoso de Aldasur a Olagato. Planea el último otoño sobre los serenos Valles otoñados de Romanzado y de los Urraúles.

Vienen unos cazadores hacia la Borda de Lachero, donde hay un coche, una fea caseta de palomeros y, cómo no, un montón de deshechos. «Ojo. Perros peligrosos».

Desde aquí se extiende toda una frontera palomera punteada de «nidos» o «púlpitos» de cazadores, montados sobre pinos silvestres o sobre armatostes de hierro con escalera.

«Peligro. Palomeras».

Y un poco más adelante: «Peligro. Zona de tiro. Palomeras».

—Ni que estuviéramos en un polígono militar.

En el punto más alto de la Sierra, en Anchurda, han puesto un repetidor telefónico —«la antena» lo llaman por aquí—, con una casa entre alambradas y dos antenas, hacia el norte y hacia el noroeste. Durante las horas muertas del día y de la noche, el repetidor se entiende con su compañero televisivo de la Higa de Monreal.

—¿Y por qué no harán los repetidores un poco más a tono con el paisaje?

—¡En eso están pensando!

Pasa el avión Santander-Pamplona-Barcelona como si estuviera solo en el universo.

Sonreído va el sol por las paredes de Izco, diría don Jorge Guillén, si hubiera podido escaparse de San Cristóbal y lo hubieran traído por aquí a dar una vuelta una mañana como ésta.

En los sombríos de la vertiente noroeste de la Sierra campan las hayas que han perdido ya el color de hollejo de uva y tienen ahora un coloracho cenizoso. Pero ya están las yemas apuntando, con las hojitas verdes ovilladas dentro, hacia la próxima primavera.

Seguimos el carretil asfaltado que han hecho para subir hasta el repetidor. Está lleno de coches y los coches llenos de gente que, en cuanto llegan, se ponen a comer. Hay otros también vacíos, seguramente de cazadores.

—Este será uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque es de Elvetea y de tan lejos serán cazadores lo más seguro.

En el Portillo de la Sierra entramos por un sendero que avanza junto a una cabaña metálica de las gentes de escopeta.

—Color traje de «boinas verdes».

—Eso mismo estaba pensando yo.

Nos sentamos en un altozano con yerbín y unas piedras grandes, con restos de cartuchos y de fuego de calentar.

Se acerca gritando un cazador, cazadora verde oscuro y pantalón de pana verde claro. Nos pregunta por dos compañeros suyos, a los que ha perdido e intenta encontrar a gritos.

—No hemos visto a nadie. Acabamos de llegar.

Están batiendo el monte cercano. Son unos veinte, sin contar los perros que van por abajo, levantando el jabalí.

—Hoy no hemos visto ni uno. El domingo pasáu, diecinueve.

Se va y al poco rato le oímos hablar con otros. Vuelven a pasar por aquí. Son dos hombres maduros y un muchacho. Llevan escopetas con mira telescópica. Hablan en vascuence entre sí.

—Estos son los de Elvetea, seguro.

—Pues igual.

Está visto que no son cazadores «de culo quieto», como se dice. Suben por la línea que separa el pinar del bosque de robles y quejigos con todo brio y denuedo.

A nuestra espalda, otoñan las cebadas y los trigos en el Valle de Ibargoiti y en el Valle de Elorz, tan sementeros. Monreal y la nostalgia de su castillo. Salinas, y el despoblado de Zabalza. A Idocin lo oculta un cerrillo.

Retomamos el sendero. Poco después de pasar el Corral de Alcocena, se pierde en el bosque de robles, quejigos, hayas y bojés. No tenemos otra salida que un sendero estrecho, pegado a la alambrada del pinar. Los mapas llaman a este sitio Ezpondagaña, que quiere decir talud alto. Tenemos que agarrarnos a las ramas de las hayas y de los bojés para bajar seguros por la trocha hecha un barrizal. Doy un pequeño resbalón pero me reequilibro pronto.

—Cuida.

—Dame la mano.

Vicente va adelante, abriendo camino, es perro viejo y por eso cauto y lento, de pocas palabras. Yo me atolondro de nuevo, resbalo, caigo, doy una vuelta e instintivamente echo la mano para no darme con la cabeza en la alambrada herrumbrosa. Pero me doy contra una pequeña piedra disimulada en la hierba. Siento una pequeña molestia y punto. Sólo me ven los que van atrás y han oído el recio estruendo.

—No ha sido nada.

—Vete despacio y agárrate bien.

Cada uno guarda su distancia. Es la costumbre. Cuando salimos a un claro con hayas, me echo por rutina la mano a la frente y la veo manchada de sangre. Me limpian con un pañuelo limpio de algodón.

—No te toques.

—Tienes que ir al Ambulatorio.

—No, a la Casa de Socorro.

—¿Pero qué decís?

—Lo que oyes.

—Sí, ya.

Topamos con el carretil en Ulzabero, cerca ya de Abínzano.

Abínzano, silencioso de gente y clamoroso de perros, tiene una bonita iglesia parroquial románico-gótica, abrazada por la hiedra, una esbelta torre baja con dos campanas —una grande y otra pequeña—, unos modillones lisos alrededor del ábside y de la nave, y un pórtico de tres arcos, bajo el que se levanta una puerta gótica sencilla. Junto a la iglesia, una casa de sillar menudo, con jardín y ventanas de rejas muy siglo XVI. Y en la calle que se abre en el anchurón, otra casa, deshabitada, construida en 1666 —varios apellidos Sada— lleva una labra gótica sobre la clave de la puerta con el lema JHS.

Me miro en el cristal de uno de los coches aparcados en la plaza para verme el estropicio. Mis compañeros siguen exagerando

—Te tendrán que dar un punto.

—O dos.

—Te vamos a llevar a la Casa de Socorro.

—¿Pero qué decís?

Y así todo el rato hasta Pamplona. Entre el ambulatorio y la casa de socorro. Entre un punto, un roto y un descosido. Entre la inyección antitetánica y un derrame sobre el ojo izquierdo. Y otras perspectivas así de alentadoras.

Y yo, que no pienso en otra cosa que en llegar a casa, porque van a dar las tres.

Entro en casa que parezco un forajido.

# EL CAMINO ES EL MISMO: TODO RECTO

(En memoria de Alfredo Nieto)

Todos morimos.  
Sin embargo, cada muerte parece  
un acontecimiento sobrehumano.  
Porque cada hombre es  
todo un mundo  
que, al morir,  
parece venirse abajo:  
¿un árbol abatido,  
una casa derribada,  
una obra de humana ingeniería  
parada de repente,  
un largo río seco,  
un mar recién helado?  
Mucho más que todo eso:  
porque el hombre, que aspira a pervivir,  
no puede interrumpirse en el fracaso.  
Dulce es vivir  
cuando la vida  
se llama amor, felicidad,  
alegre convivencia,  
o compromiso fiel por el mañana.  
Dulces los besos, frutos de los días;  
bello el invierno: el sol entre la nieve;  
hermoso el vino, el más sincero amigo;  
el partido de fútbol la tarde de los sábados,

y el viaje de verano previsto como un sueño.  
Viene la muerte y todo se deshace:  
se rompen los cristales con estrépito.  
Los que aquí nos quedamos seguimos a los muertos,  
quremos revivirlos, prolongarlos:  
levantar su ramaje, reedificar la casa,  
humedecer su cauce o deshelar el témpano.  
Reviven en nosotros, y con ellos vivimos  
dándoles a ratos la vida que nos sobra  
y a ratos también dejándolos tranquilos,  
libres de nuestros torpes afanes cotidianos.  
¿Qué sabemos nosotros lo que Dios,  
que deja que este mundo se arregle a su manera  
—porque el mundo es muy libre y mayorcito—,  
hará en su casa con nuestros pobres muertos?  
Si El es la vida, y el amor, y el gozo,  
retomará lo que ellos vivieron y gozaron,  
entre todo lo mucho que sufrieron,  
lo que ellos desearon y soñaron,  
y los pondrá, ya limpios de tristes adherencias,  
a vivir y a gozar lo que en la vida,  
tan corta, tan mudable, a veces tan injusta,  
apenas si tuvieron el tiempo de catarlo.  
No es el pobre consuelo de los bobos.  
Es la dura tarea de los fuertes.  
Aquí y allí la vida es sólo una.  
Y el camino es el mismo: todo recto, recto y llano.  
Aquí empezamos la labor y allí la proseguimos,  
aquí entre sombras o en la luz dudosa.  
Jesús de Nazaret es el testigo;  
en su nombre y su fuerza, que a todos nos libera,  
hablamos y creemos esta tarde.  
Creemos y esperamos.

Larraga, 13-II-1988

## VISPERAS DE NAVIDAD EN GAZOLAZ

La mañana ha salido despejada de nubes y nieblas, con esa luz de nieve y miel que tienen estas mañanas cercanas a la Navidad.

Marejadilla de campos de trigos y cebadas, recién herbecidos, que se rompe contra la ola de los primeros pinos de la mesetilla de Zizur. En frente, el mascarón gris azulenco de la peña de Echauri, echada al sol como una diosa egipcia.

Gazólaz fue durante años la capital municipal de donde yo vivía. Tiene una iglesia románica del XIII dedicada a la Purificación de Nuestra Señora, con un atrio, que es, junto al de Eusa, único en Navarra. Tal vez la hicieron hacer don Pedro Ximénez de Gazólaz, obispo que fue de Pamplona (1242-1266) y su padre don Ximénez. Es un pueblo amable, incluso con los olmos secos. Dieciocho familias se reparten este pueblo pequeño, cortado por la carretera en dos, con casas de piedra limpia, como el Ayuntamiento, o encaladas, o todavía con color de tierra de sementera.

Cuarto domingo de adviento y misa de doce. Entra el sol por entre los parteluces de la galería porticada y alegra los entrelazados

vegetales de los cimacios, los pájaros y las hojas lisas de los capiteles.

Por dentro, la iglesia necesita una mano que la deje joven y clara como el exterior y el atrio, remozados hace años.

El coro de mozas y mujeres maduras canta debajo del coro, del siglo XVI. Lo que más me gusta es el villacínco final. Los mozos se sientan delante, junto a la verja de hierro noble, terminada en floretes y lanzas floreadas, que aún separa el altar mayor de la nave. Hay monaguillas, como aquéllas de Eslava.

Un cura venerable, andarín y misionero, autor de libros y folletos, de víacrucis y monumentos en montes y valles, facundo y diestro en el arte de la declamación, hace una plática familiar y deliciosa y nos mete en el alma el eterno mensaje de la Navidad, traducido a este tiempo de ruidos y consumismos. Aquí el cura no da voces sino doctrina y esperanza.

Sonríe tiernamente al Niño la Virgen de hermoso cuello en su talla romanista, entre las Vírgenes, menos maternas y patronales, de la Anunciación y de la Visitación.

Piso, sin pisotear, la lápida familiar de don Juan Antonio Ochoa de Olza y María Josepha de Erize y descendientes, de mármol blanco, 1717, que me toca bajo los pies. Me sube un frío de siglos que no templan siquiera las estufas de butano encendidas a los dos lados de la feligresía.

Mientras las cantoras y otras amigas toman el sol fuera del atrio, repaso la ruda escultura, entre castellana y morisca, del escultor anónimo, que dibujó ese toro alargado sobre el capitel corrido o esculpió las alas plegadas de esa imagen como de San Miguel. Basiano le dio a este claustro un tono ocre y morado, como de muchos siglos.

—En tiempos de Urmeneta quitaron estas dos columnas para hacerle una foto —me dice un hombre del pueblo que me acompaña.

La casa parroquial y otra casa contigua, que fue escuela, limpias de adherencias posteriores, tienen amplias dovelas y algunos



adornos góticos. Me hacen aspavientos sobre las reformas de la casa parroquial, y sobre la huerta, pero desde aquí no veo más que dos altos pinos silvestres.

En el jardincillo de la plaza está bien puesto sobre un pedestal de cantería lo que queda de una cruz immaculista florenzada.

Terminamos la mañana en el centro social, que han aderezado en los bajos de la casa del concejo, a donde viene luego el grupo de mozos a jugar al mus. Llevan algunos esa barba incipiente y como descuidada, tan de moda.

Toma el sol prenavideño, descaradamente, como si fuera una moza pálida, la vieja torre de Sagüés.

Amigo de la nieve navideña, vuelvo hoy a casa contento pero un tantico decepcionado, entre marejadillas de verdegales, que el sol diciembreño mece con sus delicadas manos de luz.



## A LA CONQUISTA DE ALAIZ

Un día la nieve no nos dejó subir, por las bravas, partiendo de la cara oeste del macizo, junto a la cantera. Cuando estábamos casi seguros de poder alcanzar, con mucho esfuerzo, la cima, la barrera de quejigos y la nieve que nos borraba los posibles pasos, nos obligó a desistir. Veíamos cómo, unas horas antes, habían pasado por allí conejos, raposos, tejones, mientras nosotros no podíamos dar una zancada más.

Otro día intentamos la aventurilla desde Unzué. Pero, como sabe el lector, la batida que daban un pelotón de cazadores a unos hipotéticos jabalíes, que esa mañana no asomaron el hocico, nos impidió movernos con tranquilidad.

Era ésta la tercera intentona. Alguien nos dijo con toda buena intención:

—Subir por Ezperun.

La mañanita de este febrerillo tan cuerdo y tan apacible, nos lleva directos al pie de la Sierra de Alaiz. Pasamos por Torres de Elorz, bello pueblo-campo, atravesado de huertas y lleno de árboles, aunque ahora estén sin hojas; con una iglesia antigua y un rebote nuevo; a orillas del río Elorz, que viene cebado después de una temporada de lluvias.

Los sembrados de esta Cuenca sur han crecido con tanta agua y tanto sol. Para desgracia de los que no tenemos libres más que el sábado y el domingo, en los últimos tiempos ha hecho sol de lunes a viernes y ha llovido los fines de semana.

*¿Qué más sencillo que ese cabeceo  
de los sembrados? ¿Qué más persuasivo  
que el heno al germinar?*

se preguntaba en su libro Claudio Rodríguez.

El campo primaveral y verde nos hace sencillos y no nos cuesta nada dejarnos persuadir.

Se tira un aguiloche desde el aire y nos lo tapa una pequeña lomba.

—Algo habrá visto.

Ezperun fue un pueblecito de pocas casas con color tierra y una iglesia de origen medieval al borde de la montaña, a la que añadieron un pórtico barroco de ladrillo. A la iglesia, abandonada, con una campana todavía y una higuera, le va arropando la yedra, mientras las casas, en dos hileras, se han convertido en almacenes. Sólo está habitada la casa nueva del administrador de las fincas y se han construido nuevos almacenes y corrales, donde balan unas ovejas sucias y arracimadas.

Tomamos una variante del camino que termina en una cantera, tristemente dejada, y volvemos sobre, nuestros pasos para salir por el ramal de la derecha. El primer tramo del camino está visiblemente bien cuidado, con grava y todo, como si se quisiera abrir una pista, una buena pista.

—Qué disparate.

Baja un hombre con unas bandejas de plástico, de esas de llevar botellas

—¿Vamos bien hacia arriba?

—Ya van bien, ya.

Le pregunto por el pueblo, por el dueño de las fincas, por la villa junto a la carretera, por las granjas cercanas al río, que va mordiendo cóncavamente las margas de los altonazos de la Cuenca. Pero el buen hombre tiene prisa y no es cosa de entretenerlo más.

En el sembradío se ven las manchas, color café, que deja el agua mientras las empapa.

En torno a una pequeña balsa dos cazadores con varios perros olisquean el terreno. Un niño que va con ellos —¿qué hace un niño entre cazadores?— se distrae a unos metros de distancia. De pronto vemos los picachos de nieve de los Pirineos Roncaleses, nuestros Alpes.

Seguimos, entre quejigos y bojes, por un camino ahora más rudo, pero ensanchado también por una buena maquinaria. Encontramos a un montañero maduro con botas y makilla. Tampoco a él le gusta cómo están dejando la vieja trocha y lo atribuye a intereses de palomeros.

—Si seguimos así, no va a quedar un monte sin asfaltar.

Le pregunto si vamos bien y si falta mucho.

—Ese repecho y ya está. Lo demás es todo llano.

Cae el sol bendiciendo los campos que verdean el invierno. El Prado se llama el trozo que tenemos debajo. Casi toda la Cuenca es un prado de cereal. Cinco chopos desnudos defienden un cuadrilátero de agua, mitad balsa mitad piscina natural. El capelo de pinos sobre el Pico Oriz cuadra bien junto a la balsa Morca, centro de deportes acuáticos de verano en Beriáin.

Vela un leve halo de nieve sobre los Altos de Goñi y un enjambre de bruma anaranjada sobrevuela Montejurra.

Pasa un muchacho sobre una moto alborotadora. Llega al extremo de la curva y vuelve.

Superamos el último repecho y amanecemos sobre una larga repisa de roca caliza, en cuyo extremo se levanta una choza palomera pintada de verde. Oímos el primer chasquido frío de los cazadores.

Seguimos por el sendero que desciende suavemente y nos mete pronto en un alargado soto de avellanos, que lucen ya los pendien-

tes de sus amentos primaverales, y de quejigos con sus hojas secas y leales. Aparece uno de esos senderos que llevan o llevaban a un romántico castillo rural o, al menos, a una bien emplazada casa de campo.

—Por aquí no sé si vamos a subir al monte.

El sendero misterioso nos desemboca en el pequeño valle que forman, dentro de la Sierra, los macizos de El Rey, por un lado, y El Carrascal y Alaiz, por el otro.

Todo un anfiteatro de hayas, que empiezan a amarrotarse, rodean el pequeño raso que queda aislado en el fondo del valle. Baja un arroyo del flanco este y se ayunta ante nuestros ojos con otro arroyo un poco más grande que desciende del oeste hayedoso, y juntos se van hacia el río Elorz, al que encuentran cerca, en Los Cascajos.

Arranca desde la hondonada el inclinado lomo de los Altos de la Cruz y nos entra de pronto el deseo, casi la furia, de recorrerlo hasta arriba. Y partimos decididos

—Si quieres llegar como un joven, comienza a subir como un viejo.

Buena advertencia. Primero por el bojeral, luego por el argomal y el brezal, después por el herbazal, semiseco por los vientos fríos y por alguna nieve, llegamos en ligeros zig-zags, y tras varios descansillos, hasta el cerro, duro de rocas calizas, donde hubo tal vez en otro tiempo alguna cruz. En los últimos tramos nos colocamos en la ladera oeste y el ventazo nos sube como en volandas. Son así estos vientos carrascaleros que se forman en el largo corredor de Erreniaga-Alaiz, al choque de las diferentes temperaturas y presiones, en la divisoria entre las áreas de influencia atlántica y mediterránea.

Celebramos a la manera griega la hazaña. Luego, arrastrados casi por este salvaje Eolo, nos ponemos a mirar el suave abanico de nieve, leche y rosa, que se abre en la quilla de Beriain, continúa por Sayoa, se extiende por Orzanzurieta y Baigura, y llega hasta Violeta. Más lejos, Ori se agacha también bajo la nieve recién caída y fácil de llevar. Fulguran al sol febrerizo los Pirineos roncaleses, sultinos y bernesés. Vemos ahora el pico cercano de la Higa. Pasa un avión con su chorro blanco sobre el azul del cielo.

—Es el Madrid-Colonia.

—Si tú lo dices...

Unos puntillos que rebrillan al sol vienen y van por la carretera y por la autopista. Pasa la procesionaria rápida —todo es relativo— de un tren de mercancías. Bajo la acogedora y bien vertebrada Sierra de Tajonar se distiende Zulueta, y Elorz levanta su catedral. Desafiando a todos los vientos, se renueva Zabalegui. Desde abajo nos ojea Guerenziáin.

Bajar es más fácil pero a ratos más penoso. El matorral está quemado a trozos y no es difícil darse con los palotes de los bojes desnudos, que comienzan a rebrotar.

El muchacho de la moto sube ahora hasta la repisa a la que antes no llegó.

Torres está lleno de coches. El río Elorz, hecho todo un señor.

—La cosa es que hoy tampoco hemos «conquistado» Alaiz.

—Otro día será.





## GORRAMENDI CON SOL DE INVIERNO

Partimos de Pamplona entre brumas.

–Al mal tiempo, alpargatas grandes, que decía mi abuela.

–Ya verás cómo hay sol en Baztán.

El sol nos da en la cara cerca de Venta Quemada.

Los avellanos tintinean las espigas de sus flores verdiamarillas.

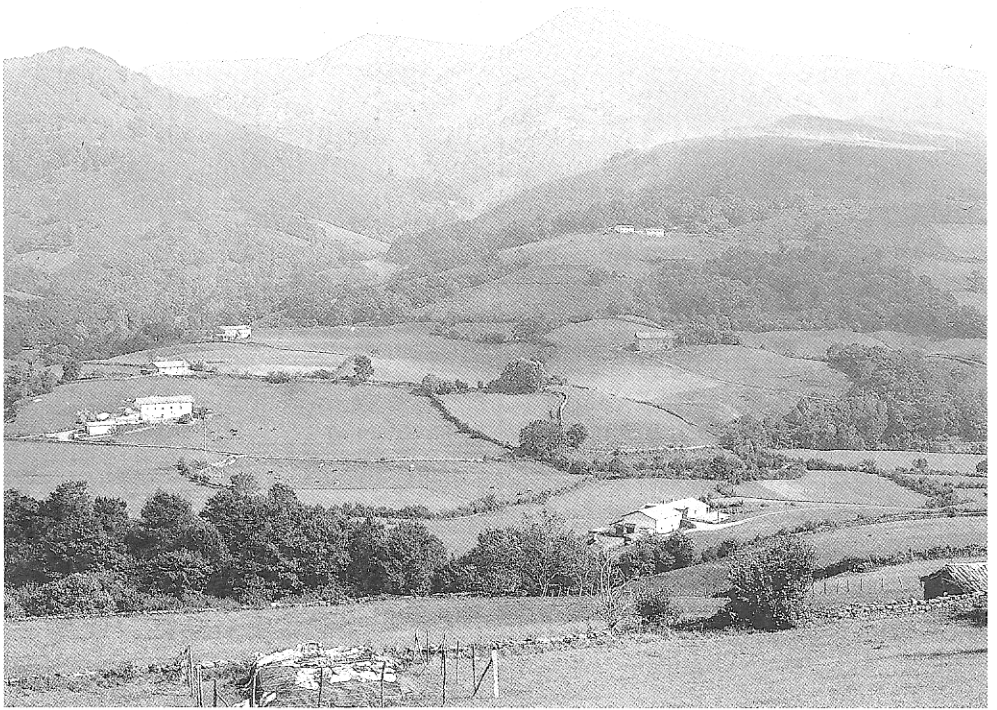
Hace un rato que la torre de Berroeta toma el sol.

Subimos por Aniz. Ahí está Irurita desparezándose de la niebla. Por Elizondo van y vienen algunos hombres y algunas mujeres con pan y periódicos.

Entre Amezti y Larro se expande Azpilcueta, madre de muchos barrios.

La carretera sigue de cerca el hilo blando del río Baztán que baja desde el collado de Lizarmeaka, y va enhebrando múltiples afluentes. Otros arroyos no quieren navegar tanto y, total, para tener que ir al Cantábrico, prefieren pasearse por Francia.

Maya es un pueblo-camino, que sube siempre hacia el castillo derrotado, de donde brotó el monumento a la independencia de Navarra.



A la derecha del Puerto de Otxondo, nos metemos por Goizamendi, y entre los Altos de Urlegui y Ansestegi, pisándole los primeros pies al Aritxacun, seguimos la pista que construyeron los norteamericanos para llegar a su estación prebélica.

Años de guerra fría, cuando los *usacos* eligieron estos verdes parajes para montar su estación de radar y otras ingenierías al servicio de su formidable y espantosa máquina de control y disuasión.

—Otros dirán que de liberación.

—Claro.

Pasado el cuello de Itzulegui, comenzamos a escalar el macizo Gorramendi, la montaña madre totémica del Valle de Baztán, formada por pizarras, areniscas, calizas y dolomías, hace cuatrocientos millones de años, en el período que los sabios llaman devónico (paleozóico), bajo un mar poco profundo, y, varios millones de años después, por arcillas, areniscas y conglomerados, en el período triásico inferior (mesozóico), tras el intenso plegamiento que experimentó toda la zona.

El hundido Valle de Baztán separa hoy los dos grandes macizos paleozóicos de Navarra, el de Cinco Villas y el de Alduides-Quinto Real.

La pequeña cordillera del Gorramendi es, vista desde el avión, y aún a vista humana de pájaro, desde un mirador cualquiera, un largo animal postrado, probablemente agotado en su geológica carrera, con las pequeñas protuberancias de Aitzpitxu, Gorramendi propiamente dicho, Gereztegi, Gorramakil (el punto más alto, 1.090 m.) Bardakomendi, y las dos zarpas petrificadas del Okoka y del Alkatxuri.

Nos detenemos junto a la torre de comunicaciones.

Los norteamericanos debieron de aprovechar bien los rasos de Gorramendi y Gorramakil, donde se amontonan todavía algunas ruinas y las estructuras inferiores de los edificios, de hormigón.

Pasan dos parejas que han dejado el coche cerca del nuestro.

–Buenos días.

–Hola, buenos días.

Es fácil seguir la traza de las conducciones de aguas y de los pozos negros.

Podemos llegar hasta la no lejana cumbre de Irubetakaskoa, tras pasar por el collado Gorostikolepoa (albarda sobre albarda), que circunda el cerro de Alkatxuri, y continuar por un largo pasillo que da sobre la regata Urrizate, pero rompemos con las escrituras andantes y nos estovamos al sol de febrero, que baja hasta nosotros aireado y no airado, acariciador.

Este sol de febrero nos aturde y nos resplandece. Nos acerca y nos confunde. Nos funde y nos derrite. Nos lleva en volandas de la imaginación a una playa lejana y sola del espacio puro, donde sólo se ven cabeceras de hayas que empiezan a relucir de morado genesiaco, y se oyen sólo los dulces tatareos de las alondras invisibles y los cantos aéreos de las collalbas pardas y ocráceas.

El sol nos acuna en la cima del Gorramendi, que conserva aún el calor y el acogimiento de lo que un día fue: lecho marino, playa ligera, arrebato de isla, faro mineral y fortaleza, castillo encantado, mucho antes de ser elegido refugio del imperio de la segunda mitad del siglo XX, observatorio militar y pieza de cambio de los *yankees*, liberadores de Europa, en su tardía relación con el anticomunismo celtibérico del régimen de Franco.

Abrimos los ojos de la nube del sueño y vemos un buitre perezoso y tardío.

–Despierta tú, mira, mira...

A la derecha, contemplamos el Laurdena, casi tan alto como el Gorramendi; Astate, Iparla, alejados de nosotros por la vertiente del río Urrizate.

A nuestra izquierda, Urlegui, Artxitxuri, Ansestegi, Lizartzu, y las cimas fronterizas de Iguzkiegi y Gorospil, separados por la regata Aritxacun y por sus afluentes.

La bruma es cada vez más espesa y nos impide ver más allá.

Apenas si podemos ver de vez en cuando los destellos rojizos de las Peñas de Itxusi, bajo el dominio, barreado, del Artzamendi.

Nos asomamos a la barrancada norte, donde sobreviven algunos caseríos rojiblancos, salvados por unas trincheras de prados verdoyos, en las mismas barbas de los batallones de hayas, empeñados, malamente, en escalar los prehistóricos escarpes.

Al bajar, vemos a la izquierda del carretil el esqueleto redondo de una vaca, hueso lindo y mondo, una obra artística de los buitres de Itxusi.

La bruma se adensa más y más y los montes son cada vez más blanquiazulones.

En Elizondo la gente va y viene por los bares y las pastelerías. La iglesia ya está cerrada.

En Irurita hay corros de jóvenes en la plaza.

Varios mocetes juegan en Zurraure con un balón, en plena carretera.

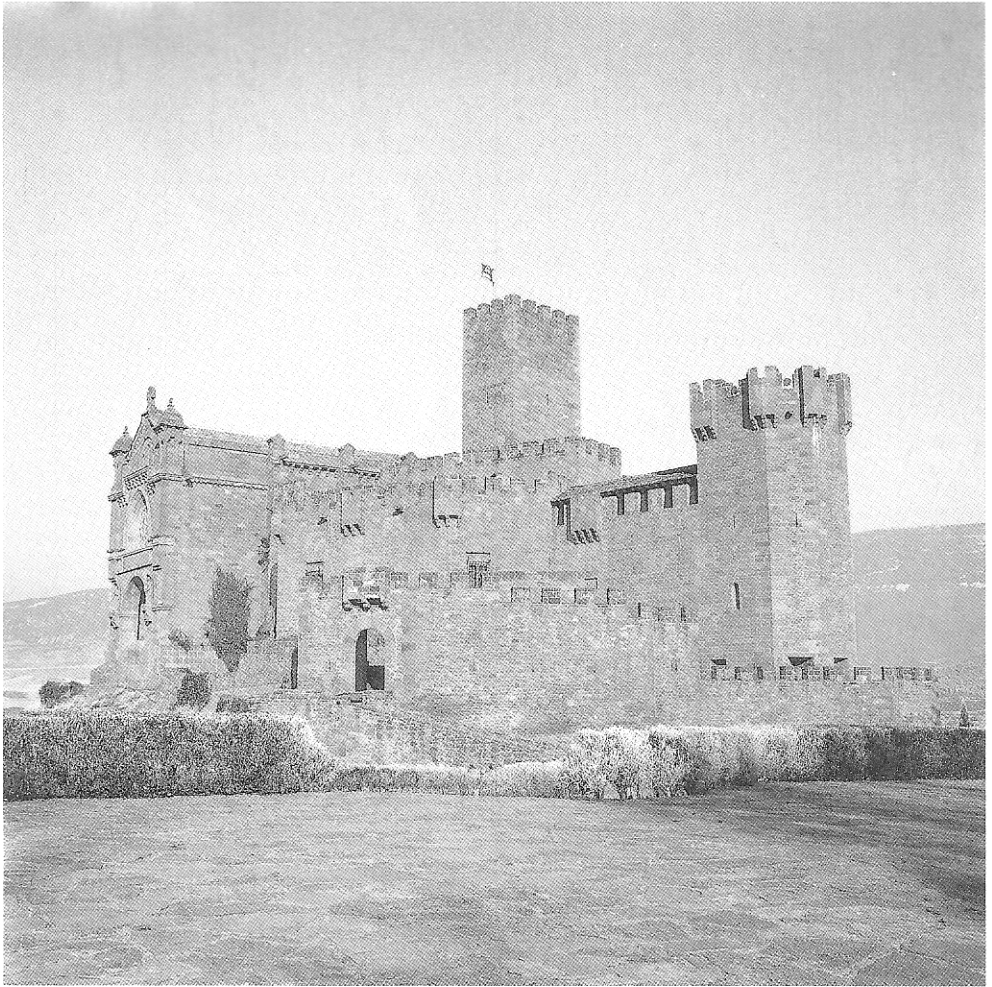
A la bien estudiada iglesia de Ciga el sol de mediodía le saca todos los colores de la arenisca baztanesa.

Ya no pasamos junto a la fuente de Almándoiz, ni nos paramos, ay, en su estupendo restaurante, que nos lo han apartado para que lo pensemos mejor y lo escojamos con mayor albedrío.

El cielo se encapota pronto, antes de que comencemos a girar hacia Velate.

Y estamos pronto en una Pamplona de colores aluminados e invernales.

—Nadie nos creerá que nos hemos tostáo al sol en Gorramendi.



## A JAVIER, ENTRE FRIO Y NIEVE

Acaba de nevar y la luna tiene cara de nieve.

En Rocaforte seis luces níveas suben y bajan ayudando a despertar a la mañana.

Pasa el Aragón, tras el empujón del Irati, verde madrugador, desdeñoso y a lo suyo.

En la portada de Santa María varias imágenes medievales se hielan de frío, se hacen frío de piedra.

La calle mayor de Sangüesa camina entre vahos de camada y tientos de peregrinos.

Cuando salimos de la calle mayor, que hace muy menores a todas las demás, se levanta de repente el amanecer. Es como si a todos nos hubieran encendido una luz leve.

Unas nubes ronceras y regañonas se plantan delante de nosotros.

El ángel de la luz despierta Gallipienzo, la Sierra de San Pedro, la Sierra de Peña, y reposa un poco en Verduces y en El Chaparral.

El camino a Javier es una curva suave que asciende entre olmos muertos, sembrados adolescentes y viñas agazapadas. Las nubes se pintan de rosicler. Pasa un avión alto, como si viniera de anunciar el alba.

Sale el sol a las 7,40 entre los olivos, como una fiera recelosa que se asomara poco a poco por ver si lo mira alguien.

Luego nos lo oculta una breve lomba y vemos salir el sol «por los montes de Aragón», como en la vieja canción guerrera.

Los altavoces que van sobre el camión delantero se oyen casi siempre mal debido a las muchas curvas. Como la gente no se entera de lo que le dicen, habla, aunque en voz no muy alta. Un muchacho le dice a un chico de 11 años qué es el Vía Crucis que vamos haciendo. Algunos hablan de la caminata. Otros del almuerzo. Uno tararea una cancioncilla de moda. Casi todos, en su mayoría adolescentes, llevan gorros multicolores de lana. Unas veces me recuerdan Calgary. Otras, cuadros renacentistas florentinos. Se escapan algunos por los alcorces para llegar antes.

Las nubes se hacen ahora de cuarzo citrino y ámbar.

Kilómetro 5. Entramos en terreno de Javier. Nos lo anuncia la faja jaquelada de oro y sable de ocho puntos y el creciente ranversado de plata sobrepuesto a otro mayor de oro y sable, blasón de los Aznárez de Sada.

Dejamos a un lado un corro de pliegues rocosos. Sobre uno de ellos se monta la ermita del Socorro. A la última ermitaña la llamaban «la socorrera». Llegamos al carrascal que circunda El Castellar. Carrascas arriba y pinos de repoblación abajo.

El sol nos enrojece la cara. El cierzo frío, el matacabras, se nos echa desde la Sierra de Leyre, fronteriza y prepirenáica, y nos zarandea con todas sus muchas manos. La curva de la carretera descende resuelta pero con muchos miramientos.



Bailan a pierna suelta las campanas del Castillo. Hay un temblor de nieve sobre Arangoiti y sobre la línea cimera que llega hasta el Fayar Castelar.

Hemos llegado a la meta atlética de muchos andarines que han hecho largos kilómetros de prueba y valentía. Y a la meta espiritual de un santo navarro, atleta universal de la fe, andarín de medio mundo, con raíces frescas y fecundas en nuestra tierra.

La celebración religiosa, solemne y masiva, recitada y cantada en las dos lenguas de la infancia de Francisco de Javier, que son las de nuestra Comunidad, rubrica, recoge, resume y exalta dos días de tensión de marcha peregrina, ensayo del andar por la vida y por el mapa mundi, símbolo de la trascendencia y de la universalidad.

Izaga se resbala por la nieve helada.

La multitud se dispersa en olor de bocadillo.

Volvemos algunos de la ensoñación al sueño.

Y el autobús nos devuelve otra vez al punto cero.



## EN LAS CAÑAS DE VIANA

Viniendo de Logroño, nos sorprende el mar de Viana, azul, alto y derramándose por el campo verde.

–Mira cómo está la laguna.

–Nunca la había visto tan grande.

Nos metemos por una pista de barro duro, muy accidentada, y nos detenemos cerca de la orilla, a la que se acercan rítmicamente unas aguas urgentes y turgentes.

Nos lo ha dicho un matrimonio mayor, al acercarnos:

–Está más llena que nunca.

–Le falta una cuarta pa sobrarse.

El camino que bordea la laguna, tal vez endorréica, hace de muga con La Rioja, flamante Comunidad Autónoma. A nuestra derecha se extiende, frío, blancuzco y grisoso, el pequeño polígono industrial de Logroño, cerca del pueblo riojano de Varea.

Dejamos el coche a unos metros de la orilla, sobre un yerbín donde crecen margaritas, muchas ya anegadas.

Los carrizos, con sus plumas secas, y los tamarices pardopurpúreos, a punto de sacar las hojas, forman una orla concéntrica, desbordada ampliamente por la laguna crecida.

Por el agua de la improvisada playa corretean dos lavanderas blancas, llamadas también culiblanco, andarríos y señoritas. Un ruiseñor bastardo pardimarrón vuela entre los tamarices y canta potentemente una y otra vez.

Oímos un ruido cercano como de persona nadando. No, será alguna focha. Tampoco: es el viento del atardecer que hace chapotear el agua.

Paseamos junto a la orilla sorbiendo como un licor de poco grado el penúltimo sol. Una pareja joven retoza sobre el yerbín aprovechando una leve curva de terreno, junto a un coche. Nos volvemos y los dejamos en su soleada paz.

Viana es desde aquí un alto paredón defensivo, con torres, al que le ha salido un arrabal moderno y comodón.

Seguimos por el camino que bordea el dique contra el que se bate suavemente el agua. En el centro de la laguna corren y luego vuelan fochas y pollas, especialistas de aguas someras, entre roncadas garrulerías. Corren-vuelan-nadan que es un gusto. Perfecto esquí acuático. *Surfing* fascinante.

Viene por el camino un señor de mediana estatura, cabellos y barbas entrecanos, ancho de hombros, ropas rústicas, mirada misteriosa y a la vez sosegada. Por preguntarle algo, le pregunto por qué el agua en ciertos sitios huele tan mal.

—Será algún animal muerto.

Nos acercamos, pero no vemos nada.

—No, es el vaho de la noche.

Nos quedamos sorprendidos. Parece un sabio rural y hay que hacerle caso. Nos dice que cuando él era chico hicieron el embalse para regar.

—Y ya tengo cincuenta y tres años.

Hicieron, primero, la parte derecha y después la izquierda. Viene el agua de un regato que tiene brazos bajo el Alto de los Bojes

y bajo los montes de Alava. Hacía siete años que no se llenaba como éste.

—Es un año de suerte.

—Y usted que lo diga.

Se va lentamente, algo encorvado como un peregrino, como un sabio humilde que fuera repartiendo sabiduría cuando se la piden.

—Parecía San José.

—Ahora es el tiempo.

El camino que divide la balsa en dos está hoy intransitable, todo él aguachinado. Proseguimos por un sendero que contornea el vaso hasta llegar casi al arroyo de Perizuelas, que atraviesa la llanura aluvial y desagua en el Ebro, cerca de aquí, llevándose, entre unos pocos fresnos, álamos, chopos y sauces blancos, las aguas que le sobran a la laguna.

Contra el ocaso, empurpurado, herido por sus propios cristales, como diría el poeta de Moguer, se levantan las gigantescas sombras del «león dormido», la Peña de Lapoblación —que parece espantar al pequeño pueblo que lleva su nombre y aún al próximo de Meano, que huye hacia abajo— y las de la sierra de Cantabria, que toma el nombre del poblado prehistórico o protohistórico que se extendía sobre el cerro cercano al polígono industrial.

A la sierra le salen también unos cristales agudos, primero color amatista y luego color azabache, mientras las aguas de la laguna han perdido ya aquel color turquesa que le vimos hace un rato, para volverse luego lapislázuli, tomar después un tono de berilo y borrarle, en fin, la color. El *Paisaje en el crepúsculo*, de Adriaen Brower, que acabo de ver en El Louvre, algo se parece a este atardecer, pero un cuadro recoge un instante, nunca una hora como ésta.

Cuando llegamos cerca de un bosque de cipreses, el cielo está casi limpio de atardecer y cae sobre Cañas un velo de noche clara

que convierte todo en un paisaje costero marítimo donde uno espera que pasen algunos barcos.

Comienzan a croar las ranas estruendosamente, con más fuerza que si pidieran un rey. Parece que estuvieran tragándose toda el agua.

Todo es «*extraño, ruinoso y monumental*». Las ruinas del Bordón hacen de palacio abandonado. «*La tarde se prolonga más allá de sí misma, y la hora, entretrejida de eternidad, es infinita, pacífica, insondable*». Tal vez falta Platero. Tal vez, de beber del charquero grande de la laguna, se llevara ranas croando a su enorme garganta.

Aparecen en el cielo unas puntas de diamante frías y acradas que se clavan, lúcidas, en las blandas aguas oscurecidas.

Nosotros también nos hundimos cada vez más en el silencio húmedo de la noche; en la laguna amiga, hecha un cielo de mar; en el paisaje íntimo, convertido en propuesta de rendición.

Cuando levantamos los ojos, hace tanto frío, que la osa menor ya está recorriendo el espacio.

## DE TABAR A CELIGÜETA

Ayer, saliendo del Alto de Loiti, en vez de subir hasta la muga de Ibargoiti y Olaz y seguir luego por el bosque, nos desviamos por la pista del carasol, llegamos a la altura de Tabar, subimos después penosamente a la cima y para cuando alcanzamos Besolla, ya era hora de volver.

Hoy entramos por Aldunate, pueblo casi en ruinas, con algunos chopos vivos, y por un mal camino arribamos a Tabar, que da nombre a la Sierra que lo arropa.

Tabar es un pueblo pequeño y bonito, en trance de renovación. En la calle que va a la iglesia encontramos un palacio hecho una lástima pero que conserva su soberbia fachada barroca de piedra. Cerca esperan la hora de la misa unos hombres maduros. Uno de ellos vivió en el palacio, del que su padre era administrador, y nos acompaña a verlo por la parte de la huerta, sólo ya un recuerdo verde, desde donde vemos las ruinas ya casi románticas. El dueño está lejos y ya no viene.

Patxi Ejea, un muchacho que viene a tocar a misa porque le toca esta semana, nos abre y enseña la iglesia de San Juan Bautista. Para empezar, los ruegos del atrio, las dos acacias, la placa a los cuatro voluntarios del pueblo muertos en la guerra de 1936, y el reloj de sol. Por dentro, un retablo mayor plateresco y dos colaterales romanistas que hay que mirar con despacio y con la mayor devoción artística.

Camino de Induráin, contemplamos de nuevo la cuenca de Lumbier, repartida entre viñas, tierras de labor y abarrancamientos de margas. San Vicente, Rípodas y Lumbier. Y los choperales del Irati que empiezan a alborotarse de clorofila.

Un aguilucho nos acompaña en el aire.

El Aperdués lleva agua al Irati. Entre montes solitarios y austeros y entre coches que aprovechan el puente de San José, subimos a Induráin, pueblo al que nunca habíamos venido, pueblo color teja, recortado por la luz de esta mañana marcera contra la mole del Izaga, que deja ver, tras las nieves, su desnudo cinturón de rocas grises.

La iglesia de Santa María es un edificio románico-gótico, de principios del XIII, que guarda un delicioso retablo plateresco en el que se representan escenas de la infancia de Cristo, obra tal vez de un discípulo de Jorge de Flandes.

Está subida a un altonazo que domina el caserío, sobre un paredón con todas las trazas de defensivo. Junto a la iglesia, unas casas bajas de piedra, muy restauradas, con jardincillos, donde jacintos, caléndulas y pensamientos hacen los gozos de la vista. Unos vecinos de Pamplona, originarios de aquí y que aquí pasan los fines de semana, nos hablan de una Encomienda de la Orden de San Juan de Jerusalén, o del Hospital, que habría ocupado este mismo lugar. La verdad es que nunca habíamos oído tal cosa ni leído en libro alguno. Habrá que consultar a los sabios.

Consultados los sabios, como el historiador García Larragueta, experto en el tema, y el historiador-archivero Carlos Idoate, resulta que en Tabar y en Andurra hubo posesiones de la Encomienda sanjuanista de Cizur Menor, y que en Induráin hubo nada menos que una Encomienda propia, con hospital de peregrinos.

Idoate Ezquieta publicó hace unos años el inventario de los papeles y documentos pertenecientes a la Encomienda de Induráin, que se hallan en el Archivo del Gran Priorado de Navarra, ordenado por el entonces secretario archivero don José Francés.

El primer documento fechado que hace referencia directa a nuestro objeto es del año 1250. Hay documentación abundante desde 1503 a 1833. La Desamortización acabó con la Orden.

Debió de ser el último Comendador Fray don Juan Francisco Ezpeleta, fallecido el 14 de marzo de 1814. Fray don Ramos de



Santa María aparece como apoderado poco después. El vicario de la iglesia de Induráin, don Esteban Santesteban, fue nombrado y presentado, el 8 de junio de 1827, por el señor ministro recibidor don Fray Gerónimo Dolz.

En los últimos años hay numerosos testimonios de ejecutorias contra dueños de casas de Induráin, Agós, Sangüesa y Aoiz, para el cobro de retrasos de pechas, censos y rentas, debidos a la Encomienda. El 31 de julio de 1833 se arrendaba «la casa de la encomienda en Indurain, nombrada de Santa María, y su pertenecido de vienes por cuatro años en favor de Miguel Joaquin Arizcuren y su fiador Javier Egüés».

Bajamos a ver las tres plazas de Induráin, de las que hablan las guías. Aquí están, es verdad, y también la calle del Cierzo y la de Nuestra Señora de Nievas, donde hay una casa que tiene pintada en piedra la leyenda «Jesús, María, Joseph, año 1678». Hay varias casas del siglo XVI, con ventanas geminadas, escudos en las claves de las puertas, y anagramas en los dinteles.

Por una pista que deja a la izquierda el monte Muniáin y atraviesa el barranco Aizpe, llegamos a Guerguitiáin, concejo tutelado, donde un grupo de domingueros de Pamplona está preparando el rancho.

Dicen que aquí hubo un palacio. Las «tres casas con pocas comodidades» de mediados de siglo pasado se han reducido a una y a varios cobertizos y huecos de huertos. Aún queda en pie la linda iglesia, de estilo románico rural, en un altillo, con todas las miserias del abandono: los últimos objetos de los altares, los últimos signos, los últimos trastos. El señor José que nos acompaña, y que vive ahora en Induráin, recuerda con nostalgia aquellas fiestas, aquellos ratos de doctrina, aquellas conversaciones en el atrio que se abre frente a frente a la Sierra de Tabar.

En el grupo está también el último habitante del desolado de Muguetajara (Valle de Unciti), a donde pensábamos subir, pero ya es imposible. Vive ahora en Pamplona y hoy ha vuelto con su hijo a sus altas, profundas, raíces.

Dejamos a un lado Besolla que visitamos ayer, y seguimos hasta Celigüeta, entre ollagas, espinos blancos y negros, que ya están primavereando.

En Besolla, cabeza del marquesado de su nombre, hay una casa en pie de vida, habitada por tres hombres, un tío y dos sobrinos, todos mayores, que se van a Pamplona en invierno y viven aquí el resto del año. La iglesia de la Purificación es una monada de iglesia románica, con canecillos, arquivoltas, capiteles y tímpano con crismón, y está ahora convertida en almacén. Encontramos a dos de estos hombres, que dicen estar bien enterados de todo por la tele y por la radio. Hablamos de la última visita de los Reyes a Navarra, del precio de la cebada y de los problemas del sector porcino. Nos informan de que el pueblo y las tierras son de «un hermano de la reina Fabiola», aunque no saben cómo se llama, qué más da.

—¿Don Jaime?

—Don Jaime no, su hermano.

Tampoco nosotros sabemos, ni falta que nos hace.

Yendo y viniendo a/de Besolla, pasamos ayer por el bosque que resta de lo que un día fue, cuando buena parte ha sido convertido en tierra de pastos. Crecen, además de quejigos y robles, pinos albares, fresnos, serbales, illones..., mientras allí arriba, bajo los cantiles de Izaga, mastines que defienden la alta montaña, salen del letargo invernal quejigos, robles y algunas hayas. Toda la comarca está ahora lentamente embosqueciéndose.

Celigüeta es otro viejo rincón nobiliario, en esta comarca de señoríos, desde el mismísimo siglo X. Nos han contado en nuestro recorrido que el pueblo era hasta hace poco de un conocido industrial navarro que, amenazado por ETA, púsose a buen recaudo. Desde entonces todo pasó a manos de «unos catalanes», sin que nadie sepa cómo se llaman.

Los «catalanes» heredaron un pueblecito recién compuesto, de piedra limpia, con sus granjas, su ancha plaza natural, su iglesia y su torre-castillo. Corretean unas gallinas entre las casas de arriba.

Lo más conocido y original es la torre defensiva, montada sobre un pequeño cantón, cerca de una piscina envejecida, donde revolotea una lavandera.

La torre parece ser del siglo XIII, cuando perteneció al rico-hombre don García Almoravid, desterrado en 1276. Después perteneció, entre otros, a los Ezpeleta. Hasta su restauración, hace unos treinta años, era una torre baja, achatada y retejada, con cuatro garitones cilíndricos en los ángulos, que llegaban casi al tejado. Ahora está recrecida con un torreón airoso y almenado, con ventanjas encristaladas y rodeada de arbolitos.

¿Qué hace en este lugar una torre como ésta? Está tan sola, tan desamparada, que nos cuesta arrancarnos de ella y dejarla otra vez con el sol, con las ruidosas granjas vecinas, con la lavandera y con estas soledades que enfrían el corazón. Ella, en cambio, nos acoge en su discreción y nos defiende contra la crueldad del paisaje.

Volvemos tan deprisa, tras habernos demorado tanto, que ni siquiera vemos la balsa artificial de Celigüeta, que se remansa en un altozano a la vera del camino.

Otro día sin ver Sengáriz y Lecaun.

—No vamos a llegar a los buñuelos.



## PUERTO DE VELATE

Puerto de Velate,  
puerta de los vientos  
y de caminantes.

Vamos caminando,  
gozando del mundo  
muy pasito a paso.

Nos cubre la niebla,  
que es la boina vasca  
de estas altas tierras.

Venta de San Blas,  
muchos camioneros  
a la Venta van.

Bajamos al Valle:  
flores de avellanos,  
castaños gigantes.

Entre cerrejones,  
cuestos y collados,  
crestas y espigones.

Cuatro caseríos  
resisten, tenaces,  
a los desafíos.

Un arroyo claro  
se despeña alegre  
cerca del horcajo.

Muchos troncos muertos  
son testigos vivos  
del paso del tiempo.

Lejos van los ruidos.  
Cuanto más andamos  
tanto más huímos.

Llevo el corazón  
lleno de alegrías  
y de sinrazón.

Pero la tristeza  
en cada recodo  
vigila y acecha.

Todo lo que es bello  
nos empuja siempre  
hacia lo perfecto.

Y adolece el alma  
con lo que nos sobra,  
con lo que nos falta.

Todo se va y vuelve,  
todo es agridulce,  
todo alegre y duele.

Hoy no sé escribir,  
sólo quiero andar,  
andar y sentir.

## ¡A LOS LEONES!

Este año y el pasado he sido testigo de fila de lo ocurrido en Pamplona durante las procesiones de Semana Santa.

He visto de cerca cómo, desde la bocana de la Calderería, bajo el chafarrinón mural de «Libertad de expresión», venían los insultos, las blasfemias, los vasos y las botellas.

Tal vez lo más esperpéntico, dentro del losco cuadro de miseria moral, eran los gritos de «¡Cristianos, a los leones!».

Después de casi dos mil años, he ahí lo que algunos han aprendido de la larga aventura humana. Lo que pasa es que hoy los cristianos somos muchos más que entonces y los leones, ay, ya muy poquitos. Además, los que nos echarían con gusto a ellos llevan demasiado alcohol encima y consumen demasiada droga como para darnos miedo.

Pero el agresivo y torpe incidente se une a otros muchos de similar catadura y son tan repetidos, que están convirtiendo a Pamplona en una ciudad sucia, hosca, incivil y peligrosa. No hay más que recorrer, a ciertas horas, lentamente sus calles y oír atentamente a sus vecinos.

No está el horno rusiente para bollos retóricos ni voy a unirme al coro interesado de ciertos lamentos. Pero estamos acostumbrándonos demasiado fácilmente a ciertas violencias, groserías, chulerías y matonismos. Sea que pase una procesión, nos visiten los Reyes, se manifieste un grupo o se celebre una fiesta.

Estamos dejándolo todo en manos de la policía y de los jueces, quienes, a su vez, se sienten también desasistidos e inseguros.

París, por ejemplo, estaba antes en un grito. Hoy es una de las ciudades más seguras de Europa. Y ¿por qué aquí no, siendo mucho más fácil que en París?

La verdad es que no se ve por ninguna parte imaginación, energía ni iniciativa ciudadana. No veo ningún nombre brillante, de los muchos que hay, de gran «camello» entre los detenidos como responsables de esta situación. No hay vigor ni para borrar los indignantes letreros contra el Rey. Ni conciencia democrática para decirnos alguna vez que alguien ha sido detenido, juzgado y expulsado de la ciudad.

Tendremos que cambiar quizás muchas cosas: modos de vida, leyes, procedimientos, etc., pero lo cierto es que, por muchas elecciones que hagamos, por muchas bellas palabras que cacareemos, sin seguridad ciudadana no hay democracia en la *polis*, no hay democracia política. Y todos acabaremos siendo, por más o por menos, canalla malandrina.

La ciudad tiene que defenderse para poder seguir conviviendo.  
Y a quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.



## TULEBRAS, BARILLAS Y MONTEAGUDO

Está el monasterio de Santa María de la Caridad de Tulebras renovado y reluciente, sobre todo cuando el último sol de marzo y primero de abril le abrillanta piedras, ladrillos, rejas y las flores blancas de los perales y los ciruelos. Hay nieve en el Moncayo.

Paso en su recoleta hospedería los últimos días de Semana Santa. Se terminaron aquellas obras que emprendió y llevó a cabo la activa comunidad cisterciense y cada cosa está ahora en su sitio y con su antiguo esplendor. La actual abadesa no es doña Ana Pasquier ni doña Margarita de Peralta, ni falta que le hace. Ni estas monjas son aquéllas, porque aquellos tiempos no son éstos.

Los más bellos cuadros de la casa, los que no se vendieron para sacar algún dinero en épocas de pelonería, como los del aragonés Jerónimo Vicente Vallejo, *alias* Cosida, algunas buenas tallas y un rico fondo de orfebrería se exponen ahora en un refulgente museo, semiabierto al público, en el recinto llamado «Torre Romana», dentro de la antigua *villa* o *domus*. La monumental arqueta barroca de plata hace hoy de «monumento» en la iglesia. Por una ventanilla discreta entrevemos la luz que cruje suavemente en las cuatro crujías del claustro.

Luce también el museo un libro grueso y reciente, escrito por el historiador García M. Colombás, sobre este primer monasterio del Císter femenino en España (1147), madre de monasterios en Castilla y León, como el celeberrimo de las Huelgas, en Burgos. El libro

es indispensable para conocer Tulebras y una buena parte de la historia de la comarca.

Las blandas copas de los cuatro cipreses italianos de la calle me avisan de la fuerza del cierzo, que viene frío de la nieve que vi caer anteayer en Isaba.

Salgo algunos ratos a tomar el sol, como se toma un caldo. Sigo el curso del histórico Queiles, templador de armas, que trae, estos días de «alhema», el agua moza que le añaden en Vozmediano, para que puedan regar los de Tudela. Ahora sí que viene calibeo.

—Los de Tudela tenían fuerza en aquellos tiempos de los moros, y les hacían caso. Fueron buenos previsores también. Nosotros, en cambio, a verlas venir —dicen los labradores de Tulebras.

Me meto por caminos rústicos, entre viñas con mostazas blancas —que aquí llaman «matas»—, trigos canijos que comienzan a aborrajarse, campos de alcachofas, habares en flor, caballones de espárragos que empiezan a picar, almendros verdes, melocotoneros granates y algunos nogales que se entreabren. Estoy en el término de Socarrada, desde donde veo bien los términos cercanos de Los Llanos y Sorbán. Los «ríos» o acequias los surcan como venas el cuerpo.

Los aliantos crecen otra vez entre los raíles de «El Tarazonica», que van levantándose a una con las traviesas de madera. El tren es como un río humano que a veces se seca también.

*«Yo me imagino siempre que todo es viajar en tren  
que no hay más que estaciones en todo el  
universo...».*

escribió el pobre León Felipe.

Donde un día hubo silbidos, gritos, sueños y esperanzas viajeros, hoy se oye un alborotado concierto de gallinas ponedoras, roncas y granjéviles, la riqueza mayor de las monjas bernardas.

Una estación sin tren es un despertador sin cuerda. En la casa del jefe de estación se albergan las personas que no tienen sitio en la reducida hospedería del convento.

La tarde del sábado me voy a visitar Barillas y a ver a los amigos de allí.

Las monjas llegadas de Francia a Tudela, gracias al empeño del rey García Ramírez, debieron de pasar aquí seis o siete años antes de asentarse definitivamente en Tulebras el año 1157.

Era entonces Barillas un lugar de moros, conquistado, como el resto de la comarca, por Alfonso el Batallador. Entre los desiertos esteparios de los Montes de Cierzo y las Bardenas Reales se repar-tía la fértil vega, que los agricultores mahometanos, maestros de vergeles por influjo sirio, regaban con agua del poderoso Queiles.

Varios poblados, algunos de nombre antiguo y oscuro, con su fortaleza y mezquita propias, se veían en aquel tiempo desde la atalaya de Barillas: al norte, Cascante, Urzante y Murchante; al este, Ablitas, al pie del cerro coronado por el castillo; al oeste, y en la corta falda de otro cerro, también encastillado, Monteagudo, y al sur, ya en Aragón, Malón, Novallas, Vicrlas y Cunchillos, todos colocados en sitios estratégicos. Desde el altozano barillense se ataleaban también los caseríos bien fortificados de Pedriz, Lor y Calchetas, así como la aldea de Sorbán, que hoy son poco más que nombres de términos.

Tierras de moros, primero; fronterizas y movedizas entre reinos cristianos rivales, después, los habitantes de esta zona tuvieron durante siglos pocos días de sosiego.

A cualquiera que visita Barillas hoy, extendiéndose, prolífico, por una ligera colina, en torno a una plaza alargada, junto a la que levanta su bella decoración mudéjar una breve torre de ladrillo, le costará creer que este pueblo anduviera durante siglos de mano en mano de señores, reyes, obispos y canónigos. A fines del siglo XVIII pasó a los condes de Bureta. Enrique, el alcalde, recuerda el nombre y la figura del último conde de Barillas, don Luis Bertodano, mientras contemplamos en el extremo suroeste de la colina el sitio donde estuvo hasta 1976 el castillo-palacio, alma del lugar, primero moro y después cristiano, que, a la hora de derribarlo, era ya una ruina. Ahora hay un jardincillo.

Damos una vuelta por las afueras del pueblo. Nos alborota un bochorno frío que no para y la tarde se pone fea.

—Este bochorno no tiene abrigo.

—No tiene, es verdad.

La bodega de Viña Magaña está en plena renovación. El cabezo que tenemos a la vista es ya terreno de Tarazona. Todo el pueblo está en continua expansión: se arregla el pavimento, se hacen casas nuevas.

—Los jóvenes se casan y se quedan aquí.

—No es como en Tulebras.

Salimos por la calle del Arrabal y bajamos hacia el campo, desde donde el monasterio de Santa María va cobrando, en la tarde aborregada, ese color de siglos acanelado y saludable.

Volvemos hacia el pueblo dando un buen rodeo, entre redondos olivos añosos en el término llamado El Calvario, cuando se nos echa encima el aguacero, que venía hace rato amenazándonos. Bueno, amenazándonos no, porque por aquí todo el mundo quiere que llueva.

—Ya era hora, ya.

—Desde diciembre no había caído una gota.

Llegamos como podemos a la fábrica de embutidos San Antón, empresa familiar, que surte de chorizos, salchichón, lomo y paté de cerdo a las gentes de muchos kilómetros a la redonda.

Terminamos la vuelta en la pequeña iglesia de San Miguel, construida demasiado alegremente sobre la anterior, hace unos cuantos años, y hoy llena de grietas, goteras, sudaderos y rezumaderos. Unas mujeres piadosas preparan la fiesta de la Vigilia Pascual.

Tampoco el precioso retablo gótico se libra del deterioro. El juvenil y coqueto Arcángel alanceador puede con el dragón pero no con las termitas que muerden ya impunemente el banco del retablo. Don Carlos Pasquier de Agorreta, de la familia de la célebre abadesa, copero mayor de doña Leonor y señor de Barillas, nos pide de rodillas ayuda inmediata para salvar esta hermosura.

A las 11 de la noche, arde trabajosamente la leña preparada en medio del claustro renacentista para encender el cirio pascual. Entre la oscuridad de la noche abrileña, que descansa un poco de la lluvia, los tres altos y estrechos cipreses son blandones de sombra y de viento. Está iluminado por vez primera el campanil como un cirio entre ecológico e industrial.

–Luz de Cristo.

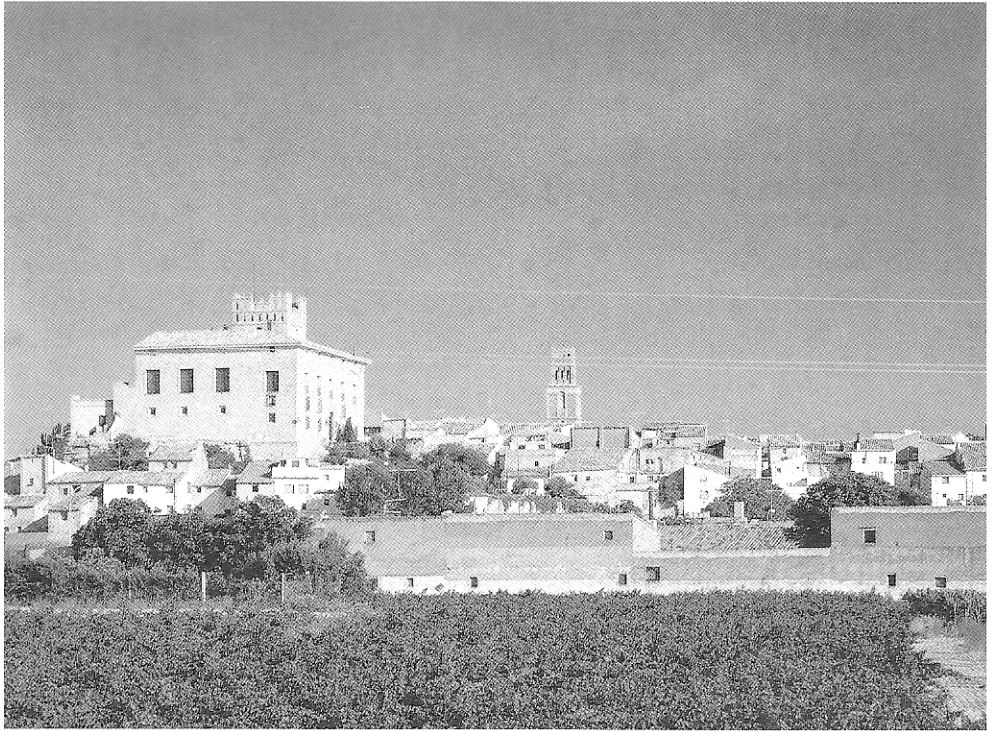
–Demos gracias a Dios.

Miles de monjas cistercienses y casi mil años se iluminan y nos siguen en procesión.

Viendo a estas horas a las gentes de Tulebras, y a su alcalde entre ellas, me viene a las mientes aquel día de 1931 cuando tres guardias civiles se llevaron por orden del señor gobernador al cuartel de Cascante, tras una torpe denuncia, seis bultos y cuatro cajas con estatuas, cuadros, crucifijos, ornamentos, etc., que encontraron en el convento y en las casas del pueblo, en donde las habían guardado los vecinos, temiendo alguna quema o algún profanación. El alcalde, don Juan Ayensa, había escondido en su casa la imagen de vestir articulada de la Virgen de la Cama, s. XVII. No se atrevieron a llevarla, porque la gente se amotinó. El gobernador consintió que la dejaran en el camarín de la iglesia.

Menos mal que otro gobernador más inteligente y sensible, don Ramón Bandrés, ordenó dos meses después, tras las gestiones llevadas a cabo por la Asociación Defensora de los Religiosos Vasconavarros, que se devolvieran las cosas a su sitio, las cosas y sobre todo el sentido común.

Llueve serena, pascualmente, al salir de la Vigilia.



La mañana de Pascua me voy andando a Monteagudo. Las casas de la calle de San Bernardo, de Tulebras, son 30, como en tiempos de Pascual Madoz. Junto a la estación han hecho unas pocas, y unas cuantas un poco más adelante, «las casas nuevas», con avenidas como la de Las Rozas y carretera de Tarazona.

Llueve mansamente, de arriba hacia abajo. Un paraguas basta y sobra. Paso junto a la Granja de San Bernardo, donde se hacen tallas de todo género con madera de olivo, y junto a la estatuilla del mismo santo sobre un hito de piedra, en el límite del pueblo.

Los trigos canijos han pasado de la noche al día con esta agua llovediza y están verdelustrosos.

Se me para cerca un vecino de Tulebras con su coche, compadecido sin duda de verme tan a la intemperie.

—Gracias. Que voy muy bien así, es un buen pasco.

Allá, lejos aún, la estampa del castillo-palacio de Monteagudo, borrosa por el agua pluvial. Pasan los coches silbando sobre el asfalto inundado. Están las mostazas agachadas y algunas tempranas viboreras aturridas y enguachinadas.

Durante muchos años fueron estrechas las relaciones entre Monteagudo y Tulebras. A comienzos del siglo XVI, doña Ana de Beaumont, hija de don Juan de Beaumont y de Agramont, señor de Monteagudo, recibió la bendición abacial de manos del obispo administrador de Huesca, don Juan de Aragón y de Navarra, hijo natural de don Carlos de Viana.

A la muerte de doña Ana en 1522, fue priora en sede vacante doña Catalina de Beaumont, hermana tal vez de don Juan. La nueva abadesa será otra del mismo apellido, doña María de Beaumont y de Aragón, monja de Las Huelgas, hija del condestable de Navarra, don Luis, tercer conde de Lerín. Para asegurar su elección los hombres del nuevo señor de Monteagudo, don Francisco de Beaumont, ocuparon durante unos días el monasterio.

Otra María de Beaumont le sucederá en el cargo desde 1547 a 1559, hija también bastarda del también condestable de Navarra, último Beaumont y cuarto conde de Lerín. Tuvo que renunciar antes de que la destituyeran, tras un infausto abadiado.

La nueva abadesa será ahora doña Ana Pasquier, nieta de don Carlos, señor de Barillas, a quien hemos visto en el retablo. Los

Beaumont se revolvieron contra la Pasquier, familia que odiaban. Tuvo que intervenir el mismísimo Felipe II. Desde entonces el monasterio de Tulebras ya no será más feudo ni de los Beaumont ni de otras familias poderosas.

Llueve que da gusto. A la entrada de Monteagudo, cerca del colegio de los Agustinos, toda la carretera es un aguazal. Tengo que huir cuando viene un coche para que no me ponga como una sopa. El colegio, que tiene una viña como vestíbulo natural, le da al pueblo un aire de universalidad y un empaque de erudición.

Hasta la calle de las Afueras todo son villas antiguas y nuevas, adornadas con plátanos, pinos, cipreses, cedros y otros árboles hermosos, altos y ordenados. Dejo a un lado el Barrio Bajo y subo por la calle Tras la Iglesia huyendo del aguaducho. Los plátanos fradados de la plaza están tiritando de frío y escurriendo agua.

Se me aparece de pronto la torre mudéjar del XVII, bien lavada por el agua llovida de la Pascua.

Bajo la bóveda estrellada de la nave principal, están los chicos y las chicas a la izquierda, las mujeres a la derecha, y los hombres atrás, algunos de pie debajo del coro alto, donde canta un grupito de jóvenes. Unos cuantos adolescentes se disimulan en la segunda nave de la derecha. Gótico, renacimiento, plateresco, barroco, churrigueresco, neoclásico y moderno, todos los estilos conviven en esta iglesia de Santa María Magdalena construida a primeros del siglo XVI.

Cuando salimos de misa sigue lloviendo, se diría que con más fuerza que antes.

Pronto experimento en mis carnes ya húmedas que esto es así. La salida de Monteagudo, donde he pasado ratos tan apacibles, es un desahogo de corrientes. Hay que saltar para no encharcarse.

En la fachada de la fábrica conservera alguien ha escrito con grandes letras rojas: «A los rojos y masones les cortaremos los cojones». Bella felicitación pascual. Lo cierto es que la rima en consonante es perfecta, pero sobra una sílaba en el segundo verso. Cosas de follones y mal nacidos caballeros.



Cae agua-viento y no hay modo ahora de defenderse. El paraguas ya no sirve.

La torre de Tulebras se me hace lejanísima. Pasan los coches como enemigos.

Llego por fin a la hospedería hecho una lástima, ensopado por la lluvia.

Cuando seis horas más tarde dejamos el monasterio camino de Pamplona, sigue lloviendo. Hacía mucho tiempo que no se veía una lluvia tan aburridora, tan pertinaz al menos como la sequía. El agua sigue haciendo globitos en las piedras, que así es la buena lluvia. No cantan los mirlos como otras tardes. No se mueven las copas de los cipreses.

Todo está llovioso. Es como una mazurca para los vivos.



## SOBRE LA CUENCA VERDE

Salimos un rato al sol esta tarde serena e insegura de abril.

Dejamos la carretera que lleva a Badostáin y nos paramos junto a una loma, la primera de un cordal, que en los mapas no tiene nombre.

La faldeamos, rodeándola tiernamente, mirando y contemplando las flores que la hermocean: las últimas violetas, las primeras escabiosas mordidas, las tempranas nomeolvides y campánulas de hoja redonda, las anémonas, las celidonias menores, los botones de oro...

Corre por el teso un vientecillo fresco y mimoso que nos hace buscar un pequeño abrigo, al sol.

Por Mendurro, Ostiasco, Aliseto y Peña Belogáin, hay nubes torvas, mal encaradas, en forma de incipientes nimbos-estratos, que amenazan con traernos alguna lluvia furiosa. Pero desde Malkaiz hasta Izaga, pasando por Irulegui y las Sierras de Aranguren y Tajonar, y desde Alaiz hasta la Peña de Echauri, el cielo está casi limpio; por él van y vienen unos pequeños cúmulos, de esos que los meteorólogos llaman «fractus», blancos y brillantes por arriba, y grises por abajo, que nos borran a ratos el sol pero no nos dan miedo.



Cerca de donde nos sentamos quedan restos de alguna vieja choza y unos adonis vernaes sacan sus grandes flores rútilas, una por planta. Basta con mirarlas para tonificar el corazón, antes de aprovechar sus tónicos cardíacos.

—No se abren más por el frío.

—Es posible.

—Igual que las margaritas, mira.

Toda la Cuenca Sur es un sosiego de verdes. Un sosiego verde de vida, sólo roto por dos o tres estridencias amarillas de campos de colza.

Cuando sale de nuevo el sol, nos sorprende enverdecidos y reverdecidos.

Beloso Alto, el depósito de Burlada, los conjuntos macizos de Villava y de Huarte, el palacio de Olloqui, Alzuza, la clínica de Elcano... pasan ante nuestros ojos, claros, inmóviles, contundentes.

Más cerca, la iglesia gótica de Sarriguren y su viejo caserío adelantan un color de trigo seco entre los trigales verdes. La restaurada ermita románica de Santa María, de Badostain, no ha visto reverdecer los olmos que la rodean. Saca la cabezuela por encima del monte la torre de la parroquia de San Miguel.

Hacia el Perdón, abrumado de brumas, ondulan las margas grisazulencas de la Cuenca en un amplio lago verde, entre olas fijas de abarrancamientos y unos veleros de chopos, ligeros de color y de brio.

Mutilva Alta, que no lo es tanto, sigue creciendo en torno a su iglesia vacía, y Mutilva Baja se oculta bajo la colina de su cementerio, mientras se deja ver el feo polígono industrial, desde aquí un alistamiento de naves blancas. Alta está Cordovilla; altas las «torres» de Arrosadía; bullente de volúmenes Noain. El aeropuerto es una pista de rebrillos y resombras.

Entretanto, el Sadar se abre paso en un recorrido tortuoso, con pocos árboles y un frío entorno.

Bajamos el montecillo, seguimos el cauce de un riachuelo que se va hacia el Arga, y contemplamos el tronco de un chopo viejo, casi calcinado por un rayo. El sendero hasta el coche está lleno de agua. Junto al coche, sobre el yerbín, hay varios cartones de «Control» y otros desperdicios.

Nos detenemos a ver de cerca el palacio de Mendillorri, que se asegura, cuadrado y recio, sobre un pequeño promontorio, al que abren paso unas yedras frondosas.

En su construcción y conservación gastaron buenas libras los obispos de Pamplona. A fines del XV el oídor de comptos, Arnalt de Larrasoaña, lo levantó en su forma actual: planta rectangular de dos pisos, donde se abren varias ventanas ojivales ajimezadas, y dos torres cuadradas con saeteras y palomares.

En medio de la puerta de arco ojival, que da acceso a la planta baja, ladra un perro atado con cadena, entre unos tiestos; sólo deja de ladrar cuando hace sus inoportunas necesidades, tras de lo cual sigue ladrando. Por la abertura del portón se ve el patio de ladrillo y entramado de madera, donde estuvieron y están las caballerizas y los almacenes de aperos. Queremos seguir rodeando el palacio, pero otros dos perros, tal vez sin cadena, se ponen a ladrar.

—Volvamos, tú.

Fue «palacio de mucha calidad» y anduvo, los siglos posteriores, de mano en mano de nobles, que a veces fueron llamados a Cortes.

El perro guardián sigue ladrando; no sé si para emular, a su modo, viejas actitudes y viejas pretensiones.

La tarde se está poniendo tonta. Golondrinas y vencejos vuelan bajos para compensar el descenso del barómetro y para seguir cazando los mosquitos, que también bajan con la presión.

Caen unas gotas tristes.

—Ya empezamos.

## COMENZAMOS EN SANTA FE, TERMINAMOS EN ANDURRA

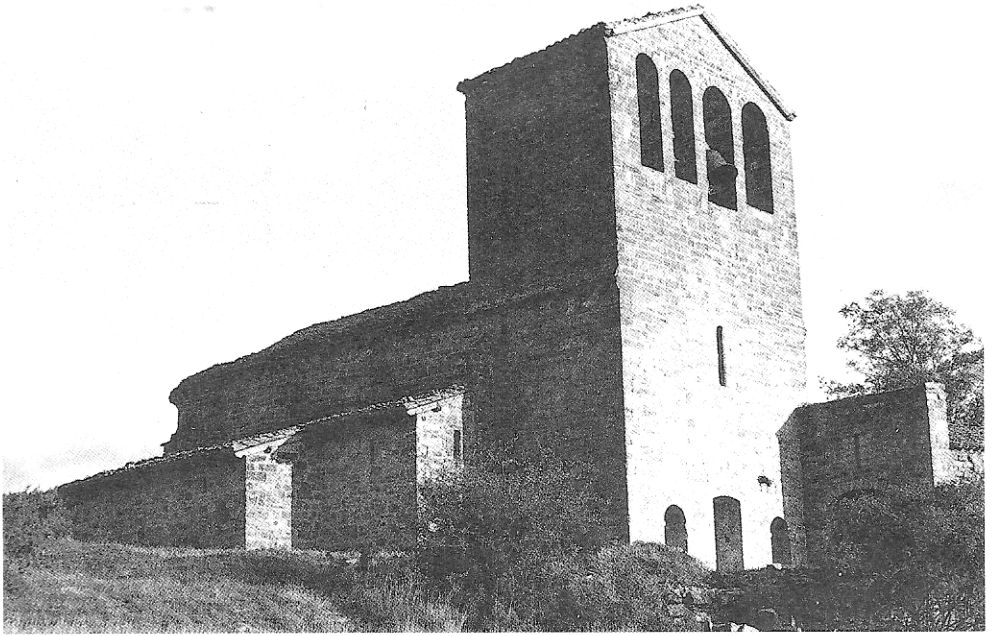
Cuando llegamos a Santa Fe, la langarra nos hace cobijarnos bajo techo, cerca de donde se reunían otrora los diputados del Valle y los eclesiásticos en sus cabildos, cerca del hospital que aquí hubo en los siglos XVII y XVIII.

*La lluvia tiembla  
como una oveja*

escribió un día de lluvia el delicado Gerardo Diego, a quien vi, por última vez, ensimismado y viejísimo, una tarde en la Academia. Así tiembla hoy la langarra.

Salimos de nuestro escondrijo cuando escampa. Miramos la iglesia por fuera, arcaica y robusta. Canecillos rústicos bajo el alero de la nave y dos acacias a la intemperie, junto a la larga tapia que cierra el conjunto. De pronto se escapa con alboroto una lechuza de un hueco de la torre aspillerada. Digo yo que es una lechuza, aunque no he podido verle su disco facial, ni sus grandes ojos negros, ni me he fijado bien en sus largas patas emplumadas.

Unos sabios llamaron a este claustro «desigual y tosco». Dejando de lado los bellos dibujos florales hechos con rucjos, a mí me





parece desigual pero no tosco, no sé si porque está adornado de rosales rojos, y punteado de seis acacias, toscas más bien, o porque la construcción, muy posterior a la posible fundación por los monjes de Santa Fe de Conques, en el siglo XI, es noble y recogida, alta isla de fe en medio de una lejana y severa soledad. La bula de consagración del templo actual lleva fecha de 1493.

Junto al muro que da a la iglesia, cerrada a estas horas tempranas, está el sencillo monumento a los diez muertos de Urraúl Alto en la guerra civil, al que perfuma un jarrón de flores frescas.

Una placa de mármol blanco, puesta sobre la pared alta, hace 64 años, conmemora al hijo del Valle, el capuchino con fama de santo, P. Esteban de Adoáin, que en octubre de 1875 «predicó una misión en esta basílica de Santa Fe». Otra placa más modesta, del año pasado, agradece los trabajos, entrega y dedicación del párroco actual del Valle, don Félix Sanmartín, autor, incluso material, según nos dirán luego, de la restauración de la basílica.

No tenemos tiempo para subir hasta Aizcargui; así que nos llegamos a Escániz por la pista y entre regatos. Pinos de repoblación arriba y eriales abajo, pero verdes y remozados en esta primavera de lluvias permanentes.

En Escániz nos aguarda una iglesia semiderruida sobre un altillo y entre hierbas gigantes. Crecen amapolas en el desolado campanario y yedras en las paredes mal sostenidas. Unas casas viejas y una casa nueva, en la que vive, al menos, un señor al que encontramos y que nos da un poco de palique.

—¿Con qué pueblo hacen la vida?

—Con Lumbier.

—Un poco lejos, ¿no?

—Hombre, ahora no hay nada lejos.

No se fía a recomendarnos un camino montano que nos lleve hasta Ongoa, así que volvemos sobre nuestros pasos hacia Santa Fe. Está ahora rodeada la basílica de gentes y de coches.

—¿Qué hay, algún funeral?

—No, la romería.

No lo sabíamos. Hubiéramos venido un poco mejor puestos. Dudamos un poco.

—¿Cómo vamos a ir con estas fachas, si va la gente de punta en blanco?

Sintiéndolo mucho, seguimos hasta Elocaz, atrapado en el circo que preside el Baigura. El paseo es largo pero delicioso, con un campo como éste. Rojo de amapolas, gatuñas, adelfillas de hojas estrechas, centauros, bocas de león, digitales, valerianas... Azul de viboreras, mentas silvestres, geranios de los prados, campánulas de hoja redonda... Blanco de estrelladas, esparcillas, hierbas encantadas, milenramas, perifollos bordes, matricarias, correhuelas.... Amarillo de botones de oro, flámulas, hierbas canas, escorzoneras, barbas de cabra o hierbas de San Juan.

El camino es umbroso y variado. Nos acompaña el adolescente río Areta; a ratos se encaja entre rocas y ribazos, que es donosura grande.

Se levanta Elcoaz sobre un teso, desde donde se oye el río que corre jocundo. En el pueblo crecen nogales, perales, sauces y allosos alrededor de las casas habitadas. Sobre el atrio, con acacias, guardan la iglesia restaurada canecillos figurativos, con caras de perro, gato, cerdo, zorro, hombre, etc. De una casa recientemente restaurada sale humo con olor a comida, ay.

Oímos correr el río y nos vamos con él. Pasando junto al caserío de Jacoisti, llegamos al Concejo de Ayechu, montado también sobre la falda de las estribaciones del nudo pirenaico Baigura-Remendía, frente a las alturas de Txutxurrondo y Aldasur. Le ronda el río Larraun, afluente del Areta, que abre un vallejuelo, con sus hocinos, hacia la ermita de Santa Agueda. Es un pueblo bien restaurado, lleno de casas góticas con escudos, sombreado de nogales. Juegan hombres y mujeres a pala en un gran frontón recién pintado. Varios coches con matrícula de San Sebastián.

Tras un atrio cerrado, con bancos de piedra, tiene la iglesia gótica de San Juan Evangelista un retablo barroco y restos de un bello retablo gótico.

Juegan y cantan dos «inseparables» en una jaula. Una mujer, sobre el alféizar de la ventana, los mira y nos mira mirar.

—¿Le dan mucho quehacer?

—No, ninguno. Hace dos meses que los tenemos.

Desde aquí vemos bien Peña Raja, nido de águilas –según nos dice un señor mayor que está a la puerta de su casa–, hacia donde sube un camino que luego se tuerce en dirección a Remendía.

Leemos en una guía que hacia el siglo XVII el antiguo valle de Ayechu se integró en el de Urraúl Alto.

–¿O sea que fue Valle propio?

–Ya se nota, ya.

Ongoz está desierto. Tiene las casas esparcidas entre fincas, árboles y huertas. Esta primavera lluviosa ha hecho que todo restalle en verdes y por todas partes aparezca el bosque. La iglesia del pueblo, ignorado por la susodicha guía, es grande y alta pero está cerrada, sobre un atrio con hierbas y una estela funeraria.

Al pasar junto a Santa Fe, nos encontramos con la procesión que da la vuelta al templo. Nos metemos en ella y acompañamos a la imagen de Santa Fe, llevada por cuatro mozos. Voltean las campanas y retiemblan en el alma todos los recuerdos seculares.

Tampoco en Epároz hay nadie. Un cerezo adorna una casona de factura modernista. Veo una antigua casa gótica. Un jardín pequeño y exquisito abre paso hacia la iglesia del pueblo, convertida por dentro en una especie de capilla colegial, con azulejos.

Desde Epároz se domina el campo donde crece Santa Fe. Sale gente de la iglesia y hay un revuelo de personas y coches a la puerta de la Venta.

Descendemos de Urraúl Alto a Urraúl Bajo, y tras rebasar el monte Muru, nos da Sansoáin, desde un terrado, la espalda soleada del ábside de su iglesia.

Llegamos hasta Nardués-Andurra por un carretil, tan viejo y poco usado, que le crecen, entre el asfalto, plantas y flores. Dos vecinos viven en este islote, perdido entre mares de margas gris azuladas y sembrados ya verdecedones. Islote u oasis humano, si el lector prefiere, en tanta vastedad geológica y geográfica. Hay

yedras tenaces sobre las paredes viejas de viejos edificios, algunos ya derruidos. Podrían ser éstas las tierras del Preste Juan de las Indias.

La soledad es también vasta, casi miedosa, multiplicada por el horizonte, más solo aún. Por una ventana gótica nos mira el tiempo ciego, al que sólo el hombre da luz.

Los ribazos están floridos de brecinas. Izaga nos guía con su enorme brújula prehistórica.

Otra vez Lumbier. Otra vez Noain. Otra vez Pamplona.

## PINAR DE SANTA AGUEDA

Abril le ha entrado a la mañana por los cuatro costados.

Cuando llegamos a Mérida, oímos los cantos de la misa por los altavoces de la iglesia. Unos hombres, parados al sol, nos miran pasar con esa cara de escepticismo y de hastío curioso que tiene la gente de los pueblos cuando mira pasar a alguien. Junto a la fuente, a la salida de la villa, hace piernas un grupo de guapas adolescentes, con chándales vistosos.

El barranco del Val, junto al que nos desviamos de la carretera, trae agua abundante. Todo el campo está despierto, recién duchado y con ganas de estrenar el día.

Pasamos la Acequia de Navarra, que viene desde el pantano de Yesa. Bordeando el Corral del Rincón, tomamos el Camino de la Calera que nos sube hasta el Plano, también llamado aquí Saso de Mérida, parte de la Bardena Real, antigua terraza fluvial y hoy larga estepa cerealista.

Terreno pedregoso o pedregal (del navarro antiguo *saxo*), hoy Saso significa comúnmente en la Ribera un terreno de cultivo extenso y llano, como éste que vemos aquí, el más vasto tal vez de Navarra.

En los lindes de los sembradíos, que se han estirado un poco con estas últimas lluvias, hay montones de piedras sacadas de las fincas con la maquinaria. Por aquí las llaman «toscas». Algunas conservan muestras evidentes del origen limoso del subsuelo.

Pronto llegamos al Pinar de Santa Agueda. Es un estrecho pasillo, en los bordes del Plano, que termina en forma de baluarte sobre la vega, enceguedida de luz, del Aragón. Está cubierto de pinos carrascos con un rico matorral de sabinas negras, enebros de la miera, coscojas —«artos»—, ollagas, escambrones, romeros, tomillos y espliegos. El romero levanta sus banderolas lilazuladas por todo el monte y la mañana se purifica con sus aromas medicinales.

- —La mejor miel es la del romero —sentencia Pepe, que no ha abierto la boca durante todo el pasco.

Vemos Rada a vista de pájaro, todo blanco de cal nueva. El Alto de San Nicolás nos tapa el Rada viejo. El Raso de Mérida, recién llovido, es un espejo, herido de sol, roto en mil pedazos. Al otro lado, el Monasterio de la Oliva tiene un color de tortuga vieja. Junto a los herbales, campos terrosos esperan la siembra del maíz.

Nos saltan entre los pies alondras y calandrias. Dos alcotanes, dorsos azul oscuros y calzones rojizos, se lanzan desde el pinar hacia los cielos de Carcastillo.

Bajamos del Plano. Entre el marco de unas ramas de pino, Mérida es un bello cuadro sepia. En las balsas que se han formado junto al pontezuelo que traspasa la Acequia, bebe un rebaño adoceñado y renegrido.

—Buenos días.

—Hola, buenos días.

—Está el campo bueno, ¿eh?

—¡Si no va a estar ahora!

—Ha llovido mucho, ¿no?

—Mucho y bien.

El pastor no tiene ganas de hablar y, mientras habla, anda. Nosotros tampoco tenemos mucha imaginación para hilvanar una conversación oportuna.

Tomamos la pista que bordea la Acequia, contorneando el monte. Se escapa agua por los drenajes que parten del canal, entre aneas y juncos. Hay agua por todas partes. Y floridas por todos los ribazos. En los bordes de la antigua cañada se ven los hitos de piedra mohoso-amarillos, tallados de símbolos ganaderos.

Tras pasar los depósitos de agua que abastecen a Mérida y Santacara, salimos al Rincón de la Val del Rey, término bardenero. Pasta un rebaño, cerca del barranco del mismo nombre, por donde baja el regacho que aquí se expulsa entre juncales. Un pastor maduro silba al sol, solazándose.

Cuando salimos a la carretera, nos fascina una colonia de buitres, que parecen olisquear y gulusmear algún cerdo muerto de la granja, no lejos del río. Algunos revolotean en torno y otros se sitúan en unos pequeños relieves cercanos.

Los chopos suizos que cercan el Aragón están en su ámbar más brillante. Este ámbar invita a detenerse y contemplar la primavera creciente. El río no se detiene y sigue.

Nos acercamos hacia los buitres por el cauce del regacho, que baja ahora recrecido de la tajadera de Mugarra. Pero ellos, que no son sordos, menos ciegos, y mucho menos anósmicos, van levantando, uno tras otro, como guardando la vez, su equilibrada y poderosa envergadura gris-oscura-leonada. Hermoso campo de despeque civil. Se pliega y despliega el aire. El buitre que cierra la retaguardia da unos aletazos soberbios y pone en movimiento todo el horizonte. Los demás son ya una escuadrilla automática.

El Aragón está hoy más lujurioso, si cabe, junto al puente nuevo de Santacara.





## UNA TARDE EN LESACA

Había visto Lesaca, la última vez, desde «Laminaciones», cuando un grupo de parlamentarios en Cortes visitamos esta gran empresa, vital para todo el Norte de Navarra.

Ahora voy con unos amigos al concierto que dan el organista Enrique Ayarra y el coro parroquial de la villa, dirigido por Guillermo Agara, dentro del ciclo de homenajes al maestro lesacarra Luis Taberna.

Está la tarde de este 17 de octubre madura y serena, en plena otoñada. Buen tiempo para entrar en el alma colectiva de Lesaca, centro comarcal de nuestra Pentápolis (Cinco Villas) del Norte, que dejamos demasiadas veces de lado cuando pasamos por la carretera general.

Y nadie mejor para ayudarnos a recorrer Lesaca que este moce-tón de caserío, nuevo alcalde de la villa, que conoce y quiere de siempre a su pueblo, que por algo lo han elegido por mayoría.

Nos espera en el Casino y vamos con él al Ayuntamiento —«*Erriko Etxea*»—, que abre y cierra el tranquilo triángulo isósceles de la plaza, en el centro del pueblo. Casona de tres pisos, soportales, y tejado a cuatro aguas, edificada en 1668, rehecha unos años más tarde, y terminada de restaurar sabiamente por los arquitectos Manuel Iñíguez y Alberto Urdánoz, el 16 de mayo de este año. Estos días recogen los dos jóvenes artistas del espacio el premio «Bruselas» por esta obra y otras similares.

Los once escaños municipales de la sala de plenos, donde no veo el retrato del rey, son de madera de castaño. Hay sitio abundante para los pocos ciudadanos que suelen asistir a los plenos, a menos que haya alguna cuestión candente.

Esplende el escudo de la villa con sus dos lobos negros andantes en campo de oro, dos hierros de flechas azules, una cruz sobre nubes con fondo de plata, cadenas áureas de Navarra, encina de sínople y, a los dos lados, abarcas de oro atadas con lazos rojos. Por timbre, una corona abierta.

En la sala de comisiones han tenido el buen gusto de dejar el viejo y curioso armario del archivo, con sus diferentes cajones: «corrección pública», «policía», «previsión», «higiene y sanidad», «atenciones morales y sociales», «caza y pesca», «catastro», etc.

Desde el balcón corrido del segundo piso vemos bien el kiosco de música de la plaza, cubierto de roble, y los pilares de madera que han sustituido al hierro.

En Garaikomendi pastan tres caballos rojos bajo un tapiz de pinos insignes. En Pipela y Pagolleta, sitio de palomeras, se apoya el penúltimo sol. Desde aquí sólo se ve un tejado del barrio de Itzozaldea. A nuestra derecha, tres caseríos de Navaz, otro de los diez barrios de la villa, entre prados con «metas», pinos, alerces y robles.

Y aún nos falta ver el desván, la *gámbara*, que va a ser la futura biblioteca municipal, donde ya están colocadas unas cuantas estatuillas romanas y griegas de yeso.

Pero si queremos volver a Lesaca y sus alrededores antes de que se nos apague el día, tenemos que dejar de ver la rutilante casa consistorial, engalanada aún como una novia.

Afortunadamente ya pasaron aquellos tiempos en que Lesaca sufrió de lo lindo por ser villa fronteriza con Guipúzcoa, entonces parte de Castilla. En 1411 un incendio abrasó la villa y se inutilizaron ochenta y ocho casas. Treinta y tres años más tarde, los guipuzcoanos, soldados del rey castellano, volvieron al pillaje.

Los reyes navarros don Juan de Labrit y doña Catalina, agradecidos por tanto servicio, concedieron a Lesaca un día de mercado cada quince y dos ferias al año de quince días cada una.

«Laminaciones de Lesaca», hoy empresa filial de Altos Hornos de Vizcaya, ha sido la mejor recompensa para esta villa de azarosa historia. La transición democrática ha sido aquí y en toda la zona de influencia no sólo pacífica sino sosegada.

Atravesamos Burriana, donde está la instalación principal de Laminaciones y subimos al barrio de Navaz.

Mientras se apaga el día, se enciende Lesaca ahí en lo hondo, defendiéndose lúcidamente del cerco de montes que le asedian de sombras.

Tenemos enfrente Azkua, sobre Echalar, y las otoñizas palomeras, mitad españolas mitad francesas. Allende la cuenca del Bidasoa, se emborronan también de lubricán los tres picos del Mendaur y los espaldones del Ekaitza y del Aloña.

Tras el barrio de Frain, vemos el centro de Yanci y unos caseríos sobre San Juan de Poniente. Color caliente de los helechos y verde tiznado de los prados.

Se acerca desde el próximo caserío un amigo de nuestro amigo, experto en vistas y términos, y nos ponemos todos a mirar, como si aguardáramos palomas o mensajes luminosos.

Los de casa se ponen a poner nombres a las piezas calvirrojas de este ajedrez montañoso y vespertino: Unanuc, Pagolleta, Elutxa, Isaszelayeta, Abelu, Apitxu, Armendúriz, Bornaicegui, Gazarrieta, el gigantesco Biándiz, y luego Aguiña, que nos oculta las Peñas de Aya, Illasmendi y Chargain, donde plantaron roble americano el primer año de la República, cerca de los barrios lesacarras de Zaláin y Alacayaga.

Nos quedamos casi sin ojos, porque nos quedamos sin luz y sólo vemos ya los encalados caseríos de Navaz. Está a punto de cerrar la noche.

Volvemos al Casino a echar un pote y vamos luego hacia la iglesia, al concierto. En el monumento a los muertos en la guerra civil, que todos respetan, sobran tal vez esos cañones como de juguete mortal y de malos recuerdos.

Saludo a Ramón Esparza, que viene hacia nosotros y nos enseña su noble e ilustre casa y, dentro de su jardín, ya oscurecido, la pequeña torre gótica con sus dos puertas de entrada.

Subimos a la iglesia de San Martín, que se alzó aquí a mediados del siglo XVI, con la torre campanario como árbol esbelto y fiel. Nos acoge en el pequeño atrio pórtico, bajo una crucería estrellada, con una portada a modo de retablo barroco en pleno movimiento.

Por dentro es una iglesia catedralicia, todavía oscura, llena de grandes retablos, dos púlpitos y muchos confesionarios.

Nos sentamos en medio del templo. Nos tocan los asientos con la placa «J. Aracue». Todos los bancos tienen placas que corresponden a las familias lesacarras.

Después, Bach, Brahms, Guridi, Goicoechea, Mushel, Franck, Mariani... nos llevan a otro mundo o, mejor, a todos los mundos.

Tras saludar al maestro Taberna, embellecido hasta físicamente por la música, damos una vuelta por Lesaca, pero no para pensar en arquitectura y en arte sino para reposar un poco tanto júbilo como se nos agolpa en el alma.

Antes, en un pequeño hueco, ya habíamos recorrido el casco viejo, visitado las dos torres y nos habíamos detenido un poco delante de cada pequeño encanto.

He encontrado Lesaca esta vez mucho más bella que nunca. Rejuvenecida. La industrialización, que la ha afectado más que a ninguna otra población navarra, no le ha hecho saltar, salvo en alguna esquina, su tradicional nobleza urbanística.

Pero gustar y contar todo esto en media hora es imposible.

—Hasta pronto, pues, alcalde. *Ondo izan.*

## INDICE

Prólogo .....	7
Rodeando la Laguna de Lor .....	11
Himno al 1 de mayo .....	15
Miguel Javier Urmeneta .....	17
Aezcoa a Roncesvalles .....	19
Por el Valle de Aranguren .....	25
De Roncesvalles a Zubiri .....	33
De Pamplona a Puente la Reina .....	43
Memorial de Jotas en Murillo el Fruto .....	57
Bajo la Sierra de Erbioz .....	63
Por Monte Plano .....	69
De Ronda por Ulzama .....	75
En la Patria de Miguel de Gorráiz .....	81
De Larrasoña a la Trinidad de Arre .....	85
Noviembre en la Magdalena .....	95
Me caigo al pie de la Sierra de Izco .....	99
El camino es el mismo: todo recto .....	105
Vísperas de Navidad en Gazolaz .....	107
A la conquista de Alaiz .....	111
Gorramendi con sol de invierno .....	117
A Javier, entre frío y nieve .....	123
En las Cañas de Viana .....	127
De Tabar a Celigüeta .....	131
Puerto de Velate .....	137
¡A los leones! .....	139

VICTOR MANUEL ARBELOA

Tulebras, Barillas y Monteagudo .....	141
Sobre la Cuenca Verde .....	151
Comenzamos en Santa Fe, terminamos en Andurra .....	155
Pinar de Santa Agueda .....	161
Una tarde en Lesaca .....	165







## «POR NAVARRA»

Títulos publicados:

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESACA









Creo que Víctor Manuel Arbeloa ha sido el primer escritor navarro que ha hecho al paisaje de nuestra tierra protagonista de sus libros. Son ya cuatro –por ahora– los volúmenes dedicados a describir montes y llanos, vegas y ríos, caseríos, pueblos y templos. Una rica y contrastada variedad geográfica y urbanística, vistas a través de la sensibilidad y cultura del escritor.

El paisaje, como género literario propio, es una conquista moderna, posterior al romanticismo y, en lo que a Navarra se refiere, casi de nuestros días.

Mérito de sus libros –y sobre todo de este libro– es su amenidad, su fácil y deleitosa lectura. Mi amigo José María Iribarren solía decir que la amenidad es un don de Dios, una «gracia», que nada tiene que ver con la perfección gramatical ni literaria, ni tampoco con el tema o el argumento de la obra. Arbeloa es divertido en la prosa y en el verso y sabe romper el ritmo de la narración y sorprendernos con contrastes temáticos y estilísticos. Uno, que no tiene ya tiempo para leer mucho de lo que se publica, busca el entretenimiento (di-vertimiento, diría Unamuno), como ingrediente esencial de la obra literaria y huye de las novelas sórdidas y desesperanzadas tanto como de los plúmbeos planteamientos estructurales.

Un aire fresco, con olor a haya mojada –«baburrín»– a mies madura o a pimiento asándose, nos traen estas estupendas estampas navarras de Víctor Manuel Arbeloa.

José Javier Uranga